

A person is silhouetted against a dramatic sky, standing on a rounded hill. The sky is filled with clouds, with a bright light source creating a glow behind the person. The overall color palette is dominated by blues and purples.

Los DIEZ MANDAMIENTOS

*Cómo evitar vidas caóticas
y vivir seguros en este mundo
convulsionado*

DR. LES THOMPSON

Los DIEZ MANDAMIENTOS

*Cómo evitar vidas caóticas
y vivir seguros en este mundo
convulsionado*

Los DIEZ MANDAMIENTOS

*Cómo evitar vidas caóticas
y vivir seguros en este mundo
convulsionado*

DR. LES THOMPSON

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad –con integridad y excelencia–, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Los Diez Mandamientos, © 2007 por el Rev. Leslie J. Thompson, Ph.D. y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Edición: Luis Nahum Sáez
Portada: Meredith Bozek

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 10: 0-8254-1751-1
ISBN 13: 978-0-8254-1751-1

1 2 3 4 5 edición / año 11 10 09 08 07

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

DEDICATORIA

A mis catorce nietos
que han llenado mi corazón
de tanto gozo

Desde pequeñitos
aprendieron los Diez Mandamientos
y, ahora de grandes,
procuran vivir de acuerdo a esos preceptos.
A Dios sea la gloria.

CONTENIDO

Dedicatoria	3
Prólogo	6
Introducción	9
<i>1. No tendrás dioses ajenos</i>	17
<i>2. No te harás imágenes</i>	35
<i>3. No tomarás el nombre de Dios en vano</i>	57
<i>4. Acuérdate del día de reposo</i>	73
<i>5. Honra a tu padre y a tu madre</i>	97
<i>6. No matarás</i>	115
<i>7. No cometerás adulterio</i>	155
<i>8. No hurtarás</i>	177
<i>9. No hablarás contra tu prójimo</i>	195
<i>10. No codiciarás</i>	211
Posdata	229

Nota editorial: La Iglesia Católica, siguiendo las divisiones de los textos de este pasaje hechos por San Agustín, une los dos mandamientos iniciales como el primero, y divide el último para poder llegar a diez. En la mayoría de sus catecismos no se presenta una discusión de lo que en nuestra Biblia protestante llamamos el segundo mandamiento, que se relaciona con la fabricación y adoración de imágenes (véase la segunda edición del Catecismo de la Iglesia Católica, 1992, comienza en la página 455 y discute el tema de las imágenes en la página 473).

¿QUE OPINA DE LOS DIEZ MANDAMIENTOS?

Cuando se habla de la Biblia, inevitablemente se oyen comentarios acerca de los Diez Mandamientos. ¿Qué vigencia tienen? ¿Son para nosotros hoy o eran solo para los israelitas? Ya que en esta obra trataremos el tema, sería interesante revisar varias opiniones acerca de esos mandamientos. Daré unas diez que he escuchado. Responda con un “Sí” o con un “No”.*

PRUEBA

SÍ NO

1. Jesús cumplió toda la ley, por lo tanto ya nosotros no tenemos que darle importancia a los Diez Mandamientos. ☐ ☐
2. Los Diez Mandamientos fueron dados a los israelitas, por tanto no nos afecta a nosotros los cristianos. ☐ ☐
3. Hebreos 8:7, 13 dice que la antigua ley tenía “defectos” y que el primer pacto “desapareció”, por tanto la ley no está vigente. ☐ ☐
4. Ahora estamos bajo la “gracia” y no bajo la ley (Romanos 6:14), así que no importa si desobedecemos los Diez Mandamientos. ☐ ☐

SÍ NO

5. Dice 2 Corintios 3:6 que “la letra mata” ☐ ☐
mas “el Espíritu da vida”, así que la ley no
es válida para los que tienen al Espíritu.
6. Pablo en Romanos 10:4 declara que ☐ ☐
Cristo puso fin a la ley, por tanto ya no
necesitamos los Diez Mandamientos.
7. ¿Por qué preocuparnos por la ley? Lo ☐ ☐
que ahora vale es nuestra conciencia
(Romanos 2:15).
8. Colosenses 2:14 nos enseña que la ley fue ☐ ☐
clavada en la cruz, por tanto, como Cristo
fue crucificado no se aplica la ley.
9. Puesto que los Diez Mandamientos no se ☐ ☐
repiten en el Nuevo Testamento significa
que ya no son válidos.
10. Nadie puede cumplir con todo lo que ☐ ☐
piden los Diez Mandamientos, así que no
hay que prestarles atención.

Si le interesa el tema, siga leyendo.

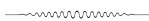
**Todas son erróneas. Si contestó afirmativamente a una o más,
debe leer este libro.*

INTRODUCCIÓN

SI DIOS es bueno y amoroso, como lo proclama el cristianismo, ¿habrá dado los Diez Mandamientos para segar toda aspiración humana a la felicidad, o será que la obediencia a ellos es el mejor camino a una vida llena de satisfacción? ¿Qué fin tuvo al darnos estos mandamientos?

Iremos contestando esas preguntas en el curso de la obra, ahora comencemos con tres observaciones en cuanto a los mandamientos. Primero, me atrevo a

*Desobedecer a
los Diez
Mandamientos
acarrea grave
peligro.*



decir que al noventa por ciento de los que leen estas líneas les es difícil citar al menos cinco de ellos. Segundo, me sorprendería si el cinco por ciento de los miembros de la mayoría de las iglesias que se llaman cristianas citaran los diez. Tercero —y esto

quizás le sorprenda—, los Diez Mandamientos no solo están vigentes para todos nosotros sino que, aun más preocupante, desobedecerlos acarrea grave peligro para nuestras vidas.

Usted podría contestar: “Pero, si fueron escritos para los judíos del Antiguo Testamento, ¿cómo puede decir que desobedecerlos acarrea grave peligro para nosotros que no somos judíos?”

Hoy vivimos en un ambiente en el que escogemos lo que queremos hacer y creer, tomando nuestras de-

cisiones de acuerdo a lo que más nos convenga. No nos gustan ni las leyes ni los policías, mucho menos ni los jueces ni las cárceles. Queremos ser libres para hacer lo que nos dé la gana sin que nadie nos moleste. No nos importa si lo que creemos es verdad o mentira, lo relevante es ser libres y vivir a nuestro gusto. Por ser esa nuestra actitud, precisamente, cuestionamos la necesidad de que se nos impongan mandamientos, más aun cuando nos percatamos de que vienen de la antigüedad y que fueron dados al principio a un pueblo muy distinto.

Vayamos al Nuevo Testamento. ¿Qué nos dice este acerca de los mandamientos de Dios? En Romanos 2:14-16 hay una referencia a nosotros —los no judíos— en cuanto a la ley de Dios:

Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio.

Se nos informa que Dios puso sus mandamientos en los corazones de todo el mundo. Todos nacimos con “genes” insertados por Dios para saber la diferencia entre lo bueno y lo malo. Esta conciencia dada por Dios nos acusa o nos excusa, según nuestro comportamiento. ¿Dónde es que se determina lo bueno y lo malo? La mejor fuente se encuentra en los Diez Man-

damientos. Además, el texto nos dice que en el día del juicio todos seremos juzgados de acuerdo a nuestra obediencia o desobediencia a esa ley revelada.

Otra aclaración, el mismo Señor Jesucristo nos dice:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos (Mateo 5:17-19).

Hay muchos textos en el Nuevo Testamento que enfatizan lo enseñado en los Diez Mandamientos (véanse Gálatas 5:19-21, Efesios 5:2-6; Colosenses 3:5-9). La ley de Dios no ha cambiado, sus mandamientos siguen vigentes. San Pablo nos dice que sin esos mandamientos no sabríamos cómo comportarnos:

¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el

misimo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno (Romanos 7:7-12).

En gran parte nuestra ignorancia en cuanto a los mandamientos radica en cuán pocos son los que toman tiempo para estudiarlos y lo raro que es que se mencionen desde nuestros púlpitos. Esto indica una falla imperdonable: No hemos comprendido la universalidad de la ley de Dios. Pido, por tanto, que antes de cerrar este libro —si es que no tiene validez para usted—, por lo menos lea uno o dos capítulos para ver si tengo razón o no.

*¿Quién no debe
amar a Dios?*

*¿Quién no debe
respetar a sus
padres y a sus
vecinos?*

Una lectura ligera de los Diez Mandamientos, sin pensar mucho en su contenido, al principio no le parecerá muy grava-
vosa. ¿Quién no debe amar a Dios? ¿Quién no debe respetar a sus padres y a sus vecinos? Pero...

No requiere un examen muy riguroso de nuestro estilo de vida concluir que, si amar a este Dios de la Biblia significa ir a la iglesia todos los domingos o si debemos amar al prójimo al grado de perjudicarnos a nosotros mismos, son enseñanzas demasiado exageradas. Tal tipo de demandas nos hacen cuestionar a ese Dios al punto de que somos tentados a cerrar la Biblia para buscar a otro dios más a nuestro gusto. Pero: “¿Habrá

otro dios al cual podamos recurrir? ¿Será el Dios de la Biblia el único y verdadero Dios? ¿Qué nos pasará si no le hacemos caso? ¿Tendrá ese Dios el derecho de pedirnos cosas que no queremos hacer? Y si le desobedecemos, ¿tendrá poder para hacernos algún mal?”

Como base de argumentación, digamos que el Dios de la Biblia es el único y verdadero Dios. Y ya que lo que tratan los Diez Mandamientos tiene que ver con la relación buena o mala que tenemos con Su divina persona, no nos haría mal familiarizarnos con esos Diez Mandamientos. Me propongo, en las páginas que siguen, dar una explicación clara y moderna de cada uno. A la vez, procuraré explicar por qué cada mandamiento establece un principio básico, no solo para el funcionamiento psicológico y moral de cada persona, sino para el bien temporal y eterno. En fin, procuraré mostrar por qué los Diez Mandamientos (o el Decálogo, que quiere decir “diez palabras”) representan las diez palabras más importantes de toda la Biblia —palabras que ignoramos a prejuicio nuestro.

Aquí están los Diez Mandamientos:

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Éxodo 20:1-17

Y habló Dios todas estas palabras, diciendo: Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.

- 1. No tendrás dioses ajenos delante de mí.*

2. *No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.*
3. *No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano.*
4. *Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.*
5. *Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.*
6. *No matarás.*
7. *No cometerás adulterio.*
8. *No hurtarás.*
9. *No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.*
10. *No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.*

Los primeros cuatro mandamientos, como aprenderemos, declaran quién es Dios y cómo debe ser adorado. Los últimos seis nos declaran cómo somos nosotros y cómo debemos comportarnos ante los demás. Al estudiarlos, notaremos que no hay aspecto en todo el quehacer humano que quede fuera del alcance de los Diez Mandamientos y no hay área de la vida que estos mandamientos no toquen.

Una vez que comprendamos todo lo que abarca cada uno de ellos, descubriremos que no hay ser humano capaz de cumplir satisfactoriamente estas simples pero inasibles palabras. Nos será obvio que para cumplir lo que piden los Diez Mandamientos necesitamos la ayuda divina. En el estudio descubriremos que los Diez Mandamientos explican: (1) cuánto nos ama el santo y justo Dios que, queriendo nuestro mayor bien y gozo nos demuestra cómo conducirnos para evitar todo daño y pecado, con el fin de encontrar la mayor felicidad posible; (2) por qué fue necesario que el Hijo de Dios viniera al mundo para cargar en su cuerpo la pena de toda nuestra desobediencia; y (3) nos declaran la increíble recompensa eterna que les espera a aquellos que en Cristo Jesús obedecen los mandamientos.

Hagamos, entonces, un repaso comprensivo de cada mandamiento.

1 EL PRIMER MANDAMIENTO

No tendrás dioses ajenos delante de mí.

¿Serán solo los paganos los que se postran ante dioses falsos?

¿Cómo sabe que el dios que adora es el verdadero Dios de la Biblia?

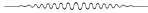
¿Cuáles son los dioses que debemos abandonar?

DIOS prohíbe la idolatría precisamente porque somos propensos a postrarnos ante falsos dioses. Hay cosas muy especiales que amamos, que buscamos, que deseamos —que no son Dios— y, al encontrarlas, nos entregamos por completo a adorarlas. Porque estas sustituyen al verdadero Dios y llegan a ser adoradas y servidas.

Cuando era adolescente, mi delirio eran las chicas. Como vivíamos fuera de la ciudad y las únicas mujeres con que tenía amistad eran mi mamá y mi hermana, buscaba cualquier excusa para ir al pueblo. Mi locura especial era ver a una chica hermosa que trabajaba en la farmacia, en la esquina norte de la Plaza

Central de Placetas. Ella cumplía todos mis ideales. Cada vez que llegaba al pueblo lo primero que hacía era darme una vuelta por allá para ver si estaba. Ahora, deben comprender que era tan tímido que nunca hablaba con ella; ni siquiera sabía su nombre. Pero eso

*Un ídolo o un
dios también
puede ser algo
material.*



no importaba, con solo verla me sentía satisfecho. Ver a aquella linda chica llenaba mi imaginación. Cada vez que la veía pasaba días como flotando entre las nubes, adorando la imagen de ella en mi corazón.

Pocos años después, cuando mis padres me mandaron a Canadá para continuar mis estudios, encontré a un amigo cuya locura eran los autos. Cuando veía uno nuevo enseguida quería levantarle el capó para examinar el motor. Nunca se sentía tan feliz como cuando sus manos estaban cubiertas de grasa y aceite, y sus dedos entre las herramientas. Testimonio de su ídolo cubrían las paredes de su dormitorio, todas cubiertas con fotos de autos.

¿Qué prohíbe este mandamiento?

Podríamos pensar que no es a tales cosas que se refiere este mandamiento. Necesitamos, por tanto, definir lo que la Biblia quiere decir cuando habla de un “dios” o un “ídolo”. Como ella es nuestra guía segura, a ella vamos en busca de aclaración. Hallaremos que nuestros ídolos caen bajo tres categorías:

1. Objetos que son considerados sobrenaturales y adorados directamente o por medio de imágenes como si fueran dios. Encontramos a esos “dioses” en las distintas religiones del mundo. Obviamente esos imaginados dioses se levantan en sustitución del verdadero Dios altísimo:

El sol, la luna, las estrellas, el aire, el fuego, el agua, ciertas piedras y colinas, algunas plantas, árboles y animales (aún hoy se adoran en la Nueva Era y otras religiones). Igualmente se prohíbe la adoración de seres considerados sobrenaturales, y de personajes que exigen ser adorados como si fueran dioses, por ejemplo: el rey Darío, en Daniel capítulo siete. Además están los innumerables santos difuntos a quienes la gente adora como si tuvieran poderes sobrenaturales. Toda esa adoración es prohibida en Éxodo 20:4; Levítico 26:1; Deuteronomio 7:25; 11:16; Isaías 42:8; 1 Juan 5:21; Romanos 1:22-25; y el Salmo 115:4-8.

2. Un ídolo o un dios también puede ser algo material, algo que capta todo nuestro interés, que llena nuestro pensamiento, que llega a ser nuestra razón de vivir, cosa sin la cual creemos no poder ser felices, y que adoramos y servimos con nuestro tiempo, dinero y corazón.

Puede ser dinero, fama, poder, placer, fami-

lia, intelecto, sexo, belleza, la moda, la popularidad, el deporte, el juego, el reconocimiento y mil cosas parecidas. Lo adorado puede ser bueno y sano en sí, pero llega a ser idolatría cuando absorbe todo nuestro interés, tiempo, fantasía y corazón, robándole el lugar que le pertenece exclusivamente a Dios: véanse a 1 Corintios 8:5; Hechos 17:29; Filipenses 3:19; Romanos 1:21-26; Lucas 16:13; Efesios 5:5; además de los versículos que expresan que Dios es celoso, no queriendo que demos nuestro afecto a otras cosas: Éxodo 34:14; Deuteronomio 4:24; 6:15, Josué 24:19; 2 Reyes 17:15; 1 Juan 2:15-17; Santiago 4:4; y 2 Timoteo 4:10.

3. El mandamiento también prohíbe la adoración de espíritus diabólicos sobrenaturales (Satanás y sus demonios), que también buscan ser adorados y servidos como si fueran dios.

Este tipo de idolatría incluye la adoración directa o indirecta de Satanás: el espiritismo, la brujería, la santería, las adivinaciones, las tablas de Ouija, lo paranormal, las cartas de tarot, los horóscopos, la meditación, la magia, la lectura de la palma de la mano, los amuletos; en fin, todo lo que tenga que ver con espíritus malignos. Todo ello de-

pende de poderes directamente relacionados con Satanás que, como ser sobrenatural, busca manifestarse como si fuese el Altísimo. La prohibición más detallada se encuentra en Deuteronomio 18:10-14. Véanse también a Éxodo 22:18; Levítico 19:31; 20:6; 1 Samuel 15:23; 28:7; 2 Reyes 17:17; 23:24; 1 Crónicas 10:13; Isaías 8:19; Ezequiel 13:23; Miqueas 5:12; Gálatas 5:20 y Apocalipsis 21:8.

En resumen podemos decir que un ídolo es aquello que sustituye al verdadero Dios y a lo que servimos y adoramos con la esperanza de que puedan satisfacer, ayudar, sanar, dar fuerza o

*Un ídolo es
aquello que
sustituye al
verdadero Dios.*

~~~~~  
refugio o solucionar nuestros problemas. Es tanto así que cuando nuestro Creador reclama su debido reconocimiento, optamos por estos sustitutos y no le damos el lugar que le corresponde a Él.

### **Una aclaración**

No todos están de acuerdo con estas definiciones, particularmente con la segunda. En su breve libro titulado *La raíz de la idolatría* (Editorial Peniel) su autor, Peter Wagner, procura establecer que este primer mandamiento se refiere únicamente a la adoración de seres sobrenaturales (p. 18).

Le recordamos al doctor Wagner que la mayoría

de los dioses creados por los hombres son, como dice San Pablo, *en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves y de cuadrúpedos y de reptiles* (Romanos 1:23). Pablo no describe a esos objetos de

*El diablo y los demonios no son responsables de todo el mal que existe en el mundo.*



adoración como espíritus, diablos y demonios, más bien son cosas comunes y materiales. En Filipenses, Pablo habla de aquellos *cuyo dios es el vientre*, tampoco algo sobrenatural. Igualmente el apóstol Santiago coloca el *amor al mundo* (San-

tiago 4:4) entre aquellas cosas que son adoradas en lugar de Dios, y Pablo añade que por ese *amor al mundo* Demas le abandonó (2 Timoteo 4:10).

El primer mandamiento se quebranta sencillamente al sustituir cualquier cosa —sea lo que sea— por Dios. Es decir, dejamos de amar y obedecer a Dios porque nuestro corazón se entrega a otro interés y afecto.

Wagner dice que “la esencia de la idolatría consiste en establecer relaciones de diferentes tipos y de distintos niveles con personalidades del mundo invisible” (p. 45). Diríamos, al contrario, que la esencia de la idolatría tiene que ver con nuestros afectos. ¿Qué amamos? Creemos que la Biblia le da una definición mucho más amplia a la idolatría que la que le da el doctor Wagner. Es, en una frase, todo aquello que echa a Dios a un lado prefiriendo cualquier otro amor, afecto o pasión.

## **¿Son sinónimos guerra espiritual e idolatría?**

Wagner, en el libro mencionado, reduce la idolatría a una combinación de adoradores que se unen con Satanás y sus demonios —a veces inocentemente, o al menos en forma inconsciente— en contra de Dios. Considera todo este tema de la idolatría como parte de la guerra espiritual. Metiendo todo dentro de ese embudo concluye que, para obedecer el primer mandamiento, tenemos que “aplicar competentemente todos los discernimientos excelentes que Dios nos ha dado, para la transformación de la ciudad” a fin de darle “un golpe significativo y simultáneo a la idolatría” de modo que la “transformación de la ciudad se haga realidad” (p. 65). Se refiere a todas las técnicas extrabíblicas sobre la “guerra espiritual” que se han inventado en los últimos años. No da lugar al hecho de que el hombre es en sí pecaminoso y que su idolatría generalmente salta de la simple perversidad de su propio corazón rebelde.

Debemos tener muy en cuenta que el diablo y los demonios no son responsables de todo el mal que existe en el mundo. Nuestros hogares, pueblos, ciudades y países son afectados principalmente por la terrible pecaminosidad de sus ciudadanos. Por supuesto, dentro de toda esa maldad está metido Satanás y sus perversos demonios, pero el gran problema del hombre es su propia iniquidad. Por supuesto Satanás y sus demonios sutilmente suplen las tentaciones y nutren las pasiones ilícitas de los hombres. Pero es

ese ser que Dios creó a su imagen —con todos sus talentos, imaginación y habilidades— que en la perversidad de su corazón se vira contra Dios y crea sus dioses alternativos. Y lo hace sin necesitar la ayuda de los demonios. La Biblia lo afirma al indicar que el pecado nace en el corazón perverso del ser humano y que no origina en Satanás:

*Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles. No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios. Su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos (Romanos 3:10-18).*

En ese pasaje no hay mención de diablos ni de demonios, precisamente porque el hombre es un ser totalmente independiente y responsable de sus acciones. No necesita demonios para crear sus falsos amores e ídolos. Reconozcamos lo que la Biblia enseña, que el hombre peca espontáneamente sin la ayuda ni asistencia de los demonios. Lo que hacen Satanás y sus demonios es darle al hombre una plataforma más perversa y más atractiva para todas sus concupiscencias.

Cuando no somos capaces —con nuestra teología— de diferenciar entre los demonios y la maldad humana, entre el libre albedrío de la persona y la in-

fluencia satánica sobre ella, llegamos a conclusiones muy erradas. Por ejemplo, lo simbólico —como las actividades que creamos (cumbres de oración, eventos de ayuno, marchas para Jesús, caminatas de oración, fogatas de purificación, ataduras de demonios, etcétera)— reemplaza lo sustancial, es decir: el verdadero problema espiritual (la condición real del corazón ante Dios). Haciendo estas cosas visibles, demostrables y públicas en gran manifestación, creemos haber satisfecho las demandas de Dios y detenido al enemigo. Tal creencia

*La Biblia enseña,  
que el hombre  
peca  
espontáneamente  
sin la ayuda ni  
asistencia de los  
demonios.*



muestra nuestra falta de entendimiento de Dios y de nosotros mismos. A Dios no lo impresionan cien mil personas en un estadio, ni diez mil marchando alrededor de una ciudad, ni miles de personas ayunando. Lo que le interesa a Dios no es lo que hagamos, sino lo que somos.

Lo que Dios ve es la condición real de nuestros corazones. Él ve lo indispuerto que estamos a abandonar nuestros amados pecados para amarle con todo el corazón, el alma y la mente. Es nuestra condición espiritual lo que hace inefectivo nuestro trabajo evangelístico. ¿Dónde está en la Biblia que los cristianos debemos atar a los demonios para librar a una ciudad de la influencia demoníaca? Un país, una ciudad, una iglesia o un hogar no se curan “atando” a los

demonios. Se sanan quitando del corazón de los hijos de Dios todo aquello que le desagrada a Él. Aprendamos del rey Saúl. Pensaba que el

*Dios quiere que tengamos gozo, alegría y mucha felicidad en este mundo que creó para nosotros.*



sacrificio simbólico que hacía era lo que traería la victoria sobre los filisteos. Lo sustancial que Dios requería de él para que los filisteos fueran derrotados era su obediencia, nunca los sacrificios (1 Samuel 15:22). Dios responde

de inmediato a los corazones quebrantados que claman por su pecado:

*Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio. He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre. He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría. Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve (Salmo 51).*

Fácil sería malentender lo que Dios busca cuando dice: *No tendrás dioses ajenos delante de mí*. Nos imaginamos que con ese mandamiento Dios quiere quitarnos todas las cosas que nos gustan, ya que todo afecto

puede llegar a ser un ídolo. Con esa interpretación concluimos que no debemos amar demasiado a nuestra esposa (¿será por ese mal entendido que hay tantos problemas hogareños?), ni a nuestros hijos, ni al deporte, ni a nada que verdaderamente nos guste. Otras cosas: tampoco debemos tener deseos especiales, por ejemplo, triunfar o tener éxito, puesto que eso puede llegar a ser nuestro dios, por tanto no debemos ambicionar nada. En fin, si obedecemos a ese mandamiento la vida cristiana será sin gozo y sin felicidad. Para ser fieles solo podemos ir a la iglesia, orar y leer la Biblia, cuando no tengamos nada que hacer. Si algo de tiempo nos queda después de eso, lo debemos pasar testificando de Cristo, ya que el placer es ilícito para el cristiano.

¡Qué falsa sería tal tipo de conclusión! Con este mandamiento Dios no pretende quitarnos las cosas que nos dan felicidad. Lo que quita la felicidad es el pecado, precisamente lo que Dios quiere que evitemos. Dios ha hecho todo a nuestro alrededor para que lo disfrutemos. Lo sabemos porque Dios mismo fue el que creó todo. Dios quiere que tengamos gozo, alegría y mucha felicidad en este mundo que creó para nosotros. Él nos habla de vida y “vida en abundancia”. Lo que pide como nuestro Creador y Señor en este mandamiento es que le amemos a Él primeramente y por encima de todas las cosas.

## Un ejemplo esclarecedor

Les cuento la difícil lucha que mi padre tuvo al enfrentar este mandamiento. Era el mes de agosto de 1922. Como joven de veintiún años de edad, un domingo de ese mes subió la loma detrás de la casa de mis abuelos con el propósito de pasar revista a una finca abajo en el valle. Ya por varios años había trabajado ese terreno. Sembró y cosechó maíz y habichuelas y hasta crió algo de ganado. Como fruto de su trabajo ahorró suficiente dinero para comprarse un auto nuevo, pero ahora estaba en un dilema, entre hacerse cargo de la finca o dejarlo todo e ir a estudiar en un seminario.

Desde su punto de observación en la loma podía contar los terneros y las vacas que con tanto cuidado había criado y podía ver toda la extensión de terreno bajo cultivo. Para que todo fuera suyo, lo único que faltaba era firmar su nombre, Elmer Thompson, en el espacio provisto en el contrato preparado por su padre. Con ese documento tomaría posesión de esas caballerías de tierra.

La decisión, al parecer, era fácil. El obstáculo era un hondo sentir en su alma de que Dios quería otra cosa. Sentía que debía abandonar el deseo de poseer esa finca e irse a un seminario para prepararse a fin de servir a Dios.

Allí luchaba con su decisión. Ese terreno había sido su vida; no conocía otra cosa. Cada pedacito de tierra le era tan familiar como las palmas de sus manos.

Había caminado cada surco de la siembra del maíz. Había fumigado los canteros de habichuelas para protegerlos de gusanos. A cada ternera le había dado un nombre. Cada vaca era su amiga y su caballo era más parecido a un pariente que a un sencillo animal. ¿Abandonaría todo eso por un sentimiento?

El seminario estaba en otro estado, en Kansas. Allí no conocía a nadie. Sentarse en un escritorio y dedicarse a leer y a escribir le parecía pésimo y aburrido. Además, su preferencia era montar a caballo y manejar tractores. Sus manos estaban acostumbradas a ordeñar vacas, no a escribir sermones. Abandonar la finca le era como lanzarse

*Sentía que debía  
abandonar el  
deseo de poseer  
esa finca e irse a  
un seminario  
para prepararse  
a fin de servir a  
Dios.*

en un océano negro, inseguro y totalmente desconocido. A la vez, si eso era lo que quería Dios de él, por difícil que le fuera hacerlo, estaba dispuesto a obedecer. Esa mañana, antes de subir la loma, había repetido las palabras de Lucas 22:42: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Pasaba las horas en esa lucha interior. Ya comenzaba a descender el sol detrás de los picos nevados de las Montañas Rocosas de Colorado. Las sombras que formaban se parecían a dedos que se extendían hacia él, como queriendo exprimirle el corazón. Tenía que decidir. Le había prometido a su padre que esa tarde le diría su decisión.

Dio una larga mirada final a la finca. El maíz se mecía en la brisa, las vacas rumiaban mientras que las terneras mendigaban leche. A la distancia se podía oír el bufido de su caballo, como pidiéndole que decidiera de una vez. Con un fuerte suspiro el joven Elmer dio la espalda a aquella escena tan llamativa. Tirándose de rodillas dijo: “Dios mío, sabes cuán difícil me es darle la espalda a todo esto. Pero como te he prometido, no quiero mi voluntad; es la tuya la que quiero hacer. Aquí estoy. Te entrego mi corazón y mi vida. Haz lo que quieras conmigo”.

Desde aquel día decisivo pasaron cinco años. El 12 de enero de 1927 no subía una loma, Elmer Thompson subía a bordo del barco *Pacific and Orient Lines* en la ciudad de Miami. Su destino era Cuba. La finca en Colorado era solo un recuerdo. Ahora ardía en su corazón el deseo de compartir todo lo aprendido en el seminario durante los dos años de experiencia como maestro de Biblia, y Cuba le ofrecía esa oportunidad.

Parecido a Abraham cuando dejó su tierra, su parentela y la casa de su padre, Elmer ahora emprendía una gran aventura con Dios. Cambió una finca por la oportunidad de preparar a centenares de jóvenes para predicar el evangelio, fundar centenares de iglesias y llevar la Palabra de Dios no solo a Cuba sino también a la mayoría de las islas del caribe. No permitió que la finca se convirtiera en un dios; más bien, buscó obedecer al Altísimo Dios. Tal como Jesucristo le prome-

tió, así sucedió: *Cualquiera que haya dejado casas, o hermanas, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras por mi nombre recibirá cien veces más y heredará la vida eterna* (Mateo 19:29).

Un comentario más y pasaremos al segundo mandamiento. ¿Qué derecho tiene Dios de decirle a usted y a mí: “*No tendrás dioses ajenos delante de mí?*” Él mismo lo explica en el breve prólogo a estos mandamientos: *Y habló Dios todas estas palabras, diciendo: Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. Él se proclama nuestro salvador y libertador. Como explica el salmista:*

*Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová* (Salmo 40:1-3).

En el Nuevo Testamento esa salvación se entiende con la siguiente declaración:

*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios* (1 Corintios 6:19-20).

Lo único que el Dios de los cielos expone ante nosotros para demandar absoluta adoración es aquella cruz sobre la cual el mismo Hijo de Dios derramó

su bendita sangre. Allí compró el derecho absoluto. Por lo cual, adorar a cualquier cosa en lugar de Dios es rechazar ese precio pagado y aborrecer al que tan alto precio pagó.

Hay algo más que merece nuestra observación: Si el requisito es amar a Dios de todo corazón alma y mente, ¿cómo amarle a menos que de veras le conozcamos? ¿Cómo es Dios? ¿Cuáles son sus características? ¿Cómo sabemos que él, un ser tan maravilloso y sublime, en realidad se preocupa por nosotros y se interesa en lo que hacemos y amamos?

Sólo en la Biblia encontramos las respuestas. Es allí donde Dios ha querido revelarse a nosotros. Si

*Adorar a  
cualquier cosa en  
lugar de Dios es  
rechazar ese  
precio pagado y  
aborrecer al que  
tan alto precio  
pagó.*



Dios en verdad nos ama, cuida, protege, bendice a la vez que nos castiga cuando erramos, tenemos la obligación de enterarnos de cómo es. Para ayudarle en esa búsqueda estoy escribiendo un libro que acompaña a este. Se titulará *Dios es...* Cada capítulo, en lenguaje sencillo —aunque

gráfico y bíblico— mostrará lo que Dios es en su carácter, persona, gloria, grandeza y virtud. Por ejemplo, el primer capítulo se titula “Dios es majestuoso” y explora las declaraciones de la Biblia como: *¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!* El propósito de la obra es ayudarnos a conocer mejor a nuestro bendito Dios y, al conocerle, llegar a amarlo

con todo el corazón, el alma y la mente.

Sabiendo que lo que trae toda clase de descontento y problemas son los dioses falsos que adoramos, busquemos la verdadera felicidad adorando y obedeciendo este primer mandamiento: No tendrás dioses ajenos delante de mí.



## EL SEGUNDO MANDAMIENTO

*No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.*

¿Alguna vez se ha preocupado por la manera  
en que adora a Dios?

¿Estará adorando al único Dios  
de los cielos correctamente?

¿Le instruyó alguien a hacerlo según la Biblia?

ESTE segundo mandamiento tiene que ver con la manera en que adoramos a Dios. El primer mandamiento nos dice que solo debemos adorar al único y verdadero Dios; este segundo nos declara que debemos adorarle únicamente de la forma correcta que Él establece. El problema, como llegaremos a observar, es nuestra tendencia a adorar a Dios según nos imaginamos que es la correcta. Pero, ¿lo será en verdad?

Desde niño he tenido una imaginación sumamente activa. Hasta hoy esa imaginación me da problemas.

*Nuestra  
tendencia es  
adorar a Dios  
según nos  
imaginamos sea  
la forma  
correcta.*



Por ejemplo, cuando más dinámica se pone es cuando coloco mi cabeza en la almohada. Lindo sería tener una llave en la cabeza que cuando uno le haga clic, todo se cierre y se apague. Todavía recuerdo las noches de mi juventud que pasé tratando de imaginarme cómo era

Dios. Resulta que después de la cena, todos los días papá dirigía un estudio bíblico para nosotros. Allí en nuestra sala nos sentábamos con mamá —como si fuera un culto— y escuchábamos una lectura de la Biblia con sus correspondientes comentarios. Llegamos una noche a la historia de Moisés frente a la zarza que ardía en fuego. Me impresionó oír de esa voz sonora que salía de en medio de aquel fuego, diciendo: “¡YO SOY EL QUE SOY!”

Pasé la noche entera tratando de imaginarme a

Dios. ¿Cómo podía existir Dios dentro del fuego? ¿Cómo podía hablar si no tenía cuerpo, ni garganta? ¿De dónde vino? ¿Salió de la arena del desierto? ¿Bajó invisiblemente del cielo? ¿Dónde moraba? ¿Por qué meterse dentro de una zarza y echarle fuego? ¿Puede meterse donde quiera? ¿Y qué si de repente bajara del cielo y atravesara las rejas de mi ventana para hablarme (espantado por esa idea, me tapaba mi cabeza con la sábana)?

Recuerdo la conclusión a la que llegué. Me persuadí de que Dios vivía muy, pero muy lejos, detrás de las últimas estrellas. Debido a esa gran distancia que nos separaba no había manera de que pudiera ver mis travesuras (esa era la razón principal de aquella investigación acerca de su divina persona). Así por fin pude dormir. Años más tarde, en el seminario, aprendí que para mi conveniencia había llegado a una conclusión errada parecida a la del filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804): Dios existe en otra esfera y no hay manera de que pueda comunicarse con nosotros. Cuando como humanos creamos tal imagen de Dios —por cierto errónea— nos trae alivio, pues concluimos que Él vive lejos en su mundo y nosotros tranquilos acá en el nuestro.

En cuanto a mí, las enseñanzas escriturales en cuanto a cómo Dios es en realidad esperaron hasta los estudios en el seminario, cuando profundicé en el análisis bíblico. Fue entonces que me di cuenta de que es sumamente importante adorar al Dios correcto, como

lo presenta la Biblia desde Génesis a Apocalipsis y, además, adorarle adecuadamente.

### **Intentos por cambiar a Dios**

Tomemos dos ejemplos modernos obvios y otros dos antiguos para notar las maneras en que los humanos tratamos de crear a Dios a la imagen que más nos conviene.

- En nuestro mundo moderno, algunos queriendo que la Biblia sea más aceptable para todos han tratado de “dessexualizarla”. Lo han logrado, en parte, en la *Santa Biblia Nueva Versión Internacional*, editada por Editorial Vida, en 1999. Podemos preguntar ¿qué hay de malo en eso? Por un lado, creemos que la traducción de la Biblia debe ser lo más fiel posible al original. Por otro lado, no nos parece correcto que los traductores deliberadamente eliminen de la Biblia todos los pronombres y referencias masculinas simplemente para complacer a un sector de la población. Aunque pudiera lucir inofensivo, cuando consideramos la manera en que tales tipos de cambios alteran nuestro entendimiento de la Biblia, nos damos cuenta que traducciones inexactas de la Biblia fácilmente pueden modificar o cambiar nuestro concepto de Dios, y no sólo de Dios, pero de todo lo que El ha creado.
- Los que persiguen aprobar a la homosexualidad han tenido que pelear con el Dios bíblico —que

de principio a fin condena su estilo de vida—, y en su argumentación concluyen que Dios es un ser muy tolerante, asimismo, que la Biblia no quiere decir lo que dice. Han creado un dios a su imagen.

- Caín, como nos indica Génesis 4, pensaba que Dios era fácil de complacer. Todo lo que se necesitaba era recoger unas viandas y llevárselas en sacrificio. Pero la Escritura dice que Dios *no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya*. Claramente, Caín estaba totalmente equivocado en cuanto al concepto que tenía de cómo era Dios.  
*No buscamos crear a algo superior a Dios, sino que inventamos dioses más amenos y más agradables.*
- En Levítico 10 tenemos la historia del sacrificio de Nadab y Abiú, hijos del sumo sacerdote Aarón. Apparently se cansaron de adorar a Dios como él había especificado, y decidieron experimentar: “*Ofrecieron a Dios fuego extraño*”. Al instante Dios los mató. El concepto falso que tenían de Dios y de lo que El demandaba causó su muerte.

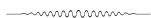
Con estos ejemplos —se podrían dar muchos otros— queda claro que cuando no nos gusta algo que Dios nos dice o nos pide, nuestra tendencia es tratar de cambiarlo. Lo explica San Pablo en Romanos 1:21-23: *Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios,*

ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Es interesante observar que así actúa nuestra imaginación. No buscamos crear a algo superior a Dios, sino que inventamos dioses más amenos y más agradables.

### El hombre y la imaginación

Afirma Julien Offray de la Mettrie (1748): “La imaginación, como un pincel estetizante, consigue que la esqueletal razón adquiera vida y carne, consigue que

*Nuestro deber es  
escoger lo que  
Dios pide en  
lugar de lo que  
nosotros  
queremos.*



las ciencias sean fértiles, las artes adornen, la madera hable, los ecos tengan entonación, las rocas lloren, el mármol respire y los objetos inanimados ganen vida. Ella razona, juzga, analiza, compara e investiga”. No hay duda de que la imaginación es un instrumento poderoso que, gracias

a Dios, normalmente nos enriquece.

La pregunta resultante puede ser: ¿Cómo usamos a nuestra imaginación? Hay aquellos trastornados que se piensan que son presidentes de la nación, otros que se imaginan el mismo Jesús reencarnado. A esos, obligatoriamente, los colocamos en asilos. A su vez, el sano uso de la imaginación ayer nos dio a *Don Quijote*

de la Mancha y hoy nos da al autor de *Encontrando a Nemo*. Es la imaginación que lleva al hombre a logros increíbles, sea en el arte (Miguel Ángel, Picasso, Goya, Del Greco); la ciencia (Galileo, Madam Curie, Einstein); la economía (Adam Smith, Karl Marx, John Keynes); la literatura (Miguel Unamuno, Federico García Lorca, Jorge Luis Borges), la política (John Adams, Winston Churchill, Charles De Gaulle), o en la religión a Martín Lutero, a Juan Wesley y a Billy Graham. Pero, negativamente, es la misma imaginación que estimulada por vistas pornográficas hunde a muchedumbres en el erotismo. Es tal tipo de observación lo que ha ocasionado el dicho: Somos lo que pensamos.

Precisamente, es a cuenta del poder de la imaginación que San Pablo, consciente de nuestra corrupción innata, nos llama a ser transformados. Es cautivante analizar la manera en que viene tal transformación: *“mediante la renovación de vuestra mente”*. Esto ocurre, nos dice él, cuando *“presentamos nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios”*. Es al hacer tal sacrificio —escoger lo que Dios pide en lugar de lo que nosotros queremos— que ajustamos nuestra imaginación para comprobar *“cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto”* (Romanos 12:1 y 2).

### **Lo que Dios nos pide**

Como humanos tendemos a adorar a nuestros apetitos. Queremos satisfacerlos a toda costa. Hace un tiempo vi en televisión la biografía de Dennis Rodman,

el famoso, pero estrafalario y controversial jugador de baloncesto de la Asociación Nacional de Básquetbol (NBA). Entre los años 1990 y 1998 ganó los laureles del mejor rebotador del baloncesto en el mundo. Hasta hoy nadie lo ha igualado. Sin embargo, no era el baloncesto lo que adoraba este hombre, era su insaciable apetito sexual. Ante ese altar de mujeres, fiestas y alcohol no solo perdió su carrera deportiva, sino que perdió por completo la estima de la sociedad que le había adulado.

Servimos a lo que adoramos. Es en ese sentido que nuestro Creador nos dice:

*No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad...*

Dios hace cuatro declaraciones en cuanto a su persona:

1) Es Jehová nuestro Dios; 2) Es fuerte; 3) Es celoso; 4) Visita o castiga la maldad.

**Primero** nos hace recordar su innegable puesto en relación a nosotros. Él es Jehová. La forma correcta hebrea del nombre de Dios es YHWH (en mayúsculas). En la literatura hebrea se nos informa que las cuatro letras condensan las palabras 'era', 'es', y 'será' (de ahí el concepto del Dios incambiable, que es el mismo hoy, ayer y por los siglos). Hemos transliterado esas letras para llamarlo Jehová o Yahué, pero en realidad YHWH no tiene pronunciación conocida. Es como para decir

que su esencia está más allá de nuestra comprensión. Dios es inefable, glorioso, incomparable, sublime, majestuoso y, como el ser supremo que es, demanda que le adoremos a él por encima de todo amor, apetito y deseo.

**Segundo**, nos recuerda que él es el Dios omnipotente, con poder ilimitado. Cuando se reduce a Dios haciéndolo a imagen de hombre, pierde su omnipotencia. Se le hace frágil, débil, limitado. Cuando se le hace en forma de ave, de cuadrúpedo, de reptiles, aun mucho más se le reduce, haciéndolo un dios que fácilmente controlamos y manejamos. Isaías anuncia (40:18): *¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?* Más tarde responde a su pregunta con esta descripción:

*Como el ser  
supremo que es,  
Dios demanda  
que le adoremos  
a él por encima  
de todo amor.*

*Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré.*

**Tercero**. Dios nos informa que es celoso. ¿Cómo interpretamos ese celo? No nos gusta el monopolio. No queremos egoísmos posesivos. Sin embargo, aquí Dios se declara celoso y monopolista. Solo cuando lo

interpretamos en términos de familia es que lo entendemos. Un esposo no quiere ver a su esposa en los brazos de otro hombre. Una madre celosamente protege a sus hijos. Un buen padre protege con celo la devoción que todos en la familia deben tener hacia él. El celo de Dios, entonces, nos describe su increíble amor hacia nosotros. Nos ama tanto que no quiere ver que otros intereses se roben nuestra devoción; especialmente que no sean falsos dioses los que nos lleven a la ruina. Oímos eco de ese celo santo y puro en labios de Jesús cuando en Mateo 23:37 gime:

*¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!*

Por último, Dios nos hace saber que cuando dejamos de adorarlo de corazón, alma y mente para adorar a dioses falsos, tal acción trae drásticas consecuencias. Dice:

*Visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.*

### **¿Qué acerca de los espíritus generacionales?**

Ya que los defensores de la guerra espiritual basan sus creencias en “espíritus generacionales”, en estas palabras (junto con Éxodo 34:7), es necesario tocar ese tema. Comencemos nuestra explicación añadiendo

este segundo texto de Éxodo. Dice que Dios “*de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación*”. Al leerlo, ¿encuentra usted alguna indicación de que el texto habla de demonios? No, ni nada parecido. Habla de gente y no de demonios. Gente que es malvada e inicua. Es por esa iniquidad y antagonismo por parte de los padres contra el Dios de los cielos que, consecuentemente, sus hijos sufren. Tiene que ver con el pecado de los padres y nada que ver con los demonios.

Hay que despedir totalmente esa idea —que viene del espiritismo— que los demonios se ligan con los padres para transmitir maldiciones a los hijos. Bíblicamente hablando, el pecado jamás se transmite. El pecado es personal. Dios nos dice claramente en Ezequiel 18:20: *El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él*. Es decir, cada uno individualmente paga por su propio pecado. Por lo cual, al decir Dios que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación, no habla de peca-

*Siempre me  
asombra cómo  
los proponentes  
de la guerra  
espiritual toman  
un texto de la  
Biblia y con un  
tremendo  
atreimiento le  
dan interpretacio-  
nes totalmente  
ajenas a  
su contexto.*



dos transmitidos, sino que habla de valores morales transmitidos de padres a hijos. Como sabemos y como la psicología afirma, el ejemplo y las costumbres pecaminosas de los padres es imitada

*Por parte de mi  
madre ya hay  
veintisiete  
generaciones  
seguidas de  
evangélicos en  
nuestra familia.*



por los hijos. Esta transmisión de valores morales y estilos de vida afecta a las familias, dice Dios, hasta la tercera y cuarta generación. Claro está que cada padre y cada hijo pagan por sus propios pecados.

Siempre me asombra cómo los proponentes de la guerra espiritual toman un texto de la Biblia y con un tremendo atrevimiento le dan interpretaciones totalmente ajenas a su lectura clara y la de su contexto. Le añaden a la Biblia lo que ella no dice, trayendo a mente la terrible condenación que Dios pone sobre los que lo hacen:

*Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro [la Santa Biblia]: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro (Apocalipsis 22:18-19).*

La condenación que estamos tratando al explicar este mandamiento viene sobre los padres y sus hijos porque no le dan importancia a la Biblia ni a estos

mandamientos. Declara Éxodo 31:18 que Dios “dio a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte de Sinaí, dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios”. Quiere decir que, al haber sido escritas por el mismo dedo de Dios, no hay palabras más importantes en toda la Biblia. Solo de los Diez Mandamientos se dice tal cosa. Si un padre no le hace caso a estos preceptos divinos, si de su propia voluntad se vira contra Dios y lo deshonra, ¿qué será de sus hijos? Si el padre no teme a Dios y no acepta su responsabilidad de llevar a sus hijos al conocimiento de la Biblia, ¿qué resultado se puede esperar? Hijos delincuentes. Hijos que se vuelven agnósticos, que crecen sin el conocimiento de Dios. Una vez que el mal ejemplo es establecido por los padres, de generación en generación, los hijos viven sin amar y sin desear a Dios. No es la influencia de demonios —aunque seguramente ellos se alegran— sino el pecado deliberado y la rebeldía consciente por parte de los padres lo que está en juego en este mandamiento.

### **Promete misericordia a millares**

Siguiendo con la lectura del texto, encontramos una grandiosa verdad y una estimulante promesa. Dios dice que para los que obedecen estos mandamientos: *hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.*

Yo soy testigo de la verdad de esta promesa. Por parte de mi madre ya hay veintisiete generaciones se-

guidas de evangélicos en nuestra familia. Mis ancestros llegaron a conocer el evangelio en Escocia en los tiempos del gran reformador, Juan Knox (1505-1572). En cada una de las generaciones siguientes no han faltado pastores, ni evangelistas, ni fieles adoradores de Dios en cada familia.

Mi madre proviene de esas familias cristianas escocesas, con apellido Kirk (que significa “iglesia”). Para ilustrar el efecto de lo dicho en una generación, a mi abuela Dios le dio nueve hijos. Los nueve no solo fueron fieles cristianos, sino que cada uno fue misionero evangélico en otras tierras. Hubo un tiempo en que mi abuela tenía un hijo en cada continente, excepto Australia. Mi madre fue a Cuba donde yo nací y fui criado. Mis padres, en su generación, tuvieron seis hijos y todos, menos una hija que sufre de esclerosis múltiple, hemos servido a Dios a tiempo completo. Mi hermana mayor fue a Brasil, mi hermano inmediatamente menor fue a Cuba y a la República Dominicana, otra hermana a Haití, mi hermano menor a España, y ya ustedes conocen la historia mía. Todos, como hijos de padres fieles a Dios y de buen ejemplo cristiano, nos gloriamos en nuestro servicio a Dios.

En particular, mi esposa y yo damos gracias a Dios por sus bendiciones y misericordias. En honor a esa promesa de este mandamiento, Dios nos dio cuatro hijos varones. Todos no solo son creyentes, sino que cada uno de ellos sirve a Dios en ministerios cristianos a tiempo completo. Ahora ella y yo ciframos nuestras

esperanzas en la promesa de Dios para nuestros catorce nietos. Seguramente Dios nos dará el gozo de ver cumplida esta real y verdadera promesa generacional para cada uno de ellos. Él es el que da *misericordia a millares, a los que aman y guardan sus mandamientos*.

¿Entiende ahora por qué Dios nos pide como individuos y como padres de familias que solo le adoremos a él? ¿Comprende por qué nos pide que no nos hagamos falsas imágenes, ni que permitamos cosas que nos distraigan o corrompan nuestro concepto de Dios? ¿Aprecian la razón por la cual Dios pide que le adoremos de corazón, alma y mente?

*Él os declaró su pacto, el cual os mandó poner por obra: esto es, los diez mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra. Y el SEÑOR me ordenó en aquella ocasión que os enseñara estatutos y juicios, a fin de que los pusierais por obra en la tierra a la cual vais a entrar para poseerla. Así que guardaos bien, ya que no visteis ninguna figura el día en que el SEÑOR os habló en Orbe de en medio del fuego; no sea que os corrompáis y hagáis para vosotros una imagen tallada semejante a cualquier figura: a semejanza de varón o hembra, semejanza de cualquier animal que está en la tierra, a semejanza de cualquier ave que vuela en el cielo, a semejanza de cualquier animal que se arrastra sobre la tierra, a semejanza de cualquier pez que hay en las aguas debajo de la tierra. No sea que levantes los ojos al cielo y veas el sol, la luna, las estrellas y todo el ejército del cielo, y seas impulsado a*

*adorarlos y servirlos, cosas que el SEÑOR tu Dios ha concedido a todos los pueblos debajo de todos los cielos* (Deuteronomio 4:13-19, Biblia de las Américas).

### **Los afiches que tratamos de cristianizar**

Quiero mencionar una cosa más antes de concluir este capítulo. Espero que no piensen que soy muy crítico y reconozcan que detrás de lo que voy a mencionar yace el valor que le doy a este mandamiento que consideramos. Tiene referencia a una manera en que gradualmente comenzamos a aceptar sustitutos de aquello que debería acercarnos a Dios.

Hoy entramos a casi cualquier librería evangélica y nos asombramos al ver todos los afiches, carteles o pósteres que llenan las estanterías. Antes se iba a las librerías en busca de buenos y edificantes libros; hoy se va en busca de música popular y chismería. Reconozco que los libreros sencillamente reflejan lo que los creyentes buscan. Eso, sin embargo, es condenable por ambas partes si no se está siguiendo lo establecido por Dios. Hablemos, por ejemplo, del departamento de joyería “cristiana”, como que si se pudieran “cristianizar” objetos de oro, plata y madera.

Las cruces vienen en todos los estilos imaginables, desde anillos hasta cruces para colgar en las paredes. Me he preguntado: ¿por qué siempre se escoge la cruz como símbolo? ¿Por qué no usar la tumba vacía? Esa es la verdadera prueba del triunfo cristiano y de la

efectividad de la muerte de Cristo en la cruz. ¿Por qué no crear anillos con el nacimiento —es decir, para gloriarlos en el amoroso Dios que por nosotros se hizo carne? También, como posibilidad, se podría usar la transfiguración, recordándonos la inefabilidad de Cristo. Y hay muchas otras posibilidades: Jesús caminando sobre el agua, el buen samaritano, o el padre abrazando al pródigo (o, si prefiere, el pródigo comiendo con los cerdos, para recordar las consecuencias del pecado). Pero, me desvíó del tema...

*Gradualmente  
comenzamos a  
aceptar sustitutos  
de aquello que  
debería  
acercarnos a  
Dios.*

Hablemos de los cuadros. Estos vienen en todos los tamaños, pueden ser en cerámica o madera, y con sus textos apropiados para adornar las paredes de nuestros hogares. Y ni hablar de imanes, llaveros, prendedores, tarjetas y placas en un sin fin de diseños. Algunas librerías ofrecen también aceite sagrado para ungir los dinteles de la casa (que también se consigue enviando una ofrenda a los televangelistas).

Qué impresionante es que estas cosas que tienen tan poco mensaje hoy sustituyan a aquellos libros serios y muy bíblicos que antes se vendían en las librerías. Por cierto, reconozco que hay un buen surtido de libros sensacionalistas que nublan la imaginación. El problema para mí es que no nutren ni instruyen al alma. ¿Será que las librerías se han comercializado

tanto que lo importante es tener cosas que se vendan —no importa su contenido— en lugar de ofrecer un ministerio real y consecuente a la comunidad cristiana?

El problema, como lo veo, es que muchos de esos objetos y afiches son prohibidos por el segundo mandamiento, puesto que se le da a algo material un sentido espiritual. Una cruz —sea en anillo o en cadena— que para algunos implica la idea de protección de parte de Cristo (como la virgencita que los taxistas colocan en el tablero de sus autos) son símbolos falsos.

*¡A nuestro  
invisible y  
siempre presente  
Dios lo estamos  
sustituyendo y  
materializando!*



Objetos que se cuelgan en la pared que, para otros, se relacionan con el amparo y la defensa divina de la casa son íconos equivocados. Pero más alarmante aun, son los novedosos fetiches en los cuales hoy muchos creen: agua del Jordán, incienso sagrado de Jerusalén, cruces de madera del Monte de los Olivos, tierra santa envasada en pomitos y aceite del santo sepulcro para supersticiosamente ungir los dinteles de cada cuarto y habitación —supuestamente para proteger la casa de demonios. ¿Qué estamos haciendo? ¡A nuestro invisible y siempre presente Dios lo estamos sustituyendo y materializando!

Un fetiche (viene del francés “fetiche” y del latín “facticius”) es un objeto natural que se cree posee poderes sobrenaturales. Cuando le damos a un cuadro, a

una cruz, a un líquido o a algún objeto virtud espiritual lo convertimos en un fetiche. En *El libro de Uran-tía* (una organización creada por el espiritista y siquiatra W.S. Sadler, de Chicago, que publica materiales esotéricos), en su edición de 1999, dice que un fetiche es el concepto de “un espíritu que penetra [y mora] en un objeto inanimado”. Afirma que estas ideas prevalecieron “desde el comienzo de la evolución de la religión”. Es este tipo de creencia lo que el segundo mandamiento condena cuando dice: *No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.*

Nótese que el mandamiento condena absolutamente toda clase de objeto al que se le da valor espiritual o poder sobrenatural. Solo hay un Dios; no hay otro. Darle poder a un trozo de madera, barro o cerámica —sea cual sea su figura, fabricación u origen— es endiosar a ese objeto y atribuirle un poder espiritual que solo corresponde a Dios. Repito: esto es precisamente lo que este mandamiento prohíbe, porque el concepto es falso, diabólico y supersticioso.

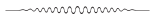
Dice Levítico 20:6: *La persona que atendiere a encantadores o adivinos, para prostituirse tras de ellos, yo pondré mi rostro contra la tal persona, y la cortaré de entre su pueblo.* Creer lo que creen los brujos, adivinos y encantadores, que hay objetos que poseen poder, objetos que han sido penetrados por demonios, es escuchar las mentiras de encantadores y adivinos. Darle a tales cosas poder (sea una cruz, aceite santo, un cuadro, un

trozo de madera o una cerámica) es *prostituirnos tras ellos* (prostituir aquí significa creer y temer al poder de esos objetos en lugar de creer y confiar en el poder total y absoluto de Dios). Nótese la condenación que viene en el texto: *Yo pondré mi rostro contra la tal persona, y la cortaré de entre su pueblo.*

¿Por qué tan severa consecuencia? Porque tales creencias van en contra del mandamiento que Dios nos ha dado, y vienen de imaginaciones que ven a demonios en todas partes en vez de reconocer que es el Altísimo Dios el que realmente habita todo (Salmo

*La diferencia  
viene cuando  
quitamos los ojos  
de objetos  
insignificantes y  
los colocamos en  
Dios.*

139). Pido que revisemos nuestras creencias, que analicemos nuestras actividades y maneras en que decimos servir a Dios, no sea que nos extraviemos de él, que nos apartemos de sus mandatos y que nos hallemos fuera de su favor.



*¡Oh, cuánto amo yo tu ley!*

*Todo el día es ella mi meditación. Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre están conmigo. Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos. De todo mal camino contuve mis pies, para guardar tu palabra. No me aparté de tus juicios, porque tú me enseñaste. ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel*

*a mi boca. De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira (Salmo 119:97-104).*

Cuán grande es la diferencia que descubrimos cuando quitamos los ojos de objetos insignificantes y los colocamos directamente en Dios. En lugar de confiar en un objeto que no puede ver, ni oír, ni moverse, confiemos en el Todopoderoso Dios que sí nos ve, nos oye, y se mueve poderosamente para ayudarnos y para responder a nuestras plegarias. No permitamos que un objeto, que un ídolo, que un sustituto frívolo e inútil llene el lugar que sólo Dios debe ocupar. Busquemos y amemos sólo a Dios.



# EL TERCER MANDAMIENTO

*No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano.*

## **¿Qué se exige en este tercer mandamiento?**

El tercer mandamiento exige usar santa y reverentemente los nombres, los títulos, los atributos, las ordenanzas, la palabra y las obras de Dios (Salmos 29:2; Apocalipsis 15:3,4; Eclesiastés 5:1; Salmos 138:2; 104:24).

## **¿Qué se prohíbe en este tercer mandamiento?**

El tercer mandamiento prohíbe toda profanación o abuso de cualquier cosa por la cual Dios se da a conocer (Levítico 19:12; Mateo 5:34,35).

## **¿Cuál es la razón determinante del tercer mandamiento?**

La razón determinante del tercer mandamiento es, que por más que eviten los infractores de este mandamiento el castigo humano, el Señor nuestro Dios no les dejará escapar de su justo juicio (Deuteronomio 28:59).

---

<sup>1</sup> Citamos directamente del Catecismo de Westminster, 12a edición, enero 2004, Editorial El Faro, México.

C UENTA STUART BRISCOE, un buen amigo mío, acerca de un muchacho que una noche en la comida dijo una blasfemia que había aprendido ese día en el colegio. El padre la escuchó, pero acostumbrado a oírla en su trabajo, no reaccionó. La madre, horrorizada, ordenó al muchacho que se fuera a su cuarto al instante y no saliera hasta borrar esa palabra de su vocabulario. Esa noche hubo una tempestad aterradora. Los relámpagos hicieron que la noche pareciera como de día, y estaban acompañados de truenos tan ensordecedores que estremecían hasta la tierra. La madre, preocupada por su hijo solo en la habitación, fue a ver cómo estaba. Abriendo la puerta, vio al hijo frente a la ventana, gritando: “Señor, ¿y todo esto es por la palabrota que dije?”

El libro de los Hechos cuenta la historia de Saulo de Tarso en camino a Damasco. Iba con la intención de eliminar a cuantos seguidores del camino encontrara. A medio camino es sorprendido por una luz centelleante, a través de la cual ve el rostro de Jesús resucitado. Tirándose de su bestia e hincándose en el suelo, exclamó: “Señor, ¿qué quieres que haga?” Ahora sin vista, es conducido por sus compañeros, intrigados por lo ocurrido, a la ciudad.

Mientras tanto, hay un pastor en Damasco que se llama Ananías.

—¿Qué haces, Ananías?—, le pregunta el Señor en un sueño.

—Preparo mis valijas—, responde.

—¿A dónde vas?

—Voy a visitar a la suegra —responde Ananías.

—¿Y por qué, Ananías?

—Señor, viene en camino ese despiadado criminal que se llama Saulo de Tarso. Odia a los que son del camino y viene para matarnos a todos.

—Antes de que te vayas —le dice el Señor—, tengo una pequeña tarea evangelística para ti. Quiero que vayas a visitar a un hombre que me busca.

—Sí, Señor, con mucho gusto. Espero que no me lleve mucho tiempo. Y, ¿cómo se llama el hombre?

—Saulo de Tarso.

Qué alivio cuando por la calle que se llama Derecha Ananías encuentra la casa y, entrando, halla que el hombre tan temido está ciego. Temerosamente se le acerca. Por fin, cobrando valor, le pone la mano sobre el hombro y amorosamente le dice: —*Hermano Saulo, he venido para decirte que Dios te ha escogido para que proclames su nombre a gentiles, a reyes y a israelitas. También para que sepas que has de padecer muchas cosas a consecuencia de proclamar ese nombre.*

### **El gran honor que le corresponde al nombre**

Es de ese glorioso *nombre* de Dios que hablamos en este capítulo. Se nos dice que no podemos tomarlo en vano. Esta palabra “vano”, del tercer mandamiento, se pronuncia *shawv* en hebreo y tiene dos sentidos: 1) quiere decir “perversidad”; 2) y quiere decir “para va-

nidad”. Si se toma el nombre de Dios, o de cualquier Persona de la Santa Trinidad, para usarlo vulgar o profanamente, se cae bajo la primera definición: es una perversidad. Si alguien usa el nombre de Dios para fingir que es religioso, cuando no lo es, ha usado el nombre con fines vanidosos, también cae bajo esta prohibición. El nombre de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo ha de ser resguardado por todo ser humano.

Necesitamos comprender la trascendencia o el alcance del divino nombre. Es el nombre del Dios Altí-

*El nombre de  
Dios Padre, Dios  
Hijo y Dios  
Espíritu Santo ha  
de ser resguardado  
por todo ser  
humano.*



simo con todo lo que significa su divina persona como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Tiene que ver con los detalles que conocemos acerca de él, es decir, los que él nos ha querido revelar en su Palabra. Todos sus grandiosos títulos, sus gloriosos atributos, sus

claras ordenanzas y las incomparables obras de su inefable persona están incluidos en su nombre. Entonces su nombre representa todo lo que es Dios en su naturaleza, como descubrió Moisés: *fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado* (Éxodo 34:6-7). Él es el que nos defiende, el que es bueno y benigno (Salmos 20:1 y 135:3). Miqueas 4:5 añade otro fascinante concepto: Nosotros sus hijos recibimos de

ese nombre vida, fuerza, gozo, habilidad y fruto, porque *nosotros con todo andaremos en el nombre de Jehová nuestro Dios eternamente y para siempre*. Es un maravilloso andar puesto que estamos rodeados por arriba, por debajo y a nuestros lados con Dios. Este andar comienza aquí en la tierra, a la vez que dura para toda la eternidad.

Por necesidad, como sus hijos, usamos ese glorioso nombre cuando oramos, predicamos, enseñamos, meditamos, testificamos y cuando estamos enfermos, en pruebas y en dificultades. Lo que Dios pide es que no usemos lo que es tan sagrado de forma inconsciente o liviana. Por la grandeza de todo lo que él es y ha hecho por nosotros, necesitamos mantener muy en alto ese nombre cada vez que cruce por nuestros labios.

Escribo este capítulo en medio del furor creado por el libro y la película *El Código Da Vinci*. Fue el mal uso del nombre santo y sublime de Jesús por el autor Dan Brown lo que trajo esa gran indignación por parte de la cristiandad. Al sagrado Hijo de Dios lo presentaron como si fuera un hombre cualquiera, con los pecados y hábitos de un ser ordinario. Parecido fue *La carta de Judas* que, aun peor, asocia a Jesucristo como defensor y dignificador de Judas, el más detestable traidor de la historia.

Es ese el tipo de actuación lo que este mandamiento condena. El nombre de Dios siempre, siempre, ha de ser respetado por toda persona, no importa la

circunstancia. En Deuteronomio 28:58 se nos pide temer este glorioso y terrible nombre de Jehová nuestro Dios. “Todo lo que pensemos y todo lo que digamos acerca de Dios debe resaltar su excelencia y debe corresponder a su sublime y sagrado nombre, exaltando su magnificencia”, dijo Juan Calvino.

Cuando a los demonios o al diablo les damos poderes parecidos a los de Dios, el nombre de Dios es vituperado. Cuando contamos chistes reduciendo a Dios a nivel humano, por graciosos que sean, el nombre de Dios es vituperado. Cuando en el servicio a Dios nos atribuimos los honores que le pertenecen a él, el nombre de Dios es vituperado. Cuando oramos en el nombre de Jesús buscando nuestro bien en lugar del bien de él, el nombre de Dios es vituperado. Cuando en la iglesia cantamos de la gloriosa grandeza de Dios para luego salir del culto y desobedecerle, el nombre de Dios es vituperado. Cuando usamos el nombre de Jesús como que si el nombre mismo tuviese poder mágico, el nombre de Dios es vituperado. Cuando testificamos de Cristo a los incrédulos, pero nuestra vida no refleja obediencia al evangelio, el nombre de Dios es vituperado.

### **El significado del mandamiento**

Estas cosas son precisamente las que este mandamiento prohíbe al decir: *No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano*. “En vano”: insincera y livianamente, sin pensar lo que se está diciendo.

¡Cuántas veces en el día se oyen expresiones como “Dios mío”, “Jesús”, “oh Dios”, “Cristo mío”, y hasta se dice en inglés, “Oh my God!” Esto es tomar el nombre de Dios en vano. ¡Cuánto se oyen esas descuidadas expresiones en labios de creyentes! Aun se oyen en las conversaciones de los pasillos y a la entrada de la iglesia. Seguro que nadie tiene la intención de usar mal el nombre de Dios, sin embargo dice el texto: “Dios no dará por inocente al que tomare su nombre en vano”. Aunque opinemos que lo hacemos sin intención de pecar, no importa. Esa excusa es totalmente inaceptable para Dios. Su nombre es manchado y eso lo prohíbe determinadamente. Tal uso liviano le es sumamente ofensivo.

Hay una buena ilustración de esto en el Antiguo Testamento: *Oíd esto... los que juran en el nombre de Jehová, y hacen memoria del Dios de Israel, mas no en verdad ni en justicia* (Isaías 48:1). Y el texto sigue explicando por qué no les ha venido juicio inmediato: *Por amor de mi nombre diferiré mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte* (Isaías 48:6). Estamos haciendo lo mismo que ellos.

Recordemos las palabras de Jesús: *Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad* (Mateo 7:22-23). Cuando uno que se llame evangelista o pastor use el nombre de Dios o de Jesús o del Espíritu

Santo para hacer milagros, pero lo hace con fines de ganancia personal, peca quebrantando este mandamiento. Cuando para impresionar o darle importancia y fuerza a un comentario decimos: “Dios me lo dijo”, pero realmente es puro invento, pecamos. Si para echar demonios aplicamos fórmulas cristianas que hemos aprendido, pero en nuestros corazones no amamos ni obedecemos a Jesucristo, usamos el nombre de Dios en vano. Actuamos como Balaam, el profeta del Antiguo Testamento que usaba el nombre de Jehová para hacer sus milagros, pero no era creyente. Lo que amaba era el dinero. En todos esos casos Dios es ofendido, puesto que su nombre ha saltado de labios hipócritas y se ha usado para provecho personal.

Permítanme citar el comentario que hizo Juan Wesley, el fundador de la Iglesia Metodista, sobre este mandamiento:

El tercer mandamiento tiene que ver con la manera en que adoramos. Allí tenemos una prohibición estricta: *No tomarás el nombre del Señor en vano*. Se supone que habiendo tomado a Jehová como su Dios, ellos tendrían que utilizar ese nombre. Con el fin de que lo usaran correctamente, Dios les dio la advertencia de no tomarlo en vano, cosa que siempre tenemos que recordar. Primero, tomamos el nombre de Dios en vano cuando hipócritamente hacemos uso de él, pero no vivimos de acuerdo a lo que él nos pide. Segundo, quebrantamos el mandamiento cuando hacemos una

promesa a Dios y no la cumplimos. Tercero, cuando blasfemamos o tomamos en nuestros labios el nombre Dios sin tener que hacerlo o con mal propósito, tomamos su nombre en vano. Cuarto, lo usamos vanamente cuando hacemos un juramento cualquiera, usando el nombre de Dios, cosa que muchos piensan es la intención principal de este mandamiento. Quinto, cuando usamos el nombre de Dios liviana o descuidadamente también quebrantamos el mandamiento. Se nos prohíbe profanar el nombre de Dios en nuestro servicio cristiano, tampoco se permiten las maldiciones, ni las conversaciones livianas tratándose de cosas espirituales por las cuales Dios es conocido. *Dios no dará por inocente al que tomare su nombre en vano.* Aun los jueces que condenan a las personas por otras ofensas pero no dan importancia a esta, deben recordar que Dios celosamente guarda el honor de su nombre. Tampoco les excusará a ellos por inocentes. El que ofende a Dios quebrantando este mandamiento podrá pensar que no sufrirá culpa, que no ha hecho ningún daño, pero establecido está que *Dios no dará por inocente al que tomare su nombre en vano.* Esa frase conlleva muchas implicaciones,

*Si para echar  
demonios aplicamos  
fórmulas cristianas  
que hemos aprendido,  
pero en nuestros  
corazones no  
amamos ni obedecemos  
a Jesucristo, usamos  
el nombre de  
Dios*



puesto que será Dios mismo quien enjuiciará a los que descuidan su nombre. No olvidemos que *horrenda cosa es caer en manos del Dios viviente* (Hebreos 10:31).

### **Esfuerzos por borrar este nombre**

Como ya hemos visto, los Diez Mandamientos fueron escritos en piedra por el dedo de Dios (Éxodo 31:18). Con esa frase nos damos cuenta de su importancia; solo de los Diez Mandamientos se dice tal cosa. Además, se enfatiza su importancia al referirse a mandamientos llamándolos “el pacto de Dios”. Por ejemplo, luego de darle los mandamientos, *Jehová dijo a Moisés: Escribe estas palabras, porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel* y el texto sigue: ... y *escribió en tablas del pacto los diez mandamientos* (Éxodo 34:27-28). Las bendiciones de Dios son derramadas por la obediencia al pacto, los castigos divinos vienen como consecuencia de desobedecerlos.

Hoy la gente no acepta tales conceptos. Se intenta, especialmente en los Estados Unidos, borrar los mandamientos de la mente de toda la ciudadanía, puesto que se opina que no tienen utilidad en la cultura moderna. Así es como muchos los están evaluando:

| # | EL MANDAMIENTO                   | LO QUE PIDE                                                                           | RESPUESTA SECULAR                                                                                                  |
|---|----------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1 | Hay solo un Dios                 | Sólo el Dios de la Biblia debe ser adorado                                            | Es ofensivo. Nuestra cultura acepta la adoración de budistas, hindúes y dioses y diosas de cualquier otra religión |
| 2 | No hacer imágenes                | No se permite hacer imágenes ni semejanzas a Dios ni de cosas en el cielo o la tierra | No se aplica. Hoy las imágenes son usadas por muchos: crucifijos, estatuas, pinturas, fotos y símbolos             |
| 3 | El nombre de Dios tomado en vano | No deben hacerse juramentos en el nombre de Dios                                      | Tampoco se aplica puesto que no hacemos tal tipo de juramento hoy                                                  |
| 4 | El sábado                        | Guardar el sábado como día de reposo                                                  | Ya no se hace, ni por los cristianos                                                                               |
| 5 | Trato de los padres              | Honrar a los padres                                                                   | Las víctimas de padres crueles lo rechazan. Hoy la costumbre es poner a los ancianos en asilos                     |

| #  | EL MANDAMIENTO          | LO QUE PIDE                                                               | RESPUESTA SECULAR                                                                                  |
|----|-------------------------|---------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 6  | No matar                | El homicidio prohibido                                                    | La pena de muerte es muy usada en Estados Unidos. Además, se busca aplicar la eutanasia            |
| 7  | No adulterar            | Los casados no pueden tener sexo con otros                                | Hoy no se obedece. Las estadísticas indican que el 40% de las parejas cometen adulterio            |
| 8  | No robar                | Se prohíbe toda clase de robo, incluso el secuestro o rapto               | No es aplicable. El robo ha llegado a ser una defensa y ayuda para los desposeídos                 |
| 9  | No dar falso testimonio | Se prohíbe jurar en falso                                                 | Este mandamiento es el único que todavía sigue vigente                                             |
| 10 | No codiciar             | No se puede codiciar ni la casa, ni la esposa, ni las posesiones de otros | La codicia se considera un sentimiento que no se puede controlar, por lo tanto no puede ser pecado |

Ese desprecio y lucha en contra de los mandamientos no es nueva y sabemos que continuará hasta el fin del mundo. Tanto es así que la misma Biblia nos advierte de la lucha creciente que vendrá en nuestra contra. De acuerdo a Apocalipsis 12:17 el Anticrist o en los últimos días hará guerra *con los que obedecen*

los mandamientos de Dios y se mantienen fieles al testimonio de Jesús. Por lo tanto, el apóstol Juan pide la perseverancia de los santos, los cuales obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles a Jesús (Apocalipsis 14:12). La Palabra declara que estos fieles vivirán para siempre con Dios y llevarán el nombre divino, sagrado e incomparable de Jesús en sus frentes (Apocalipsis 22:4).

Por cierto, es virtualmente imposible caminar en las calles de una ciudad, entrar a un restaurante, pasearse por un parque y hablar con un grupo de personas sin escuchar el sagrado nombre de Dios tratado ofensivamente. La prensa, las revistas, las novelas, el teatro, la radio, la televisión continuamente

*La prensa, las revistas, las novelas, el teatro, la radio, la televisión continuamente usan el nombre de Dios descuidadamente y hasta con desprecio.*

usan el nombre de Dios descuidadamente y hasta con desprecio. Dios le dijo a Israel: *A causa de las blasfemias [es la palabra hebrea usada], el país está lleno de adúlteros, la tierra está de luto y los pastos del desierto se han secado. Los profetas corren tras la maldad, y usan su poder para la injusticia* (Jeremías 23:10). Dios castiga a los que no respetan su nombre y, por cierto, él es el mismo hoy, ayer y por los siglos. No ha cambiado. *Él no dará por inocente al que tomare su nombre en vano, no importa si es una persona, un pueblo o una nación.*

Nunca olvidaré a un amigo llamado Juan Hinkley.

Fuimos al seminario juntos, ambos queríamos ser predicadores. A Juan, sin embargo, le gustaban los chistes, y en verdad sabía contarlos y era muy gracioso. Pero poco a poco comenzó a contar chistes basados en la Biblia, muchos de ellos tratando de Dios o de Jesús livianamente. Varios de nosotros le hablamos muy en serio y lo reprendimos, enfatizando el riesgo que corría usando tan descuidadamente el nombre de Dios. Pero Juan amaba más la risa de los que le escuchaban que a Dios, y siguió tomando el nombre de Dios en vano.

Unos días antes de nuestra graduación el dueño de una compañía de la ciudad vino al seminario ofreciendo trabajo a cualquiera de los que nos graduábamos. El trabajo consistía en manejar un camión de víveres producidos por su compañía por todo el oeste de Canadá. Juan Hinkley lo aceptó.

Nos graduamos y una semana más tarde, luego de unos días de visita con sus familiares, Juan comenzó su trabajo. Cuál no fue la sorprendente noticia que en ese mismo día tuvo un terrible accidente y murió. Hablando de esa muerte tan inesperada, uno de mis compañeros dijo: “Creo que ese accidente fue un castigo directo de Dios. Juan rehusó dejar de contar esos chistes, siguió tomando el nombre de Dios en vano y Dios lo mató”. Por supuesto, no sabemos si esa en realidad fue la causa de su muerte, pero les aseguro que nos dejó a sus compañeros ponderando las maneras en que Dios obra cuando no respetamos su santo nombre.

Cuando pensamos en la grandeza y el amor de Dios hacia nosotros, nuestro deseo debiera ser sólo honrarlo y alabarlo. Con el Rey David exclamar:

*Bendeciré a Jehová en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca. En Jehová se gloriará mi alma; lo oirán los mansos y se alegrarán. Engrandeced y Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre (Salmo 34: 1-3).*



# EL CUARTO MANDAMIENTO



*Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.*

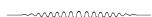
¿Por qué es tan importante el domingo?

¿Qué tipo de descanso es propio para el domingo?

¿Cómo se relaciona el trabajo con el domingo?

**A**L PENSAR en el énfasis de este mandamiento, en “santificar” el día del Señor, viene a mi mente la película *Carros de fuego*. La acción se sitúa en Gran Bretaña en las Olimpiadas de 1924. Dos jóvenes, Harold Abrahams (un judío que estudiaba en Cambridge) y Eric Liddell (hijo de misioneros escoceses que recién había regresado a Gran Bretaña tras varios años en China), aspiraban ganar la medalla olímpica en la carrera de 400 metros. Ambos estaban hechos

*Hay mucha confusión  
en relación al día del  
Señor.*



para correr. El caso es que la carrera caía en un domingo, y Eric, por sus profundas convicciones cristianas, rehusó profanar el día del

Señor. Oficiales importantes, incluso el Príncipe de Gales, trataron de persuadirlo, reclamando la gloria que traería ese premio a la patria. Eric, sin embargo, no cedió. Puso su obediencia a Dios por encima de toda gloria humana. La manera en que Dios lo honró por esa decisión es lo que le da peso a esta película premiada. (Por sus valores cristianos universales merece ser vista por todo cristiano.)

Otro hecho histórico —algo jocoso— cuenta de un pastor de una iglesia puritana en Nueva Inglaterra en tiempos coloniales. En esas iglesias no se permitía hacer ningún tipo de trabajo los domingos. Un frío domingo el pastor llegó a la iglesia habiendo patinado varios kilómetros entre su casa y el templo por el camino congelado. De inmediato los diáconos se reu-

nieron para decidir si por tal esfuerzo el pastor había profanando el domingo. Su veredicto: “Te damos permiso para llegar en patines, pero de ninguna manera tienes permiso para disfrutarlo”.

### Se cambió de sábado a domingo

Es interesante observar que este es el único mandamiento que sufre notorios cambios del Antiguo Testamento al Nuevo. Precisamente, hay mucha confusión en relación al día del Señor. Se debate si de veras debemos observarlo el día sábado o si es correcto hacerlo el domingo. Para conocer el porqué del cambio tenemos que ir a la historia.

No conocemos los debates que hubo en la iglesia primitiva —si acaso los hubo— en relación a este mandato. Lo único que sabemos es que la resurrección de Jesucristo fue un evento tan inspirador, inesperado, glorioso y transformador que los cristianos comenzaron a reunirse en memoria de ello (ocurrió un domingo) en lugar de hacerlo los sábados. Son cuatro los textos que lo afirman.

1. Juan 20:19: *Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el **primero de la semana**, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros.*
2. Hechos 20:7: ***El primer día de la semana**, reunidos los discípulos para partir el pan [la Santa Cena], Pablo les enseñaba, habiendo de salir al día*

siguiente...

3. 1 Corintios 16:2: ***Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado...***
4. Apocalipsis 1:9-10: Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación... estaba en ***el Espíritu en el día del Señor...***

¿Habría debates y críticas dentro de la iglesia porque no guardaban el sábado? Parece que sí. Escribiendo a los colosenses Pablo aquieta los debates diciendo: *Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo* (capítulo 2:16). Sin embargo, no les pide que observen el sábado. En ninguna parte del Nuevo Testamento se pide la observación del *sabbat* (palabra hebrea para indicar este mandamiento). Por ejemplo, en Hechos 15, en el primer gran concilio de la Iglesia Cristiana en Jerusalén, los líderes llegan a sus conclusiones. Acuerdan escribirle a los “gentiles” (creyentes no judíos) una carta especificando los requerimientos oficiales del cristianismo en relación a las leyes judías:

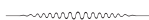
*Los apóstoles y los ancianos y los hermanos, a los hermanos de entre los gentiles ... Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis. Pasadlo bien* (Hechos 15:23-29).

Nada se dice acerca del *sabbat*. No se hace refe-

rencia a este cuarto mandamiento.

Aparte de estas observaciones bíblicas, queda la incontrovertible evidencia histórica. Desde la gloriosa resurrección de Jesucristo en aquel domingo histórico, la Iglesia Cristiana ha separado el domingo como el día del Señor, y lo ha hecho por dos mil años. A todo lo largo de esa historia, ninguna iglesia, ni ningún argumento han persuadido a la Iglesia Cristiana a regresar a una observación sabática.

*La Iglesia Cristiana  
ha separado el do-  
mingo como el día del  
Señor, y lo ha hecho  
por dos mil años.*



Aparte de ese debate, hay otro. No estamos seguros de la manera correcta de guardar el domingo: si solo es día para ir a la iglesia, orar y leer la Biblia; o si es permisible hacer algún deporte, salir a pasear o disfrutar el día con la familia. ¿Cuál será la manera correcta de observar este mandamiento?

### **Acuérdate del día de reposo para santificarlo**

Primero veamos lo que algunos llaman “un problema histórico”. No hay duda de que este cuarto mandamiento, como fue aplicado y observado en el Antiguo Testamento, es conflictivo. Por ejemplo, en Éxodo 35 no se permitía ninguna actividad doméstica. Hasta se prohibía encender fuego en la casa para cocinar. ¿Será que nos corresponde a nosotros los cristianos observar el día del Señor con ese mismo tipo de restricciones? En busca de esa respuesta expertos bíblicos han hecho

investigaciones. Comienza el estudio llevándonos al libro de Génesis:

*Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación (Génesis 2:2-3).*

|                                                                                                                                |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                       |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <i>¿Es la observación del<br/>sábado algo<br/>demandado a todos<br/>los hombres o se<br/>aplica sólo a los<br/>israelitas?</i> | levanta el “problema histórico”. Es decir: ¿celebraron Adán, Eva y sus descendientes el <i>sábado</i> del Señor? ¿Cuándo comenzó a celebrarse el sábado? ¿Sería después que Moisés entregó los Diez Mandamientos? ¿Es la observación del sábado algo demandado a todos los hombres o se aplica sólo a los israelitas? |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

Los que argumentan que solo es para los israelitas usan las siguientes líneas. Para defender su tesis comienzan, por ejemplo, citando a Nehemías 9:13-14:

*Y sobre el monte de Sinaí descendiste, y hablaste con ellos desde el cielo, y les diste juicios rectos, leyes verdaderas, y estatutos y mandamientos buenos, y les ordenaste el día de reposo santo para ti, y por mano de Moisés tu siervo les prescribiste mandamientos, estatutos y la ley.*

Claramente el pasaje indica que fue con Moisés en el Monte Sinaí que este mandato sobre la observación

del sábado tuvo comienzo.

Además, arguyen, que en todo el libro de Génesis no se vuelve a mencionar el sábado. Ni a Abraham, ni a Isaac, ni a Jacob se les pide esta celebración, aunque recibieron órdenes en cuanto a los sacrificios (Génesis 4:3-4), los altares (8:20), los sacerdotes (14:18), los diezmos (14:20), la circuncisión (17:10), y el matrimonio (2:24 y 34:9). Preguntan: ¿Por qué, si este mandato era tan importante, no hubo ninguna instrucción para los patriarcas en cuanto a la observación del sábado? Concluyen que como no se menciona por más de tres mil años —desde Adán a Moisés—, no hubo en los primeros siglos de la historia humana la costumbre de celebrar el sábado.

Hacen una tercera observación: en Deuteronomio 5:15 se nos explica que Dios le dio a Moisés este mandato con un motivo especial:

*Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual Jehová tu Dios te ha mandado que guardes el día de reposo.*

La razón dada para celebrar el sábado del Señor no se basa en que Dios descansó el séptimo día (Génesis 2:2-3), más bien es para que cada siete días los israelitas se acordaran de la poderosa manera en que Dios les liberó de la esclavitud egipcia.

Además, citan a Éxodo 31:17 donde dice claramente que la observación del sábado no es algo que Dios impuso sobre todo el mundo, es una señal espe-

cial entre Dios y el pueblo de Israel:

*Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó.*

La conclusión a la que llevan estos argumentos es que este mandato tenía aplicación muy especial y directa al pueblo de Israel. ¿Querrá esto decir que este mandamiento no tiene nada que ver con nosotros hoy? Tal conclusión sería incorrecta a la luz de lo que nos dijo Cristo:

*No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos (Mateo 5:17-19).*

Nuestro deber como cristianos en cuanto a esta ley tiene dos perspectivas. La primera, y esta sigue los lineamientos propuestos por los puritanos, es transferir todo lo riguroso del mandato sabático como dado a los judíos a nosotros los cristianos. (los puritanos eran agrupaciones de protestantes en Inglaterra que buscaban “pureza”, y para lograrla impusieron muchas prohibiciones). La ambición loable de ellos era elevar todo lo relacionado con la iglesia y a dejar a un lado las

cosas del mundo. La crítica que hoy se les hace a los puritanos se centra en la manera en que definen al mundo, puesto que sus conclusiones tienden a condenar placeres legítimos y a quitar el gozo que corresponde a los hijos de Dios. Un ejemplo de cómo tratan este mandamiento se encuentra en el *Catecismo Menor Explicado de Westminster*:

La sola ocupación legítima para tal día [del Señor], a fin de que sea mantenido en debida santificación, es la de ocupar todo el tiempo en el servicio de Dios, tanto en el culto público como en la devoción privada, ya sea esta familiar o personal (Lucas 4:16; 20:7). Existen cristianos que piensan equivocadamente que basta con llegar al templo o casa de oración una o dos veces en el domingo, ocupando el resto del día en su personal provecho material, ya sea en diversiones; pero esto es absolutamente contrario al mandato de Dios que tiene ordenado: “Seis días trabajarás y harás toda tu obra”, y también, “No hagas obra alguna...”.

Por supuesto, hay aquellos que van a un extremo al oponerse a toda ley. Son clasificados como *antino- mianos*: abogan a favor de ninguna ley; es decir, que enseñan que los mandamientos eran solo para los judíos y que no tienen nada que ver con el cristianismo. Y, por fin, el grupo mucho más centrado que no solo acepta los Diez Mandamientos, sino que considera cómo fue que Jesucristo los observó, particularmente este cuarto. Procuran aplicar el mandamiento en con-

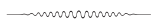
formidad con lo que el Nuevo Testamento nos enseña a nosotros los gentiles.

Para seguir correctamente con esta última consideración —la que creemos correcta— es necesario tener un cuadro completo de lo que comprende este mandamiento en todas sus dimensiones.

### **Seis días trabajarás y harás toda tu obra**

En estas palabras encontramos un principio universal. El hombre, para su propia estima y gozo, necesita trabajar. Se ha corrido la idea de que el trabajo es castigo de Dios por la caída del hombre en el Edén. De ninguna manera. Mucho antes de aquella caída se dice: *Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto*

*Es necesario tener un  
cuadro completo de lo  
que comprende este  
mandamiento en  
todas sus  
dimensiones.*



*de Edén, para que lo labrara y lo guardase* (Génesis 2:15). El trabajo es parte importante de nuestra humanidad. Es la manera en que nos exhibimos, que nos dignificamos, que mostramos nuestras ca-

pacidades y, por ende, que comprobamos que somos creados a la imagen de Dios. Nuestros logros y laureles vienen cual consecuencia.

El mismo Señor Jesucristo dijo: *Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo*. El trabajo es divino, muestra la grandeza, el poder y la gloria de Dios. El capítulo uno de Génesis es la exhibición extraordinaria de cómo trabaja, y los logros incomparables de ese tra-

bajo, ¡excelencia insuperable! (Y vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que era bueno en gran manera). Tomando ese cuadro y ajustándolo a nosotros como seres finitos, podemos hablar con satisfacción de nuestros esfuerzos y logros como humanos. Así —sea como carpintero, ama de casa, plomero, artista, agricultor, maestro, enfermera, arquitecto, secretaria, médico, filósofo o teólogo— mostramos nuestra nobleza como personas creadas por Dios.

La Biblia, tanto en Eclesiastés 10:15, 18 como en Proverbios 6:6-11; 10:4-5; 12:27; 13:4; 15:19; 18:9; 19:15, 24; 20:4, 13; 22:13; 24:30-34; 26:13-16 condena la pereza y la vagancia. San Pablo, confrontado por unos creyentes haraganes que, esperando la venida del Señor, dejaron de trabajar y vivían de las bondades de los que trabajaban, declaró con fuerza: *Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma* (2 Tesalonicenses 3:10). A su vez, recordemos que el trabajo no es solamente aquello que hacemos con las manos. Preparar un buen sermón lleva muchas horas de trabajo; escribir un libro requiere mucho trabajo; enseñar una clase interesante exige mucho trabajo y esfuerzo. Hay que decir esto, ya que los que trabajan con sus manos fácilmente llegan a la conclusión que solo ellos saben trabajar. (Yo, que paso todo el tiempo detrás de un escritorio o detrás de un púlpito, tengo que defenderme.) A la vez, yo sí sé lo que es ensuciarme las manos y sufrir con ampollas.

Recuerdo el verano que conseguí trabajo en una

fábrica de acero. La fábrica tenía más de dos mil empleados. La idea que al principio llenó mi cabeza, de que por mi educación y talentos me darían un escritorio en una oficina con aire acondicionado, se evaporó el primer día. Me mandaron fuera de la fábrica a un campo cercano donde los camiones vaciaban toda clase de metal. Junto con otros diez hombres, nuestra tarea era seleccionar aquellos metales que podían volverse a fundir. Un capataz nos explicó cómo hacer el trabajo; luego de asignarnos las tareas, se montó en su jeep y regresó a la fábrica. Imagínense, yo llegué sin guantes, vestido de ropa de oficina, para ahora tener que ensuciarme con todo aquel metal oxidado. ¿Qué hacer? Pues, ¡manos a la obra!

Comencé a tirar hierro a un montón y a otro, cuando uno de mis compañeros me gritó:

—Thompson, ¿Qué haces?

Me detuve un instante para mirarlo, y le dije:

—Pues, lo que nos mandó el capataz.

—Tonto —me dijo—. ¿No vez que el hombre se fue? Y se sentó sobre la hierba al lado de las pilas de acero, sacó su cajetilla de cigarrillos y comenzó tranquilamente a fumar. Los ocho que quedaban, sin más, siguieron el ejemplo de él. Y yo, que desde muchacho fui enseñado por mi padre no solo a trabajar sino a obedecer instrucciones, seguí echando hierro a una y otra pila, tal como nos pidió el capataz.

Unas dos horas más tarde, uno de los compañeros que servía de espía para el grupo, gritó:

—¡Ahí viene el capataz!

De inmediato todos se levantaron y comenzaron a trabajar.

Cuando el capataz se bajó de su jeep y examinó lo que se había hecho, preguntó:

—Thompson, ¿dónde está tu pila?

Apunté al montón de hierros que reuní tal como él había instruido.

Se volvió a los demás y preguntó:

—¿Por qué Thompson está todo sudado y sucio y ustedes están tan limpios y sin una gota de sudor?

Nadie dijo nada.

—Thompson —dijo—,  
monta en el jeep.

*El cristiano que comprende el lugar que ocupa el trabajo en la vida trabajará con ánimo y excelencia.*

Me llevó a la fábrica. Me invitó a entrar a su oficina (con aire acondicionado). Apuntó a un escritorio vacío, y me dijo:

—Siéntate ahí. Buscaba a alguien confiable para servirme de asistente. —Con una gran sonrisa, añadió—: Creo que lo conseguí.

Así fue que ese verano descubrí la recompensa, gozo y placer del trabajo.

El cristiano que comprende el lugar que ocupa el trabajo en la vida es una persona que no solo le dará importancia a este aspecto de la vida, sino que trabajará con ánimo y excelencia. San Pablo nos indica la actitud correcta que debemos asumir: *Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre*

*del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él* (Colosenses 3:17). El que no conoce a Dios detestará el trabajo, y se aprovechará de su patrón, robando de él tanto el tiempo como sus bienes. El cristiano, al contrario, será un empleado fiel, ejemplar y confiable.

Este cuarto mandamiento declara que Dios nos ha dado seis días de cada semana para nuestro trabajo. Por ser Dios, con todo derecho pudiera haber dicho: Seis días me adorarás y solo un día trabajarás. Pero, no. Nos obsequió seis días para que con ellos pudiésemos cumplir nuestros quehaceres y ambiciones, pidiéndonos un solo día para descansar y poder adorarlo a él.

Durante la revolución francesa el ateo François-Marie Arouet, mejor conocido como Voltaire, declaró: “Si se quiere acabar con la cristiandad, se tendrá que abolir el domingo”. Es interesante notar que eso fue exactamente lo que hizo la Convención Revolucionaria, tres siglos atrás. Determinaron deshacer el calendario cristiano y crear uno más revolucionario (algo parecido a lo que hizo Fidel Castro, anulando las celebraciones cristianas, incluso los domingos). Diseñaron una “semana” de diez días laborales, reflejando los diez años de la formación de la República en 1792. Pero ese intento fue un fracaso rotundo. Los obreros no podían con ese calendario. Fatigados por tantos días sin descanso, produjeron mucho menos que antes. Por fin un científico social aconsejó: “Observemos el domingo cristiano, aunque sea por higiene, si

no lo hacemos por la religión”.

Dios, que nos hizo a su imagen, supo darnos lo que necesitábamos: *Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios.*

### **El séptimo día es reposo para Jehová tu Dios**

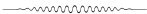
Esa frase, *el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios*, implica dos conceptos. El primero es “*reposo*” —descanso, sosiego, quietud, tranquilidad, calma. No se refiere a una siesta (cosa de media hora); el mandato comprende un día entero dedicado al reposo. El segundo concepto es que el séptimo día es “*para Jehová tu Dios*”. Nos informa que en ese reposo —para lo cual nos ha dado un día entero— hay que adorar a nuestro Creador como merece ser adorado.

No hay duda de que la comodidad más preciosa que Dios nos da es el tiempo: tiempo para dormir, tiempo para trabajar, tiempo para adorar, tiempo para la esposa, tiempo para los hijos, tiempo para los amigos, tiempo para nuestros placeres legítimos, en fin, toda la larga lista de “tiempos” para un sin fin de cosas que nos da Salomón en Eclesiastés 3:1-8.

Hay ocasiones en que quisiéramos que el día tuviese treinta y seis horas, pero en eso del tiempo Dios nos ha puesto a todos por igual. Tanto el presidente de la república como un lustrador de zapatos en la plaza central gozan de exactamente veinticuatro horas cada día. Nadie tiene ventaja sobre otro. Nadie puede legítimamente decir: “A mí me faltaron horas en el

día”. Lo que importa es cómo administramos esas horas que Dios nos obsequia.

Dios creó el séptimo día para que en él cambiásemos de rutina. Con ese cambio vendría la reposición de nuestras fuerzas físicas y mentales, a la vez que nos daría una hermosa oportunidad para fortalecer nuestra relación con él: *El séptimo día es reposo para Jehová tu Dios*. Tal reposo físico y tal adoración del alma no están en conflicto. Podemos reposar y adorar a una vez.

|                                                                                   |                                         |
|-----------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------|
| Esta combinación, me parece, es a lo que se refiere                               |                                         |
| <i>Dios nos provee el</i>                                                         | David en el Salmo 27:4: <i>Una</i>      |
| <i>domingo para sus-</i>                                                          | <i>cosa he demandado a Jehová,</i>      |
| <i>pender todo otro que-</i>                                                      | <i>esta buscaré: que esté yo en la</i>  |
| <i>hacer a fin de tener</i>                                                       | <i>casa de Jehová todos los días de</i> |
| <i>tiempo para contem-</i>                                                        | <i>mi vida, para contemplar la</i>      |
| <i>plar la hermosura</i>                                                          | <i>hermosura de Jehová, y para</i>      |
| <i>de Jehová.</i>                                                                 | <i>inquirir en su templo. Repite</i>    |
|  | <i>esa misma idea en el Salmo</i>       |

23: *Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida y en la casa de Jehová moraré por largos días*. Reconozco que normalmente se interpreta este texto como el descanso eterno, pero creo que cuando David escribe estas palabras no piensa en el cielo. Habla del ahora, de su presente deleite en la presencia de Dios.

Por cierto, para un rey tan ocupado como David le hubiera sido imposible dejar su trono y responsabilidades para pasarse todos los días en el templo con-

templando a Dios. Así que las palabras tienen que tener otro sentido. En cuanto a David —y lo debe ser para usted y para mí— *la casa de Jehová* está dondequiera que un hijo de Dios está (solo en sentido secundario tienen referencia al templo físico). Tratamos de lo mismo que dice San Pablo en 2 Corintios 6:6:15: *Vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré con ellos...*

Erradamente pensamos que Dios se encuentra solo en un edificio al cual llamamos “templo”, y que allí se queda encerrado entre cuatro paredes esperando nuestra próxima visita. ¡Qué tremendo error! Fue en la dedicación del templo más elaborado y hermoso que jamás hombre haya creado, que dijo Salomón: *He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener, cuanto menos esta casa que yo he edificado* (1 Reyes 8:27). No, no es en un edificio que la vida de un cristiano se encuentra realizada. Es cuando en todas las horas del día —allí dondequiera que estemos, aun bajo las circunstancias más adversas— vivimos gozándonos y deleitándonos *en la casa de Jehová*, contemplando su hermosura. Para mí, ese es el sentido de este mandamiento. Aunque esto puede y debe ocurrir todos los días de la semana, Dios nos provee el domingo para suspender todo otro quehacer a fin de tener tiempo para *contemplar la hermosura de Jehová*.

### **No hagas en él obra alguna...**

El sábado judío era un día de total reposo:

*No hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas.*

Cuando le pregunté al Internet: ¿Cómo es que obedecen los judíos hoy las leyes sobre el sábado?, me dio esta respuesta: “En la comunidad judía, no importa si uno es ortodoxo o conservador, la observación del sábado es una señal importante, pues indica lo que la persona es como judío. Es la señal que Dios dio a Israel desde el Sinaí, para distinguir a su pueblo del mundo”. Cuando uno viaja por Israel en un sábado, todas las tiendas están cerradas, el transporte público no circula y en la vieja parte de la ciudad de Jerusalén no hay movimiento alguno durante esas veinticuatro horas.

Otro comentario por Joy Davidman<sup>2</sup> habla de la forma en que consideraban las actividades más insignificantes como “trabajo”. Dice: “Los judíos ortodoxos no pueden ni prender ni apagar fuegos los sábados [Éxodo 35:3]. Para hacerlo consiguen que por unos pocos centavos los gentiles pobres y necesitados lo hagan: niños del barrio, borrachos o aun mendigos. Así de severas son sus costumbres”.

James Burton Coffman, que fue ministro de la Iglesia de Cristo en Manhattan, Nueva York, observa que en el curso de cada cincuenta años los judíos fueron mandados a observar ocho distintos tipos de sábado. Dice Levítico 26:2: “Guardad mis días de reposo...” (nótese el plural). Nótese cuántos había y

---

<sup>2</sup> The Ten Commandments Yesterday and Today, p. 50.

lo que representaba guardarlos:

|                               |            |
|-------------------------------|------------|
| Los sábados semanales         | 2,600 días |
| La pascua                     | 100 días   |
| El día de los primeros frutos | 50 días    |
| La fiesta de las trompetas    | 50 días    |
| La fiesta de los tabernáculos | 50 días    |
| Los sábados de siete años     | 2,520 días |
| El año de jubileo             | 365 días   |
| Los días de expiación         | 50 días    |

---

|                      |            |
|----------------------|------------|
| El total en 50 años: | 5,785 días |
|----------------------|------------|

Sigue diciendo Coffman: “Estos sábados suman dieciséis años, o más de la cuarta parte de ese período de cincuenta años. Es obvio que los mismos judíos no podían observar todos estos sábados satisfactoriamente. No nos sorprende, entonces, leer en Gálatas 5:1 que el apóstol Pablo se refiera a esas observaciones como *un yugo de esclavitud*. Y San Pedro concuerda diciendo que eran *un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar* (Hechos 15:10).

Imagínese lo que los fariseos opinaban en cuanto a este Jesús que arbitrariamente rompía todos sus esquemas sabáticos:

- En un sábado sanó a un ciego de nacimiento (Juan 9:13-38).
- En otro sábado sanó al paralítico de Betesda (Juan 5:1-18).

- Además, a un hidrópico lo sanó Jesús en un sábado (Lucas 14:1).
- Un sábado vio a un hombre con la mano seca y lo sanó (Marcos 3:1-6).
- Fue en un sábado que vino a Jesús una mujer sufriendo terriblemente a cuenta de su espalda encorvada y él la sanó (Lucas 13:10-12).

En cuanto a nosotros hoy, la gran pregunta relacionada al día de reposo entonces es ética: Si el día del Señor (domingo) es el sábado cristiano, ¿cómo hemos de observarlo? Una formidable respuesta sería: Cual cristianos lo debemos observar así como Jesucristo:

1. En Lucas 4:16 dice que *en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre...* Nuestro Salvador iba fielmente a la sinagoga los sábados. Nosotros también debemos ir fielmente a la iglesia. De paso, no solo fue esta costumbre de Jesucristo, también lo era de Pablo y Bernabé. Se nos dice: *entraron en la sinagoga el día de reposo y se sentaron* (Hechos 13:14).
2. Jesucristo mostró al pueblo de Israel cómo se había malinterpretado este mandamiento, por esto públicamente rompió los requisitos que los fariseos habían impuesto sobre el sabbat judío. Nosotros no debemos volvernos legalistas en cuanto al día del Señor. No debemos hacer ni permitir que se hagan reglas de observación para ese día que la Biblia no establece.

3. Jesucristo explicó que Dios buscaba misericordia más que sacrificios, actos de piedad en vez de leyes estériles (Mateo 12:7). *Preguntó: ¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida o quitarla* (Marcos 3:4)? En otras palabras, el domingo es un día en que como redimidos por la gracia divina debemos ayudar a los necesitados. Lo podemos hacer con nuestras ofrendas, pero mejor sería visitar y compartir con los necesitados en persona. Esto incluye visitar a los enfermos y animarlos en Cristo.
4. Añadió que el sábado fue hecho para la ayuda y bendición del hombre, y no para buscar ocasión para condenarlos (Marcos 2:23-28). Aquí habría una buena admonición para los predicadores: no sean negativos. No llenen sus sermones con condenaciones y énfasis de las fallas personales. Más bien, busquemos maneras de animar a los hermanos a no flaquear, pero arraigados en el todopoderoso Jesucristo para vencer nuestras debilidades y marchar hacia el cielo que nos espera triunfantemente.
5. Concluyó con una declaración fortísima: Él, Jesucristo —y no Moisés— es el Señor del sábado. Él es el que determina lo que se permite y se prohíbe (Lucas 6:1-5).

Encontré en un manual escrito por una hebrea, algunas ideas acerca de cómo celebrar el día del

---

<sup>3</sup> Doctora Laura Schlessinger, *Los Diez Mandamientos*, HarperCollins, Nueva York, 2006

Señor correctamente.<sup>3</sup> Creo que nuestro Salvador no se opondría a los consejos que una paisana suya nos da:

- No trabajar por un salario ni competir por premios.
- Sacar tiempo para relajarse y no hacer nada. (Aunque no está especificado en las Escrituras, una siesta durante el sabbat es ciertamente un regalo divino.)
- Leer y estudiar material religioso (he escrito varios libros a propósito).
- Jugar con los hijos, el cónyuge y disfrutar de toda la familia.
- Dar una caminata.
- Disfrutar comidas deliciosas y charlas con los amigos.
- Hablar con los hijos sobre su vida diaria, sus pensamientos y sentimientos.
- Asistir a servicios religiosos, conferencias y discusiones.
- Orar y estar en actitud contemplativa.
- Hacer el amor con el esposo o la esposa (reconectándose en mente, cuerpo y espíritu).

Esto dicho, lo importante para mí, es entrar en el verdadero espíritu del reposo y la adoración pedida por Dios —romper los esquemas diarios y rutinarios de la semana— y buscar maneras especiales de adorar a Dios.

6. Hay una costumbre más de Jesús. Para mostrar

lo equivocado que estaban los fariseos en sus costumbres tan cerradas, Jesús pasó los sábados haciendo el bien y ayudando a los enfermos. ¿Habremos pensado en seguir a Jesucristo celebrando los domingos ayudando a nuestro prójimo?

Como vemos, el propósito del *sabbat* de Dios es romper nuestra rutina semanal, salir de la esclavitud de un empleo; librarnos del control del materialismo que tan fácilmente se apodera de nuestros corazones; y hacernos recordar que *No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*. Por todas estas razones comprendemos por qué *Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó*.

*El propósito del  
sabbat de Dios es  
romper nuestra  
rutina semanal.*



Lejos de ser un mandamiento esclavizador, este cuarto mandamiento es libertador: nos saca de la tiranía del trabajo rutinario, nos muestra el gozo del descanso y el cambio de actividades, nos permite disfrutar de tiempo con la familia y los amigos, y especialmente nos ayuda a buscar a Dios, recibir de El fuerzas y agradecerle por todas sus bondades. Como dice Miqueas 4:2:

*Venid y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová.*



# 5 EL QUINTO MANDAMIENTO

*Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.*

**¿Qué es tan relevante en mi relación con mis padres que Dios lo coloca entre sus Diez Mandamientos?**

ESTE MANDAMIENTO establece el puente entre los que tienen que ver con nuestra relación con Dios y aquellos que tienen que ver con nuestra vinculación a nuestro prójimo. Trata la relación de los padres con sus hijos y de los hijos con sus padres. Por supuesto, presupone que los hijos saben quiénes son sus padres, que reconocen la importancia de ellos y, además, que tienen la oportunidad para honrarles como es debido.

Al caso viene un cuento que apareció por el año 1812 en un libro alemán que contenía una colección de fábulas compiladas por los hermanos Grimm, Jacob y Wilhelm. Los cuentos no eran largos, lo que

los hizo famosos fueron las moralejas de cada uno. Aquí tenemos uno, *El abuelito y sus nietos*:

Había una vez un hombre muy, muy viejito. Estaba casi ciego, casi sordo y sus rodillas temblorosas casi no lo soportaban más. Cuando se sentaba para comer, la cuchara se le caía de la mano, la sopa le corría por un lado de la boca y caía sobre la mesa manchando el mantel.

El hijo y la esposa se disgustaban ante esa escena tan asquerosa. Por fin, lo obligaron a sentarse en un rincón de la cocina donde el fogón lo ocultaba. Cada día le daban un poquito de comida en un plato de barro. El abuelito se quedaba mirándoles en la mesa y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Sucedió un día, que mientras tomaba la sopa, se le cayó el plato y quedó hecho trizas. La nuera lo maldijo y el pobre abuelito, en lugar de defenderse, se echó a llorar. El hijo y la esposa fueron al mercado y por unos centavos compraron un plato de madera. En ese plato rústico le obligaron a comer. Ahora, cada vez que comía, el pobre abuelito hacía tanto ruido que, disgustados, lo sacaron de la casa y lo pusieron al lado del gallinero. Es más, el hijo le hizo un comedero de madera, parecido al que tenían las gallinas, y ahí el pobre abuelito tenía que comer.

Un día los nietos jugaban en el patio. Tenían martillo, unos clavos y unos pedazos de madera.

“¿Qué hacen?”, preguntó el padre.

“Papá, te estamos haciendo un comedero para cuando seas viejo”.

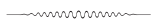
El hombre se volteó a su esposa con una mirada llena de preocupación. De una vez recogieron al abuelito, y lo volvieron a sentar a la mesa. Cuando se le caía la sopa de la boca y manchaba el mantel nadie decía nada.

*Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.*

### **Como es que honramos a nuestros padres**

La palabra hebrea *kavod* (honor), viene de *kavad*, que significa “algo pesado”. Es muy cierto que la responsabilidad de honrar a los padres no siempre es fácil; muchas veces —especialmente cuando llegan a una edad avanzada— representa una carga que puede ser pesada.

*Es cierto que la responsabilidad de honrar a los padres representa una carga que puede ser pesada.*



Cuando murió la madre de Carolina, mi esposa, ella y yo asumimos la responsabilidad de cuidar al padre de ella. Mi suegro había sido un muy fiel y amoroso pastor. A mí me tenía como si fuera su propio hijo. Fue para nosotros un gusto reajustar nuestras vidas para darle cabida en nuestro hogar.

Ahora es que me doy cuenta de que la decisión nos salió costosa, aunque en aquel momento jamás se nos ocurrió. Tuvimos que arreglar un dormitorio especial

para él. Tuvimos que proveer sus medicamentos. Tuvimos que llevarlo al médico las veces que era necesario. Tuvimos que comprarle la ropa que necesitaba. Tuvimos que compartir nuestro tiempo con él. Tuvimos que cargar con él cada vez que dábamos un paseo. No solo tuvimos que compartir nuestra vida con él, también aquellos momentos de compañerismo que antes de su venida Carolina y yo disfrutábamos tanto. Cuidar de él era muy parecido a esa frase matrimonial: “¿Le servirás en tiempo de salud o enfermedad, en tiempo de abundancia o escasez?” Sin embargo, en aquel momento nunca pensamos en esas cosas. Aceptamos esa responsabilidad como un privilegio.

En mi vida no he conocido a una persona más amable que mi suegro, el reverendo Harold Backlund. El amor que tenía por Cristo rebosaba en el trato de él con todos. Siempre tenía una sonrisa. Siempre una palabra de aliento. Siempre un cariñoso apretón de manos. Siempre un texto bíblico apropiado. Y ¡cómo oraba ese hombre! No había duda de que realmente conocía a Jesucristo en forma íntima. Personalmente, considero que fue uno de los altos privilegios de mi vida haber podido honrar de esa forma a ese hombre que había dado refugio, amor, alimento, techo, educación espiritual y secular a la mujer que ahora es mi esposa, a la que amo de todo corazón.

Cierto es que al pasar los años cuidar de él se volvió más difícil. Por fin, para lograr un poco de alivio —y no agotar por completo la salud de mi esposa—

tuvimos que conseguir una enfermera para cuidarlo. Mientras más viejo se ponía, menos le funcionaba la memoria. Llegó el momento en que ya no sabía quiénes éramos. Ese fue el período más difícil para mi esposa. Cómo lloraba al darse cuenta que su propio padre ya no la conocía.

Un día amaneció tan débil que tuvimos que llevarlo al hospital. Una semana más tarde, con unas palabras que no pudimos entender (creemos que trataba de contarnos acerca del cielo que se abría ante su vista), con una sonrisa gozosa cubriendo su rostro y con la mano apuntado hacia arriba, partió a la presencia del Señor.

*Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.*

### **La importancia de este mandamiento en la Biblia**

La palabra “honrar” quiere decir: darle peso a; colocar en un puesto de superioridad; estimar altamente; reverenciar. Para un niño implica sujeción y obediencia a los padres que naturalmente ama. Ese es el proceso que gradualmente le lleva a la madurez. En el Antiguo Testamento era un mandamiento tan importante que si un hijo le faltara al respeto a sus padres debía sufrir la pena de muerte (Éxodo 21:17; Levítico 20:9). En Génesis 9:21-27 tenemos la historia

*En el Nuevo  
Testamento Jesús  
reprochó a los  
fariseos por dejar  
sin efecto este  
quinto  
mandamiento.*

de Cam, que por falta de respeto a Noé su padre fue maldecido. En el Nuevo Testamento Jesús reprochó a los fariseos por dejar sin efecto este quinto mandamiento (Mateo 15:3-9), al permitir que por un acto religioso los hijos dejaran a sus padres destituidos.

¿Por qué es tan importante este mandamiento?

1. La unidad básica de la sociedad es la familia; cuando esta no es estable, la nación entera se desestabiliza.
2. La familia representa la unidad espiritual básica por medio de la cual se levantan los líderes cristianos que nuestro pueblo tanto necesita.
3. Los hijos realmente les deben a sus padres inmensa gratitud por los años de beneficios que recibieron: alimentación, vestimentas, techo y educación.
4. Los hijos necesitaron más de lo que se dan cuenta de la protección, amor y cuidado de sus padres.
5. En nuestra sociedad los padres dependen de sus hijos para el cuidado y protección que necesitan en su vejez.

Es al unir todos estos factores que apreciamos la promesa que el mandamiento nos hace: *Para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.* Cuando como sociedad obedecemos este mandamiento reforzamos la calidad de vida que goza todo el mundo. Así conservamos y preservamos todo lo que tiene valor y, al hacerlo, extendemos la vida de todos. Los padres viven más años bajo el amor y cuidado de

sus hijos. Los hijos disfrutaban de la calidad de vida que les han brindado sus padres, y los beneficios van pasando de generación en generación. La sociedad así disfruta, puesto que los ciudadanos cristianos han exhibido ante todos la rica calidad de vida que resulta al obedecer este mandamiento.

### **Implicaciones adicionales para los padres**

Si los padres han de ser honrados ellos mismos deben ser honorables. Los padres abusivos, tiránicos, crueles y sin amor no merecen el respeto ni el cariño de sus hijos. A su vez, es increíble conocer a este tipo de familia y ver cómo los hijos aman a esos padres, a pesar de lo que sufren a cuenta de ellos. La única explicación es que así nos hizo Dios: el niño instintivamente ama al padre, no importa lo abusivo que sea. Sin embargo, llega un punto cuando ese amor ha sido traicionado tantas veces que ahora se convierte en odio. Cuán antihumano y perverso es tal tipo de padre.

*No olvidemos  
que Dios  
también es  
padre.*

---

Precisamente, por lo moldeable y tierno que son los niños, Dios dice: *Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten* (Colosenses 3:21). También Efesios 6:4: *Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos*. No olvidemos que Dios también es padre: padre de Jesucristo (tomemos en cuenta cuánto ama a su santo Hijo), y es Padre de todos nosotros que

hemos sido adoptados hijos suyos (tomemos en cuenta también la forma tan amorosa en que nos trata). Por tanto, Dios como padre se preocupa del comportamiento de cada uno de nosotros que tenemos el privilegio de ser padres. No olvidemos que la familia tiene un origen divino, y comenzó con un padre que se llamaba Adán. Dios Padre —y no la sociedad— es el que establece el patrón que nosotros hemos de seguir. El padre, de acuerdo a la Biblia, tiene primera importancia en la familia, no importa lo que se diga en este mundo moderno.

En nuestra cultura es fácil para nosotros los padres desprendernos de nuestra responsabilidad, puesto que tradicionalmente es a la madre que los hijos le dan tanto cariño, amor y respeto. Octavio Paz, en su influyente ensayo *El laberinto de la soledad* (1959), explica los determinantes históricos culturales que están detrás de ciertos rasgos del varón latinoamericano. Según Paz:

El “macho” representa el polo masculino de la vida. El guerrero, el seductor, pero no el padre... la frase “Yo soy tu padre” no tiene ningún sabor paternal, ni se dice para proteger, resguardar o conducir, sino para imponer una superioridad, esto es, para humillar. El atributo masculino esencial, la fuerza, se manifiesta casi siempre como capacidad de herir, rajar, aniquilar, humillar...

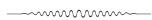
Dice la doctora Norma Fuller (1998) de la Universidad Católica del Perú, que “[Octavio] Paz ha te-

nido un profundo y duradero impacto en los analistas que intentan entender la problemática de la identidad masculina en este continente”. Siguiendo el mismo hilo, la socióloga Sonia Montesinos (1992) afirma:

La ausencia del padre potencializa la figura materna y empequeñece la paterna en la imaginación infantil. Al crecer, el niño se identifica con una imagen paterna negativa o ausente y una materna poderosa. Así recrea el mito de la supermadre y el macho irresponsable.

Todo padre cristiano tiene la obligación ante Dios de analizar este cuadro para asegurarse que tal patrón social — presente en todo su contexto— no es el suyo. Podemos hablar del rol de la madre, de la escuela, de la iglesia y de nuestra sociedad moderna, pero ninguna de ellas se asemeja a la influencia del padre en la vida de sus hijos.

*Tras el colapso  
moral de nues-  
tra sociedad se  
encuentra el  
fracaso del ideal  
paterno.*



### **El ideal paterno**

Es importante destacar que en este mandamiento se hace una distinción, o una separación, entre el padre y la madre. El mandamiento no dice: “Honra a tus padres”, sino que dice “honra a tu padre” en primer lugar y en segundo lugar, “y a tu madre”.

No cabe duda que tras el colapso moral de nuestra sociedad se encuentra el fracaso del ideal paterno.

El padre ha llegado a pensarse como el que provee la comida, la ropa, la casa y la educación de sus hijos; para eso trabaja y gana un sueldo. Ocasionalmente se considerará como el policía moral de sus hijos, pero ¿cuándo se dará cuenta de que como padre de la familia él es el que representa a Dios? Todo lo siguiente lo aprenden los hijos del padre, y no de la madre (el rol de ella es reforzar lo que el padre enseña).

1. Los hijos conocerán al Dios que ven viviendo con su padre.
2. Los hijos conocerán lo bueno y lo malo como exhibido por el padre.
3. Los hijos aprenderán la obediencia al ver a su padre obedecer a Dios.
4. Los hijos aprenderán el respeto al ver el trato de su padre con su prójimo.
5. Los hijos aprenderán el amor puro al ser amados sinceramente por su padre.
6. Los hijos aprenderán cómo tratar a una mujer al ver a su padre tratarlas.
7. Los hijos aprenderán a decir la verdad al ver que su padre no miente.
8. Los hijos aprenderán a amar a Dios al ver cómo su padre lo ama.
9. Los hijos llegarán a ser buenos ciudadanos según el ejemplo del padre.
10. Los hijos llegarán a ser fieles cristianos siguiendo el ejemplo de su padre.

Tenemos que reconocer que Dios nos ha nom-

brado a nosotros como padres “cabeza del hogar”. Aunque tradicionalmente hemos permitido que las madres sean las que enseñen a nuestros hijos, así no lo designó Dios. En hebreo la palabra para padres, *horim*, está relacionada con la palabra *moreh*, “maestro”. No hay duda de que al padre Dios le dio la responsabilidad de ense-

*No hay duda de  
que al padre  
Dios le dio la  
responsabilidad  
de enseñar a  
sus hijos.*

ñar a sus hijos. Muchos padres tratan de evitar esa responsabilidad diciendo que es de la esposa o de la escuela evangélica, o de la iglesia. Pero eso no es lo que enseña la Biblia:

- *Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y [padres] las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos (Deuteronomio 6:6-8).*
- *El padre hará notoria tu verdad a los hijos (Isaías 38:19).*
- *Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos. Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas (Deuteronomio 11:18-20).*

- *El [padre] que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige (Proverbios 13:24).*
- *La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección [del padre] la alejará de él (Proverbios 22:15).*
- *Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor (Efesios 6:4).*
- *La promesa de Jesús a los padres es esta: [Jesús] tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí (Marcos 9:36-37).*
- *Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios (Lucas 18:16).*

Qué espantoso sería que como padre yo, por mi ejemplo o por mi falta de enseñarle la verdad, impida que un hijo llegue a conocer a Jesucristo. Qué distinta sería nuestra sociedad y nuestro mundo si los padres cumpliésemos con este deber.

Yo doy eternas gracias a Dios que mi propio padre supo reconocer su responsabilidad y que fue el que me enseñó, no solo la palabra de Dios, sino también como ser hombre, caballero y cristiano. Por la gracia de Dios, él fue mi fiel maestro y guía, primero por su ejemplo, y segundo por sus enseñanzas.

## El deber de los hijos

Los hijos suelen preguntar: “¿Por qué debo honrar a mis padres? Ellos tienen tantas exigencias. Nos ponen tantas reglas. Nunca nos dejan hacer lo que queremos. Parecen más tiranos que padres. Si verdaderamente nos amaran, nos daría mucha más libertad”.

Los hijos modernos pueden estar seguros de que no son los primeros en hacer tales preguntas. Por más de cuatro mil años la Biblia ha estado dando respuestas a los jóvenes que hacen semejantes preguntas. Estas son las razones que nos da la Biblia:

1. ***Debemos honrar a nuestros padres para que nuestros días se alarguen en la tierra donde vivimos, dice Éxodo 20:12.***

¿Qué tiene que ver la honra de los padres con una larga vida? Quizás cuando jóvenes ellos no pudieron encontrar el lazo entre estas dos cosas, porque los padres les suplieron todo. Todavía no entendían la lucha económica que la vida representa. Es cuando los jóvenes entran en la batalla de la supervivencia que comienzan a apreciar todo lo que los padres hicieron por ellos. Es cuando los hijos se unen a los padres y asumen su responsabilidad económica, que la familia prospera y es fortalecida y el futuro de cada miembro de la familia es asegurada. Esto es lo que promueve una vida larga y rica.

2. ***Debemos honrar a nuestros padres para que nos vaya bien, dice Deuteronomio 5:16.***

Cuando los hijos aceptan el liderazgo de los padres

y los obedecen, el resultado es estabilidad emocional en la familia. Ya no hay lucha, oposición y guerra, sino paz. Es bajo tal ambiente que los padres pueden enseñar a los hijos, explicarles cómo opera el mundo, aconsejarles en cuanto a los peligros, y crear como una capa protectora por encima del hogar. Los hijos aprenden sus limitaciones y llegan a apreciar la sabiduría de sus padres.

**3. *Debemos honrar a nuestros padres porque esto es justo, dice Efesios 6:1.***

Al hablar de lo “justo”, se habla de lo que es correcto y razonable. Mientras más niño menos se entiende lo que es correcto, por eso el pequeño se rebela contra la corrección y la disciplina. No tiene suficiente conocimiento para entender la razón. En algunas cosas tampoco los jóvenes comprenden las justas demandas de sus padres. Leía en el periódico acerca de un joven que al cumplir dieciocho años le exigió a su padre (que tenía dinero) que le comprara un auto. El padre no quería porque sabía que su hijo era demasiado descontrolado. Pero tanto insistió que por fin el padre cedió. Ese mismo día en que el joven montó en su nuevo coche se echó a correr a toda velocidad y se estrelló contra un árbol y se mató. Aunque a los hijos no les parezca, la gran mayoría de los padres los aman e imponen limitaciones que, cuando son analizadas y comprendidas, los hijos se dan cuenta

que son justas y razonables.

4. ***Debemos honrar a nuestros padres porque esto agrada al Señor, dice Colosenses 3:20.***

Todos tenemos que reconocer que la familia es uno de los grandes inventos de Dios. Comenzó en el Huerto de Edén y ha permanecido hasta ahora, a pesar de las muchas maneras y ocasiones que los hombres han querido deshacerla. Es más, poco en el mundo es tan hermoso como una familia sana, en la que se ama a Dios, en la que el marido y la esposa se aman, en la que los padres aman a sus hijos, y en la que los hijos honran a los padres. Dios es agradado en tal familia porque su propósito divino para cada miembro de ella es cumplido. En esa clase de familia hay amor, paz, gozo, alegría, satisfacción y gran felicidad. Aun cuando vengan pruebas y tragedias, la familia está unida, y en esa unión hay una fuerza increíble.

El orden divino es que los hijos honren a los padres y que los padres sean honorables. Sólo siguiendo estas instrucciones podemos esperar el tipo de familias que disfrutan de las bendiciones de Dios.

*El orden divino  
es que los hijos  
honren a los  
padres y que los  
padres sean  
honorables.*

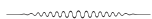


### **Los que ignoran este mandamiento**

¿Qué diremos, entonces, de las familias que carecen de estos elementos esenciales? Es para llorar. No se

cumple en tales hogares el propósito divino. El padre se vuelve introvertido y abusivo. La madre se encierra en su dolor. Los hijos solo existen, desconociendo todo aquello que trae normalidad a la vida. Crecen con conceptos distorsionados de lo que es la vida, el mundo y el amor. Al crecer y establecer sus propios hogares, los hijos normalmente vuelven a repetir los

*Cuando los  
principios  
bíblicos no se  
siguen, los que  
salen perdiendo  
son los hijos.*



errores de sus padres, puesto que es el único patrón familiar que conocen. Así riegan el descontento en la sociedad. Al multiplicarse estas aberraciones, la sociedad llega al punto de creer que la familia disfuncional es lo normal, lo típico. Que lo anormal es la familia sana, donde se ama a Dios, donde el marido y la esposa se aman, donde los padres aman a sus hijos, y donde los hijos honran a los padres.

Lo más triste es que cuando los principios bíblicos no se siguen, los que salen perdiendo son los hijos. Crecen sin saber lo que es el cariño, el cuidado y la protección de un padre. Crecen sin la orientación que necesita la persona para ser un hombre o una mujer normal y bien ajustada. En lugar de tener una niñez alegre y llena de memorias hermosas, lo único que conoce es el pleito, la crueldad, la violencia, la maldad y el desprecio. ¿Qué tipo de hijos se pueden esperar de tales familias? Para describirlos bíblicamente podemos extraer unas frases de aquellos pasajes que hablan de

niños obstinados: ...*un hijo indócil y rebelde, que no obedece a sus padres ni a fuerza de castigo...* (Deuteronomio 21:18-21). Hijos... *que se burlan de su padre y menosprecian la enseñanza de la madre...* (Proverbios 30:17).

El deber de los que hemos prestado atención a las instrucciones de Dios es aplicar estas verdades a nuestra conducta en la familia, y exhibir ante la comunidad donde vivimos —no importa las opiniones y tradiciones— la riqueza de una familia que vive en conformidad con este mandamiento de Dios. Al hacerlo podemos llegar a ser de bendición y ayuda a un sin fin de familias que no han tenido la oportunidad de conocer estos principios divinos.

El fin de este mandamiento no es imponer demandas desagradables sobre los hijos, al contrario, es crear hogares llenos de gozo y felicidad. Cuando respetamos y honramos a nuestros padres todo lo hermoso de una familia florece. ¡Qué distinto sería el mundo hoy si se observase este mandamiento!



# EL SEXTO MANDAMIENTO

*No matarás.*

¿Cuál es el verdadero valor de un ser humano—  
no importa que sea chino, blanco, rojo o negro?

¿Qué le da supremo valor a una persona, sea  
hombre o mujer?

COMENCEMOS de una vez con una aclaración necesaria: la palabra hebrea que se traduce “matar” es *tirtzach*,<sup>4</sup> que en su correcta traducción sería “asesinar”, y da a entender una muerte no justificada. Al estudiar este mandamiento aprenderemos la manera en que la Biblia diferencia entre el asesinato, el derecho a la defensa propia, la pena de muerte, el suicidio, el aborto, la eutanasia y las terribles guerras que afligen a nuestro mundo. Un asesinato que ocurrió en Bogotá, Colombia, y afectó a la nación entera servirá de introducción.

En la mañana del 9 de abril de 1948, Juan Roa

---

<sup>4</sup> “*Tirtzach*” es la palabra hebrea dada por la doctora Schlessinger y el rabino Stewart Vogel en su libro *Los Diez Mandamientos*, Harper Collins, New York, 2006, p. 186. Otros, como el doctor Philip Ryken en su libro *Escrito en Piedra* dan la palabra hebrea “*ratzach*” que significa “la matanza ilícita de seres humanos”.

Sierra, un joven que vivía en el barrio Ricaurte de Bogotá, Colombia, salió de su casa sin bañarse ni afeitarse. Vestía un raído traje marrón de paño rayado, zapatos amarillos rotos y un sucio sombrero de fieltro. Llevaba escondido en su bolsillo un revólver.

A las diez de la mañana se dirigió al centro de la ciudad, al edificio Agustín Nieto, donde Jorge Eliécer Gaitán Ayala, el popular candidato presidencial del partido liberal, tenía su oficina. Hacia el mediodía Roa Sierra entró a la oficina. La secretaria, Cecilia de González, atendió la inesperada visita que solicitaba entrevistarse de inmediato con Gaitán. Al no ser atendida su petición, Roa Sierra abandonó la oficina con muestras de altanería y desagrado, y se ubicó en la carrera séptima, cerca de la puerta del edificio.

Hacia la una de la tarde Gaitán, junto a cuatro compañeros (Plinio Mendoza Neira, Jorge Padilla, Alejandro Vallejo y Pedro Eliseo Cruz) bajaron por el ascensor del edificio para ir a almorzar en el Hotel Continental. En el momento que llegaron a la puerta del edificio, siendo la una y cinco minutos de la tarde, Roa Sierra abruptamente los detuvo, apuntando su revólver a Gaitán, que desesperadamente trató de regresar al edificio. El homicida disparó tres veces sobre él, hiriéndole mortalmente. Apremiados por la inesperada circunstancia, sus acompañantes buscaron un vehículo para llevar al herido a la Clínica Central. Allí falleció cuando su amigo y médico Pedro Eliseo Cruz se disponía a practicarle una transfusión de sangre.

Mientras tanto, los transeúntes, sorprendidos por los tiros y viendo caer a Gaitán, empezaron a gritar: “¡Mataron al doctor Gaitán! ¡Mataron al doctor Gaitán!” La noticia inmediatamente se difundió por todo el país. En Bogotá la turba que se congregó frente a la Clínica Central bajó a la carrera séptima y engrosó la marcha macabra que se dirigía al Palacio, mientras gritaban: “¡Viva Colombia! ¡Abajo los godos!” Al instante salieron del Batallón Guardia Presidencial ochenta soldados al mando del teniente Silvio Carvajal y procedieron a dispersar a los manifestantes, quienes abandonaron el lugar, replegándose hacia la Plaza de Bolívar. Algunos grupos de revoltosos se congregaron en las esquinas de la plaza y comenzaron los incendios en el sector. Primero ardió el Palacio de San Carlos, luego la Nunciatura Apostólica, los conventos de las monjas dominicas y de Santa Inés, la Procuraduría General de la Nación, el Instituto de la Salle, el Ministerio de Educación, la Gobernación de Cundinamarca y el Palacio de Justicia. A la par de los incendios se iniciaron los saqueos a los almacenes, joyerías y platerías.

A las tres de la tarde salieron de la Escuela de Motorización tres tanques de guerra y seis carros blindados al mando del capitán Mario Serpa rumbo a la Plaza de Bolívar. El capitán Serpa, para evitar el uso de las ametralladoras con que estaban provistas sus unidades blindadas, abrió la escotilla y trató de persuadir a los manifestantes para que se retiraran. En

ese instante tres tiros hirieron mortalmente al capitán. De inmediato los tanques dispararon sobre la multitud y la sangre comenzó a correr.

Aunque el sector del Palacio Presidencial fue controlado por el ejército, la autoridad en la capital desapareció. Los policías se sublevaron, apoyaron la revuelta, distribuyeron fusiles entre francotiradores espontáneos y, en la Quinta Estación, trataron de organizar con algunos líderes gaitanistas una junta revolucionaria para darle alguna dirección al movimiento insurgente y tumbar el gobierno de Ospina Pérez.

En las otras ciudades del país la revuelta estalló en focos dispersos que reflejaban la indignación del pueblo. La violencia que se generó tocó a todos los sectores de la nación. La inseguridad en el campo era tal que provocó un desplazamiento masivo de la gente hacia las urbes. Comenzó una revuelta nacional incontrolable que duraría catorce años, hasta 1960. La historia recordaría esta matanza indiscriminada con el nombre de “La violencia” en la cual, según algunas fuentes, murieron más de cuatrocientas mil almas.

### **La monstruosidad de poner fin a una vida**

Cuando uno piensa en todo el potencial que representa cualquier ser humano es que comienza a darse cuenta de la importancia de este mandamiento. La vida es el gran regalo que Dios nos da a todos; es lo más valioso y sagrado del mundo. Puesto que toda

vida carga con la imagen de Dios, tiene un potencial enorme. Esto en sí es lo que le da tanta importancia a cada ser humano. Solo Dios, por tanto, tiene el derecho de ponerle fin.

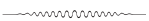
Pensando en esto: ¿Cuál hubiera sido la historia de Colombia si Jorge Eliécer Gaitán hubiera vivido? ¿Qué pudieran haber producido para el bien de Colombia los cuatrocientos mil hombres, mujeres y niños cuyas vidas fueron aniquiladas tan injustamente? Es más, la muerte de Gaitán dio inicio a la guerrilla, a la FARC, al sagaz narcotraficante Pablo Escobar, a la subversiva ELN y al sacerdote revolucionario Camilo Torres. Pero ahí no termina el asunto. Con el fin de controlar a esos elementos subversivos, se creó al Ejército Paramilitar, milicias que inventaban sus propias medidas de “justicia”. Estos nuevos movimientos fueron responsables de asesinar a 67.378 almas más por encima de las ya mencionadas.

Por todo lo que representa un ser humano, es un acto salvaje, perverso, antdivino y diabólico que alguien se tome la prerrogativa de terminar con una vida. En actos como ese la persona se autoproclama Dios, a la vez que reduce al ser humano a nivel de un insecto, cosa que se pisotea ya que estorba. Aunque hemos apuntado a las atrocidades en Colombia, la triste realidad es que cada rincón del mundo da testimonio de homicidios insensatos. Cada periódico, cada noticiero —no importa donde uno viva— da voz a las atrocidades cometidas todos los días. Ese es el tema

de las novelas más buscadas, es lo que tratan nuestros programas de televisión más vistos, es lo que más llena las pantallas cinematográficas, y hasta han llegado a ser la atracción principal de los juegos electrónicos — rifles, ametralladoras, cañones, espadas, misiles— todos instrumentos para dar muerte a seres humanos imaginarios, sean policías, espías, piratas, ladrones o gente en general.

Ha llegado al punto en que la vida ya no se considera sagrada. Se mata a una persona como a un gato o a un perro. La violencia ha saltado de nuestras pantallas electrónicas a encarnarse en hombres, jóvenes, mujeres y hasta niños que consiguen armas y riegan sangre indiscriminadamente. Para protegernos hemos tenido que

*La violencia ha saltado de nuestras pantallas electrónicas a encarnarse en hombres que riegan sangre indiscriminadamente.*



poner cercas alrededor de nues-

tras casas y rejas en las ventanas y puertas. Ahora es la gente buena la que vive encarcelada en sus hogares mientras que los delincuentes se pasean libremente por las calles.

### **El significado real del mandato**

Aunque en cada país hay leyes que condenan el homicidio, la gente no les hace caso. ¿Será que esta ley no tiene vigencia? ¿Por qué dice Dios: *No matarás*?

Toda obligación humana fluye del respeto que se

debe dar a cada vida humana, puesto que esa vida representa el enlace eterno que existe entre el hombre y su Creador. Al haber sido creado “a la imagen de Dios” cada humano porta un sello que anuncia que es propiedad especial del Todopoderoso. Además, indica que toda persona es alguien que se beneficia de las grandes bondades divinas, de las misericordias y gracia de Dios, de la sangre de Jesucristo, y que potencialmente es heredero de la vida eterna. Por tanto, matar a una persona es quitarle sus derechos más esenciales.

Por encima de los otros, este mandato es el que le da dignidad a cada persona. Y, puesto que toda relación emana de lo que somos, todos los demás mandamientos tienen su base en esta vida tan importante que Dios ha creado. Es por el valor de lo que somos que Dios procede a ordenar: *No cometerás adulterio; No hurtarás; No hablarás contra tu prójimo falso testimonio; No codiciarás.*

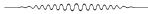
### **La aplicación inicial del mandamiento**

Al estudiar la manera en que este mandamiento fue entendido por los hebreos veremos algunos principios que nos ayudarán a llegar a nuestras propias conclusiones.

Notamos que es en Éxodo 20 que se nos da el mandamiento *No matarás*. En el capítulo que sigue, el 21, se explica cómo se ha de tratar al que deliberadamente asesine, haciendo una distinción con el que comete un homicidio involuntario:

*El que hiriere a alguno, haciéndole así morir, él morirá. Mas el que no pretendía herirlo, sino que Dios lo puso en sus manos, entonces yo te señalaré lugar al cual ha de huir [las ciudades de refugio, Números 35]. Pero si alguno se ensoberbeciere contra su prójimo y lo matare con alevosía, de mi altar lo quitarás para que muera [ni el altar del tabernáculo lo podría salvar].*

*Dios demanda justicia, estableciendo reglas para que cada delito se juzgue según la gravedad del caso.*



Claramente Dios es el que establece la pena de muerte; pena, como veremos, que incluye otros delitos además del homicidio, es decir, a “una muerte no justificada”. A la vez Dios demanda justicia, estableciendo reglas para que cada de-

lito se juzgue según la gravedad del caso:

*El que hiriere a su padre o a su madre, morirá. Asimismo el que robare una persona [un secuestro] y la vendiere, o si fuere hallada en sus manos, morirá. Igualmente el que maldijere a su padre o a su madre, morirá.*

*Además, si algunos riñeren, y uno hiriere a su prójimo con piedra o con el puño, y éste no muriere, pero cayere en cama; si se levantare y anduviere fuera sobre su báculo, entonces será absuelto el que lo hirió; solamente le satisfará por lo que estuvo sin trabajar, y hará que le curen.*

*Y si alguno hiriere a su siervo o a su sierva con*

*palo, y muriere bajo su mano, será castigado; mas si sobreviviere por un día o dos, no será castigado, porque es de su propiedad.*

*Si algunos riñeren, e hirieren a mujer embarazada, y ésta abortare, pero sin haber muerte, serán penados conforme a lo que les impusiere el marido de la mujer y juzgaren los jueces. Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida.*

*[Entonces Dios da una salvaguardia] Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.*

La ley divina limitaba las medidas vengativas. Si en un ataque un hombre perdía un ojo, en represalia no podía cortarle la cabeza al otro; la venganza máxima sería quitarle otro ojo a su agresor. La venganza nunca debía exceder al daño sufrido.

Entendemos ahora por qué en Génesis 9:6 Dios afirma: *El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre.* Matar a una persona demanda una represalia correspondiente. No solo es una ofensa pública de la peor clase, sino que es terriblemente ofensivo a Dios lo que hizo esa alma. Dejar que el criminal viva para volver a matar a otros es irresponsable. En Romanos 13:3-4 vemos que el instrumento que Dios escogió para llevar a cabo tal tipo de venganza o juicio es el gobierno:

*Porque los magistrados no están para infundir temor*

*al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; **porque es servidor de Dios para tu bien.** Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, **pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo.***

El gobierno, nos dice el apóstol, es el *servidor de Dios*, es decir, el instrumento divino para hacer justicia en la tierra. Al decir *No en vano lleva la espada* indica que tiene derecho a derramar sangre. Añade que bajo ese poder divino, es *vengador para castigar al que hace lo malo*. El deber de todo gobierno, entonces, es proteger al inocente y justamente castigar al delincuente de acuerdo a la gravedad de su crimen.

### **El ejemplo de Jesucristo**

Es notorio que el mismo Señor Jesucristo reconociera los derechos del gobierno civil cuando fue detenido por los soldados en el Huerto de Getsemaní. Silenciosamente se sometió a las autoridades, a pesar de que en esa ocasión la “espada” civil estaba sirviendo a los intereses de los magistrados viles. Reconoció que todo gobierno obtiene su autoridad de Dios, como luego dijo a Pilato: *Ninguna autoridad tendrías sobre mí, si no te fuese dada de arriba* (Juan 19:11).

Tampoco aprobó la reacción defensiva de Pedro en oposición a la acción de los soldados: *Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?* (Juan 18:11). En-

tendamos que en esa ocasión había dos espadas, la de Pedro y la de la autoridad civil. Vale decir que Jesús no le dijo a Pedro que botara su espada, sino que la envainara en respeto a la legitimidad de la espada civil que le había capturado justa o injustamente.

Al considerar esa escena nos sorprendemos por el hecho de que Pedro cargara una espada, uno se pregunta: “¿Cargaban espadas los demás discípulos?” En el recuento de este mismo episodio en Lucas 22: 48-49, pareciera que otros discípulos también cargaban las suyas. Cuando Judas se acercó para traicionarlo, leemos: *Viendo los que estaban con él lo que había de acontecer, le dijeron: Señor, ¿heriremos a espada?* Pedro no era el único que tenía espada. Los demás discípulos estaban dispuestos a usar las suyas para defenderlo. De esto podemos asumir que si cargar un arma hubiera sido inapropiado, seguramente Jesús mucho antes se lo habría prohibido a sus discípulos.

Necesitamos revisar un par de incidentes más en la vida de Jesús para ayudarnos a aclarar este difícil tema. He oído decir que él nunca hizo uso de la fuerza para lograr sus fines. Tal argumento desaparece ante el relato de Juan 2:13-16:

*Subió Jesús a Jerusalén, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto,*

*y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado.*

*La maldad y la  
vileza del  
hombre nunca  
deben ser  
aceptadas por  
nosotros.*

---

Bastante violenta ha de haber sido esa actuación de Jesús, cosa que nos hace acordar que la maldad y la vileza del hombre nunca deben ser aceptadas por nosotros, más bien deben ser resistidas por los seguidores de Cristo.

El otro evento lo encontramos en Juan 18:33-38, en la conversación entre Pilato y Jesús:

*Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos?*

*Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?*

*Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?*

*Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.*

Algunos utilizan el hecho de que Jesucristo no resistió a las fuerzas públicas, más bien diferenció entre el reino de Dios y el reino del mundo para afirmar que estaba en contra de las fuerzas militares, y que los cristianos no deben armarse ni usar armas (postura también tomada por los Testigos de Jehová). Pero, ¿sería posible interpretar esas palabras de otra manera? ¿Qué

pasa si entendemos que lo que Cristo decía con la frase... *Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían...* era que el cristianismo no se extiende por la fuerza de la espada, como los moros extendieron el islamismo por el norte de África? Es por la virtud de las vidas cambiadas que se encuentra atractivo al cristianismo. De ninguna manera ganamos a un público para Cristo a punta de espada, parecido a los conquistadores cuando trataban de convertir a los indígenas en el Caribe y en la Nueva Granada. Conquistamos al mundo para Cristo pacíficamente. Nuestros ejércitos —porque no actuamos a la manera del mundo— no usan rifles ni misiles ni bombas, sino que van por el mundo proclamando las verdades del evangelio y exhibiendo vidas que han sido transformadas por la sangre del Cordero de Dios.

*Conquistamos al  
mundo para  
Cristo procla-  
mando las verda-  
des del evangelio  
y exhibiendo vidas  
que han sido  
transformadas  
por la sangre del  
Cordero de Dios.*



### **El derecho a la defensa propia**

La Biblia es nuestra guía. Es por ella que medimos toda experiencia espiritual. Si cuadra con la Biblia, sabemos que estamos en lo cierto. Si carece de respaldo bíblico, nuestro deber es descartarla. Es basado en lo que la Biblia dice que consideramos el tema del derecho a la defensa propia.

Tengo varios amigos que son pacifistas, ellos me citan textos como Proverbios 25:21-22: *Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan, y si tuviere sed, dale de beber agua; porque ascuas amontonarás sobre su cabeza, y Jehová te lo pagará.* O me mencionan a Romanos 12:17: *No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres.* Y terminan citándome el texto que creen responde a todos los argumentos opuestos, Mateo 5:39-44: *A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.*

La dificultad que tenemos es que estos textos tiene que armonizar con los otros que tratan acerca del derecho que una persona tiene de defenderse. Vemos que cuando Pablo estuvo en peligro de muerte a causa de los judíos, no puso la otra mejilla, sino que supo usar las medidas propias para defenderse. Como ciudadano romano, apeló a Cesar (Hechos 25:11). Ya que citamos a Jesús con el principio de “volver la otra mejilla”, citémosle cuando les dice a sus discípulos: *El que no tiene espada, venda su capa y compre una* (Lucas 22:36). Dijo esto cuando advertía a los discípulos acerca de lo que estaba por acontecer en cuanto a su muerte en la cruz. Claramente, me parece, está indicándoles que tienen el derecho de defenderse y, con ese fin, que se compraran espadas los que no la tuvieran.

Recuerdo a un estudiante nuestro en Montevideo, Uruguay, Fulvio Moris. Nos contó a mi esposa Carolina y a mí que en sus estudios de FLET aprendió la necesidad de llevar el evangelio a los más perdidos de la

tierra. Tanto le impactó ese deber, que decidió ir al barrio más terrible de la ciudad para evangelizar a los rufianes, bandidos y prostitutas.

En medio de ese barrio había una iglesia abandonada, seguramente a causa del tipo de sociedad que la rodeaba. Allí, a esa iglesia, se mudó Fulvio y la esposa, no importándoles el peligro. Pero, por si acaso, puso un revólver en su equipaje.

Los vecinos se maravillaban del valor de la pareja, especialmente porque varios de los delincuentes vivían en un edificio medio derrumbado contiguo al fondo de la iglesia. También porque ambos, Fulvio y la esposa, eran pequeños, delgados y que por su aspecto jamás intimidarían a los groseros malhechores que dominaban el área.

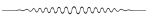
Pasaron varios días y Fulvio notó que el patio de la iglesia era la vía de escape usada por los bandoleros. Determinó cerrarla y, con la ayuda de un grupo de jóvenes de otra iglesia, levantaron una muralla. Eso desagradó a los rufianes y decidieron echar al atrevido pastor de la iglesia y del barrio.

Una madrugada la pareja despertó, percatándose de que alguien entraba a la iglesia. Tomando el revólver, Fulvio valientemente salió a su encuentro. Era lo último que esperaban los ladrones que, al verlo con su arma, salieron corriendo. Pero Fulvio arrinconó a uno de ellos, le requirió que alzara sus manos. Ante el reto de la pistola, el delincuente obedeció. Fulvio llamó a la esposa y le dijo que avisara a la policía.

Mientras esperaban, Fulvio empezó a predicarle a aquella congregación de una sola persona: “Estás arruinando tu vida. Escúchame, te hablo bien claro. A menos que cambies, vas a podrirte en la cárcel. Pero peor todavía, estás en camino al infierno donde nunca podrás escapar, y donde te quemarás para siempre como castigo de Dios por todos los crímenes que has cometido. Quiero que sepas que hay un mejor camino, uno que te hará un hombre decente, y ese camino se encuentra en Jesucristo...” y a punta de revólver siguió predicándole hasta que llegó la policía y se lo llevó.

Por todo el barrio se corrió la noticia del pequeño hombre de Dios que era lo suficientemente grande y

*Por todo el barrio  
se corrió la noti-  
cia del pequeño  
hombre que era lo  
suficientemente  
grande como para  
retar a los  
delincuentes.*



valiente como para retar a los delincuentes. Curiosos, comenzaron a llegar a la iglesia y Dios empezó a obrar en sus corazones. Ladrones, malhechores, mujeres de la noche y gente del barrio respondieron al llamado de Cristo. No solo fueron limpiados y transformados, sino que Fulvio les introdujo al estudio de Vida Abundante (un programa breve que en aquel entonces ofrecíamos), y así comenzaron a estudiar la Palabra de Dios.

Ese relato verídico sirve de fondo para formularnos unas preguntas que vienen al caso en nuestro estudio: ¿Hizo mal Fulvio Moris al llevar un revólver

cuando se mudó a ese barrio lleno de delincuentes? Cuando entraron los ladrones a la iglesia aquella madrugada, ¿fue propio que Fulvio protegiera a su esposa, a la iglesia y a sí mismo con un arma? ¿Qué pasaría si Fulvio hubiera disparado el revólver y matado a un ladrón? ¿Hizo bien Fulvio al usar su arma para mantener al delincuente arrinconado mientras esperaba a la policía y le predicaba el evangelio? Por último, ¿piensa que hubiera tenido los resultados en conversiones en el barrio de no haber sido por aquella confrontación con los malhechores?

Por supuesto, un relato como este es meramente ilustrativo. Una experiencia no es lo que establece una doctrina. Es la Biblia lo que seguimos. Por tanto, vayamos a Éxodo 22:2-3 para hallar las respuestas a las preguntas anteriores. Dios le da las instrucciones directas a Moisés en cuanto al derecho de la defensa de nuestro hogar o de nuestra propiedad:

*Si el ladrón fuere hallado forzando una casa, y fuere herido y muriere, el que lo hirió no será culpado de su muerte. Pero si fuere de día, el autor de la muerte será reo de homicidio* (Reina Valera, 1960).

La Nueva Versión Internacional traduce el texto así:

*Si a alguien se le sorprende robando, y se le mata, su muerte no se considerará homicidio. Si se mata al ladrón a plena luz del día, su muerte se considerará homicidio.*

De acuerdo a ese texto tenemos el derecho de defendernos y a defender lo que es nuestro y, si resul-

tare una muerte, no seríamos culpados. Sin embargo, esa defensa tiene límites. Si es a la luz del día que al-

*Dios pide que  
hagamos todo lo  
posible para  
preservar cada  
vida por el valor  
espiritual y  
humano que  
tiene.*



guien viene a quitarnos lo que nos pertenece, tenemos el derecho de defender lo nuestro, pero no a matar al ladrón, puesto que lo podemos identificar y dejar entonces que la ley sea quien lo juzgue. En otras palabras, la vida de todo hombre, sea bueno o malo, es sagrada. Dios pide que hagamos todo lo posible para preservar cada vida — aun la de un ladrón— por el valor espiritual y humano que tiene.

Es más, la ley divina nos declara que tenemos la obligación de defender la vida de otros. La Reina Valera antigua traduce el texto de Levítico 19:16 así: *No te pondrás contra la sangre de tu prójimo*. Una traducción más clara sería: *No te quedarás impávido mientras que se derrama la sangre de tu prójimo*.<sup>5</sup> (Creo que en la traducción corriente de la Reina Valera 1960, *No atentarás contra la vida de tu prójimo*, se perdió el sentido original del texto). Amar a nuestro prójimo, como nos pide Jesús, ciertamente implica proveerle protección.

### **¿Será nuestro Dios un asesino?**

Debido a que la Biblia, particularmente el Antiguo Testamento, tiene tantos relatos de matanzas masivas a cuenta de las acciones de Dios, ¿será posible acusarlo

---

<sup>5</sup> L. Schlessinger, *Los Diez Mandamientos*, Harper Collins, 2006, p. 195.

de homicida, como algunos incrédulos lo hacen?

Dijimos al principio que el significado del mandamiento “no matarás” en hebreo es “no asesinarás”, y que da a entender una muerte no justificada. Para acusar a Dios de homicida se hace referencia al diluvio de Génesis 6 y a la destrucción mediante fuego de Sodoma y Gomorra. También que mandó a los israelitas a destruir pueblos enteros, incluso ancianos, mujeres y niños; además de que dio la orden de dar a muerte a Acán y su familia entera, mató a Ananías y Safira, etcétera.

¿Podríamos decir que esas acciones tuyas no solo eran arbitrarias, sino sin razón y sin justificación? Teológicamente, este tipo de muerte se trata bajo el tema de los actos retributivos de Dios (se usa la idea de la venganza de Dios a cuenta del pecado humano) y hay unos cuantos textos bíblicos que así lo explican: Isaías 1:24; 61:2; 63:4; Jeremías 46:10; Ezequiel 25:14; Salmo 94:1.

Pero la Biblia aclara bien que cada acto de destrucción humana por la mano de Dios tuvo su justificación. Por ejemplo, Génesis 6 declara:

*Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado (Génesis 6:5-7).*

Dios le explicó a Abraham que destruiría a esas dos ciudades, *por cuanto el clamor contra Sodoma y Górra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo* (Génesis 18:20). Vemos al grado que había llegado ese pecado, puesto que cuando Abraham intercede por la ciudad, Dios promete que si se hallara solo a diez personas justas entre sus habitantes no los destruiría (Génesis 18:23-33). Vemos así que la acción divina tiene abundante justificación.

En cuanto a la matanza de los habitantes de Palestina, cuando Josué la conquistó, ¿era justificable que Dios mandara a matar hombres, ancianos, mujeres y niños y rasar a tribus enteras de la faz de la tierra? La justificación la encontramos en Génesis 15:13-16, cuando Dios hace su pacto sagrado con Abraham. Allí predice lo que sucederá a los hijos de sus hijos por unos cuatrocientos años:

*Entonces Jehová dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena [Egipto], y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza [el éxodo]. Y tú vendrás a tus padres en paz, y serás sepultado en buena vejez. Y en la cuarta generación volverán acá; **porque aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí.***

De gran significación es lo que afirma acerca de los habitantes de esas tierras, los amorreos. Pareciera que hay un punto de iniquidad al que, al llegar, Dios

trae juicio. En el caso de los amorreos, Dios usó a su pueblo Israel como el instrumento de su castigo. (Textos que podemos estudiar que explican las acciones de Dios en estos y semejantes juicios son Deuteronomio 18:9-13; 9:5-7; 7:8; Números 33:55-56; 2 Tesalonicenses 1:8.)

Es de notar que Dios no solo actúa contra los impíos, sino también contra los suyos que lo desafían.

Lea la historia de Acán en Jueces 7, o la de Ananías y Safira en Hechos 5. A su vez, reconozcamos otra gran verdad. Cada día Dios pone fin a un sin número de vidas, ya que todo ser humano muere. Pero, ¿por qué muere? La Biblia nos enseña que toda

*Dios no solo  
actúa contra los  
impíos, sino  
también contra  
los suyos que lo  
desafían.*

muerte viene de la mano de Dios. Es el justo castigo de Dios contra el pecado; es la pena que impuso sobre la humanidad a consecuencia de la desobediencia de Adán y Eva en el huerto: *porque el día que de él comieres ciertamente morirás* (Génesis 2:17). Explica Pablo que esa es la razón por la cual todos morimos: *por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre [Adán], y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron*. Esto también es declarado por Ezequiel (18:4,20): *El alma que pecare, esa morirá*. Toda muerte, pues, es castigo de Dios.

Por tanto, considerando fríamente los casos de

esas muertes masivas (ya que todo hombre muere), que Dios hubiera permitido a los habitantes de Canaán morir “naturalmente”, o que les hubiera quitado la vida unos años antes a cuenta de su gran pecaminosidad, no hace mucha diferencia. San Pablo dice: *Los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes que ellos vengan al juicio, mas a otros se les descubren después* (1 Timoteo 5:24). Además, podemos asumir que al ver Israel el castigo divino sobre esos pueblos tan pecaminosos, eso serviría de advertencia y les estimularía a la obediencia y a temer el pecado. Creo que fue por esa razón que Dios usó al mismo pueblo suyo como instrumento de juicio, en lugar de haber matado a esos pueblos sobrenaturalmente.

Por otra parte, esos terribles juicios nos advierten a nosotros. A no ser por la misericordia de Dios, nosotros —por haber robado, mentido, adulterado, codiciado, no amado a Dios como pide— deberíamos haber sufrido semejante castigo. El hecho de que vivamos —y que viven naciones muy pecaminosas y merecedoras de castigo inmediato— no es porque seamos mejores que aquellos; es más bien testimonio de la gracia infinita de Dios, *queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento* (2 Pedro 3:9).

Vemos que a cuenta del pecado Dios tiene toda justificación para dar a muerte a cualquier hombre. Y si pensamos que los grandes juicios antiguos fueron horribles y espantosos, solo hay que pensar en el gran juicio venidero descrito en Apocalipsis 19 y 20, donde

todo hombre —ancianos, jóvenes, hombres, mujeres y niños— que haya rechazado a Jesucristo como Salvador será enjuiciado sin misericordia y enviado a las llamas eternas (2 Tesalonicenses 1:7-9).

### El aborto

Mucho se ha hablado, escrito y predicado sobre este tema. Unos breves párrafos deben bastar con el fin de restablecer los principios bíblicos que lo definen.

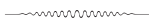
Hemos establecido que Dios es el autor de la vida, y solo él tiene el derecho de ponerle fin. Cuando consideramos que no hay bebé que nazca sin que de Dios haya recibido su vida (*todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*, Juan 1:3), nos damos cuenta de que el aborto es un acto criminal. Es matar a un ser al cual Dios dio vida, no importa si se mata antes o después de su nacimiento. Para excusarlo basado en los derechos de la mujer, primero tenemos que considerar los derechos de Dios sobre todo ser, sea mujer u hombre, ya que él es el autor de toda vida. Cuando consideramos lo que dice Éxodo 21:22-23 tenemos que reconocer que el feto es definitivamente protegido por las leyes de retribución divina:

*Si algunos riñeren, e hirieren a mujer embarazada, y ésta abortare, pero sin haber muerte, serán penados conforme a lo que les impusiere el marido de la mujer y juzgaren los jueces. Mas si hubiere muerte [es decir, que muere la criatura], entonces pagarás vida por*

*vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie...*

Destruir o matar un feto era igual que matar a un recién nacido. En ambos casos Dios pedía la pena de muerte. La ciencia genética muestra que el feto está en proceso de nacimiento desde el instante de la concepción. El hecho de que por varios meses no pueda sobrevivir fuera del útero no quiere decir

*El aborto solo  
puede ser  
justificado si la  
preñez realmente  
pone en peligro la  
vida de la madre.*



que no merezca la misma protección que se le daría luego de nacer. El aborto solo puede ser justificado si la preñez realmente pone en peligro la vida de la madre. Por tanto, legalizar el aborto es desafiar directamente al Autor de toda vida.

### **El suicidio**

El suicidio es el tipo de asesinato más horrible. Y entre estos, no puedo concebir uno más monstruoso que el de esos chicos en el Oriente Medio que se cubren de explosivos con el fin de darse muerte, a la vez que matan a cuantos enemigos puedan. ¿Qué logran con tal ataque suicida? La Biblia nos dice que los que mueren sin Cristo despiertan inmediatamente en el infierno. De circunstancias difíciles por lo que sufren en sus pueblos, llegan instantáneamente a una eternidad mucho más terrible, llena de tormentos, de la cual no hay escape nunca.

Los suicidios con intención de matar a otros son algo casi irracional. Pero pensar que esa es la política de una sociedad humana es increíble. Desde niños por medio de sus padres, maestros y líderes religiosos son enseñados a odiar a ciertos habitantes de la tierra. Cegados por ese odio, aceptan lo inaceptable, y salen a cometer esas terribles atrocidades.

Aparte de tales acciones —cosa que tienen que ver más con la política que con la idea misma de quitarse uno la vida— el suicidio es un tema incluido en este mandamiento. Dios dice: *No asesinarás*. Quitarse uno su propia vida es violar el mandamiento. No solo es un acto cobarde, sino uno sumamente egoísta, pues el que se mata busca escapar a su problema sin importarle las terribles consecuencias que deja, ahora magnificadas de sobremanera, entre los familiares.

La gran pregunta teológica es si tal persona va al infierno por haber desobedecido este mandamiento. Pudiéramos responder que pudiera ser una vía muy rápida a la perdición. En tiempos pasados eso era lo que se predicaba, ya que se supone que el perpetrador no tenía tiempo para confesar su pecado, por tanto moriría sin el perdón de Dios, cosa que le llevaría al infierno. Hoy se argumenta de otra forma. Por ejemplo, es muy probable que no haya creyente que muera que no tenga algún pecado olvidado que nunca confesó. Si la entrada al cielo se determina por la confesión personal de los pecados, todos estamos en serios problemas. No obstante, lo que nos lleva al cielo no es lo que

hacemos nosotros, sino lo que Cristo ha hecho a favor nuestro. Cuando él murió, allí en la cruz pagó la pena por todos nuestros pecados pasados, presentes y futuros. Si estamos en Cristo, ahí está nuestra seguridad eterna. Él es el que nos ofrece esa seguridad. Nos dijo: *Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano* (Juan 10:28).

Recuerdo a uno de los grandes estudiosos de la Palabra de Dios cuyos libros y escritos leía vorazmente, el doctor Edward John Carnell. Era reconocido como uno de los más brillantes expositores de la Biblia. Por un tiempo llegó a ser presidente del Seminario Fuller en California, y sus libros sirvieron como lumbrera para muchos que, como yo, buscábamos la verdad bíblica. Tristemente, por ciertos problemas teológicos que surgieron en el seminario, llegó a un punto tan depresivo que, no hallando solución, se suicidó. ¿Qué diremos? Por su testimonio, pensamiento y escritos sabemos que era un verdadero hijo de Dios. Creo, por tanto, que por la gracia de Dios, cuando llegue yo al cielo, espero ver a Edward John Carnell y agradecerle por toda la ayuda teológica y bíblica que me regaló.

“El suicidio”, afirma el doctor J.I. Packer, “es un acto de una mente que pierde su sentido y se vuelve demente, pero por tal hecho no quiere decir que se

coloca fuera del alcance de la gracia de Dios como antes se pensaba, a pesar de que ciertamente es un rompimiento del mandato divino”.<sup>6</sup>

### ¿Qué diremos de la eutanasia?

Fue el famoso doctor Kevorkian el que introdujo el concepto del “suicidio asistido” para personas que sufrían mucho y no había solución médica para ellos. La idea era que un enfermo —o la familia de este— podía solicitar asistencia médica para poner fin a una vida a fin no solo de evitar el extremo dolor y sufrimiento, sino también para evitar los altos costos hospitalarios, médicos y de las medicinas.

El mandamiento, sin embargo, lo prohíbe. No importa que muchos en nuestro mundo hoy lo acepten como solución lógica para poner

fin al dolor o al desespero de gente anciana y otros enfermos que no quieren seguir viviendo, sea cual sea la razón. Después de todo, argumentan, es parecido a matar a una bestia herida o dejar

*La eutanasia es  
moralmente  
inaceptable ante  
los ojos de Dios.*



que el veterinario mate a un perro o a un gato. No. Hay una gran diferencia entre una persona y un gato. La eutanasia es moralmente inaceptable ante los ojos de Dios. No tenemos el derecho de jugar a ser Dios. Solo él decide cuando ponerle fin a un ser humano creado a su imagen.

Con esto surge otra pregunta. ¿Y qué con las per-

---

<sup>6</sup> J.I. Packer, *The Ten Commandments*, Tyndale, Wheaton, IL., 1982, p. 53

sonas que son mantenidas vivas artificialmente, por medio de aparatos médicos; lo que algunos llaman “medidas heroicas”? Permitir que muera una persona que ha estado inconsciente por algún tiempo y no tiene esperanza de recuperación no es eutanasia, es permitir que la persona muera con dignidad. Son aparatos los que le mantienen respirando y vivos, no es el mecanismo físico que le dio Dios. Lo difícil es decidir cuándo desconectarlos. Por supuesto, a esa decisión se llega cuando el médico, junto con los seres queridos, opina que no hay esperanza alguna para la recuperación de esa persona. Así, sin los aparatos, se permite que Dios sea el que determine el momento de la muerte.

### **¿Qué acerca de la guerra?**

Me parece que esta pregunta sobre la guerra era mucho más sencilla de contestar en tiempos pasados cuando los instrumentos destructivos eran mucho más primitivos. Hoy existe el equivalente de cuatro toneladas de dinamita (TNT) para cada hombre, mujer y niño en el mundo. Además, se sabe que existen la cantidad de bombas atómicas suficientes para destruir al mundo entero, incluida toda la vegetación. Esto nos da pauta para pensar y temblar. ¿Qué ocurriría si algún loco consiguiera apoderarse de una de esas bombas? ¿Cómo podríamos defendernos? ¿Es bíblico y correcto que nos defendamos?

Un estudio del Pentateuco y de la historia de Israel

nos da a entender que Dios le permitió a su pueblo que se defendiera de sus enemigos. De esa historia y de esos ejemplos (también en el Nuevo Testamento) se ha sustraído la doctrina de lo que se califica como “guerras justas”.

Esta comienza con el concepto dado por Dios en Génesis 4, de que somos guarda de nuestro hermano, cosa que enfatiza Jesucristo al pedirnos que amemos a nuestro prójimo. Implícita en esas órdenes está la de ofrecer protección al indefenso. Por ejemplo, dejar de ayudar a una persona cuando esta sufre a consecuencia de los malvados sería ir en contra de las enseñanzas de la parábola del buen samaritano (Lucas 10). Esa parábola la empleó Jesucristo para definir lo que significa amar al prójimo. Ahora, a partir de la aplicación de tales instrucciones y principios, las ideas se amplían para incluir nuestra responsabilidad ante un pueblo entero que es atacado por otro más fuerte, especialmente cuando el otro es un vil opresor que quiere causar gran daño. Este razonamiento nos lleva a la conclusión de que hay guerras justas en las que, como cristianos, debemos participar. (Fue Agustín, en el cuarto siglo, el primero en llegar a esas conclusiones, introduciendo así el concepto de guerras justas.)

Tomemos, como ilustración, a la Segunda Guerra Mundial. Recordemos las intenciones de Adolfo Hitler. Con el concepto nazi de que eran una raza superior se propuso exterminar a todas las que consideraba razas inferiores, particularmente a los judíos. Esa filo-

sofía causó esa tremenda guerra. Ahora bien, ubicándonos en aquel tiempo, ¿cuál sería nuestra responsabilidad con los países débiles de Europa, y particularmente con los judíos muriendo a miles en los hornos en Nuremberg? Hacer nada sería igual que la acción del sacerdote en la parábola del buen samaritano. Dejar de involucrarnos equivaldría a portarnos como el levita. Por cierto los países del mundo hicieron bien en derrotar al nazismo.

Este tipo de razonamiento es el responsable del concepto de las guerras justas. Fue esa idea la que llevó a los aliados a crear las Naciones Unidas, en la determinación de que con una potencia unida no se permitiría que en el mundo se levantara otro Hitler. Pero entonces, ese pensamiento fue seguido por otro, el de las “guerras preventivas”. Es decir, cuando se levantara un gobierno determinado a destruir a otro más débil, atacar a tal gobierno antes de que pudiera realizar su intención era lo propio. Créase o no, ese fue el concepto del presidente George Bush al atacar al abusivo y criminal dictador, Sadam Hussein, en Irak.

El problema que tenemos que considerar es el alto costo en vidas que significan esas guerras. Por ejemplo, en la Segunda Guerra Mundial murieron veinte millones de rusos, seis millones de judíos fueron exterminados, seis millones y medio de alemanes perdieron la vida y un millón de soldados aliados murieron defendiendo nuestros ideales. Además, cuando los Estados Unidos lanzaron la bomba atómica

sobre Hiroshima, en solo un instante mataron a setenta mil almas: hombres, mujeres, ancianos y niños.

Sin embargo, hablemos de otro problema. Ahora, en nuestro mundo moderno, el problema es la información imparcial. Hay tantas fuentes noticiosas y cada una presenta las noticias de acuerdo a sus intereses políticos, especialmente en relación a lo que ocurre en el Oriente Medio. Las agencias árabes, por ejemplo Al-Jazeera, buscan poner a Israel y a los Estados Unidos bajo la peor luz posible. Las agencias estadounidenses, por ejemplo CNN, intentan defender los intereses de los Estados Unidos e Israel, por tanto ponen en evidencia las atrocidades de los árabes. Puesto que los noticieros no son imparciales —

*Toda guerra es un  
infierno y no hay  
lado que no se  
pueda culpar.*

y no nos alertan de su parcialidad— le creemos al primero que escuchamos, sin darnos cuenta de que faltan detalles imparciales por parte de ambos lados. Como consecuencia de ello, fácilmente podemos sostener unas ideas muy distorsionadas en cuanto a lo que realmente ocurre en nuestro mundo. Mejor sería recordar que toda guerra es un infierno y que no hay lado que no se pueda culpar.

Como creyentes, ¿a qué conclusiones debemos llegar sobre este tema de la guerra? ¿Podemos justificar la muerte de tantas personas? Frente a tanta violencia, ¿cuál debiera ser nuestra posición ante el concepto de las guerras justas? ¿Somos en verdad guardas de nues-

tro hermano? ¿Incluye el amor al prójimo pelear, si fuera necesario, para protegerle, pese al costo? ¿De qué manera podemos cumplir el verdadero espíritu de Levítico 19:16: *No te quedes impávido mientras que se derrama la sangre de tu prójimo* (versión hebrea).

Obviamente, no es fácil encontrar una respuesta adecuada para las guerras modernas. Cuando nos ponemos a pensar en toda la maquinaria que el mundo ha inventado para dar muerte a miles de una sola vez, nos parece que como creyentes no podemos participar en tales acciones. A la vez, el problema es que si nos fuera necesario ir a la guerra, el mismo tipo de armas serían usadas en contra nuestra, causando la misma cantidad de destrucción entre nuestros amados, nuestras posesiones y nuestros pueblos.

Otra cosa, ¿qué ocurre si no hacemos nada? ¿Si dejamos a los malvados hacer lo que quieran sin levantar la mano para oponernos a ellos? ¿Qué clase de mundo establecerían gente como Hitler, o Genghis Khan, o Benito Mussolini, o Abd-er Rahman si se les diera la oportunidad? ¿Qué pasaría si en Colombia el gobierno dejara de combatir contra la FARC? ¿Qué ocurriría si Tirofijo (el jefe de las FARC) fuera presidente de Colombia? ¿Y si Perú fuera gobernada por el Sendero Luminoso? ¿Será posible que creamos que si no nos oponemos a los malos, que si no resistimos a los violentos, a los criminales, a los asesinos, ellos se convertirán en gente buena para gobernar con amor y justicia?

En cuanto a mí, como persona, creo que estoy dispuesto a dar la otra mejilla y dejar que me hagan lo que quieran. Si me quitan la camisa, con gusto les regalaría otra. Pero eso no es lo único que está en juego. Lo que discutimos tiene que ver con los demás, con mi esposa, con mis hijos, con otros seres queridos, con la patria y todos aquellos con los cuales tenemos responsabilidad.

¿Es correcto dejar que otros hagan lo que quieran con mi esposa, mis hijos, mis nietos, mis vecinos, mi ciudad, sin yo levantar la mano para tratar de hacer lo posible para protegerles? ¿Es eso lo que quiere decir el Señor cuando nos instruye a dar la otra mejilla y a no responder a un mal con otro mal (Romanos 12:17)? El caso es que no es a mi mejilla la que busco defender, son las mejillas de los seres amados que representan más que la misma vida

*No es responder a un mal con otro, sino responder a un mal con el bien de proteger debidamente a lo que es sano, correcto, justo y decente.*



para mí. No es responder a un mal con otro, sino responder a un mal con el bien de proteger debidamente a lo que es sano, correcto, justo y decente. Eso es lo que tenemos que incluir al debatir este tema.

Es más, decir que ningún bien jamás se ha logrado con las guerras también es falso. Nuestra civilización occidental hubiera perecido en el octavo siglo a no ser por la batalla de Tours, 732 d.C. Esa batalla sin duda

fue una de las más decisivas de toda la historia. En aquel entonces los musulmanes gobernaban a España. Con ambiciones territoriales, bajo el mando de Abd-er Rahman, conquistaron al norte de África, a Egipto y a Siria. Después decidieron invadir a Europa Occidental con el fin de destruir al cristianismo. El ejército musulmán, con unos cuatrocientos mil soldados, cruzó los Pirineos y llegó hasta el centro de Francia, al Río Loire. Allí se enfrentaron con el ejército francés bajo el mando de Carlos Martel. Luego de una batalla feroz que duró diez días, los franceses lograron matar a Abd-er Rahman. Con su líder muerto, los musulmanes se dieron por vencidos y regresaron a España. A no ser por aquella victoria, el cristianismo pudo haber sido totalmente sumergido.

En cuanto a otras guerras, fue la Guerra Civil en los Estados Unidos de América la que abolió la esclavitud. El neopaganismo seguramente controlaría a toda Europa hoy a no ser por la derrota de Hitler. Perú hoy tal vez estaría bajo el dominio de Sendero Luminoso si después de tantas luchas en septiembre de 1992 el ejército peruano no hubiera capturado a Abimael Guzmán. De forma parecida, hoy Colombia disfruta de una libertad que por años fue desconocida, ya que el ejército ha acorralado y achicado el poder de la FARC, de la ELN y de los paramilitares.

Como cristianos tenemos que confrontar estos temas que tienen que ver con la vida y la muerte: la defensa propia, el infanticidio, el suicidio, la eutanasia y

la guerra. Cada uno representa un tema ineludible de nuestro mundo moderno. Piense en cómo sería su ciudad si no hubiera policías para protegerle ni jueces ni gobierno, ni ejército para defender los intereses nacionales. Por tanto, cada cristiano debe estudiar las implicaciones y llegar a una conclusión ética y bíblica sobre estos

*Junto con amar al  
prójimo hay que  
amar lo que Dios  
ama y despreciar  
lo que Dios  
desprecia.*

temas. Así podrá tomar decisiones correctas al confrontar situaciones difíciles. No olvide incluir que cuando Jesucristo pide que amemos como él nos ha amado, no quiere decir que amemos los pecados que cometen los malvados. Junto con amar al prójimo hay que amar lo que Dios ama y despreciar lo que Dios desprecia y castiga.

Aquí hay algunas sugerencias generales:

1. Debo aprender a resolver mis conflictos sin recurrir a la violencia.
2. Debo pedirle a Dios que la paz llegue a esas partes del mundo que están en guerra.
3. Debo ayudar a las mujeres embarazadas para que no recurran al aborto.
4. Debo hacer lo posible para ayudar a los huérfanos y a los desprovistos.
5. Debo consolar a los afligidos para que en su desesperación no cometan suicidio.
6. Debo preocuparme por los moribundos para

que puedan morir dignamente.

7. Debo participar en los asuntos que promuevan la defensa de la vida en mi comunidad y en la nación, de acuerdo con los principios dados por Dios.

En concusión, debo destacar lo que Jesucristo dijo acerca del homicidio: está latente en cada corazón. Pocos nos creemos homicidas, pero Cristo nos dice:

*Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego. Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante (Mateo 5:21-26).*

Cada mandamiento hace reclamos internos y externos. En este mandamiento vemos que es dentro del corazón que nace el resentimiento y el odio que termina en el homicidio.

Recuerdo lo que me dijo mi cuñado, un pastor de

la Alianza Cristiana y Misionera, cuando llamó para contarme que mi suegra de sesenta y ocho años —la madre de él— había sido violada por un joven de veintidós: “Cuando me enteré de lo que ese perverso le hizo a mamá, mi corazón se llenó de un odio brutal. Me di cuenta por primera vez, como cristiano y ministro del evangelio, de que yo era capaz de matar a otro ser humano. Y esa capacidad me aterrorizó. Supe que en mi corazón no era mejor que un criminal. Caí de rodillas y le pedí a Dios que me perdonara, y limpiara ese odio de mi corazón”.

Que fácil es, cuando otra persona nos hace un daño, cometer lo que Juan Calvino llamaba “homicidio del corazón”. Pidamos que Dios nos libre de toda raíz de amargura, resentimiento, rencor o deseo de venganza. Son esas las semillas que, cuando permitimos que crezcan, nos llevan a cometer atrocidades increíbles.

Finalmente, al reflexionar sobre todo lo que enseña este mandamiento de valor de la vida, demos gracias a Dios por la vida que nos ha dado. Disfrutémosla al máximo, dentro de los parámetros espirituales y morales que El nos ha marcado. Vivámosla en ese asombro que expresa David, al darse cuenta de la unión maravillosa entre el hombre y su Creador:

*¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria,  
y el hijo del hombre para que lo visites?  
Lo has hecho poco menor que los ángeles  
y lo coronaste de gloria y de honra.*

*Lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos;  
todo lo pusiste debajo de sus pies:  
ovejas y bueyes, todo ello,  
y asimismo las bestias del campo,  
las aves del cielo y los peces del mar;  
¡todo cuanto pasa por los senderos del mar!  
¡Jehová, Señor nuestro,  
cuán grande es tu nombre en toda la tierra!  
(Salmo 8:4-9)*





# EL SÉPTIMO MANDAMIENTO

*No cometerás adulterio.*

Me parece que sobre la faz de la tierra  
no hay país, ciudad ni sociedad que no esté  
enfrentando graves problemas  
con este mandamiento.

PARECE que en el mundo se ha llegado a pensar que este mandamiento, “no adulterarás”, es algo totalmente irrazonable. Parece que se cree que Dios no puede haber conocido muy bien al hombre que creó al demandarle eso. Por lo que se ve en televisión, en el cine, en los periódicos, en las revistas — y en la conducta de muchos— el pensamiento parece ser: “¿Vivir sin sexo, quién yo? ¡Imposible!”

Mi oposición temprana a este mandamiento comenzó desde niño. Recuerdo que mi hermana —un

par de años mayor que yo— siempre quería jugar a que celebrábamos unas bodas. En cuanto se reunía un grupo de niños, enseguida ella comenzaba a separarnos en pares al son de los aplausos de todas las muchachitas. En defensa de mi hombría, claro que protestaba (no con mucho ánimo, que se diga, puesto que me gustaban varias de las pequeñas). Además, protestaba porque éramos pocos los varones y demasiadas veces me tocaba el papel de novio.

Si mal no recuerdo, tendría en aquel entonces unos doce años. Recién —comprenderán por mi edad— me daba cuenta que había mujeres en el mundo. Así fue que en uno de esos juegos mi hermana me nombró novio de Marta. Enseguida me opuse: “No, yo no quiero a Marta, me casé con ella la última vez que jugamos. Ya no la quiero a ella. Si voy a ser novio, quiero que sea de Julia”.

Así, sin jugar al divorcio ni nada, me cambié con Julia. Por supuesto, era un juego infantil, pero al considerarlo ahora, era con acciones muy adultas.

Hoy como adultos nuestros cambios no son un juego. Como si nada, pese a habernos casado con nuestras Martas, en un dos por tres las abandonamos, puesto que nos gustan las Julias. No importa lo que Dios haya dicho, no importa lo que les suceda a las abandonadas Martas, no importan las consecuencias sufridas por los hijos de esas uniones. El asunto es que estemos contentos, ese es el único barómetro que vale en nuestro mundo.

Es por eso —lo que es el matrimonio y lo que debe significar— que Dios nos habla desde su cielo y nos dice: *No cometerás adulterio*.

¿Qué hay detrás del mandamiento? ¿Será que Dios no entiende? ¿Que no ha visto mi matrimonio insatisfactorio? ¿Que no reconoce que odio regresar a esa casa con esos niños majaderos?

¿Que si mi esposa se queja otra vez explotaré? ¿Que parece como que pasó un torbellino por la casa —nada está arreglado, todo regado? ¿Será que no ve mis deseos sexuales frustrados?

¿Que no reconoce la necesidad humana que tengo de un cambio real? ¿Qué necesito a alguien más joven? ¿Alguien que me comprenda mejor? ¿Alguien más apasionada... que una Julia?

De veras, ¿qué hay tras este mandamiento?

*Antes de la caída,  
en el estado del  
hombre sin  
pecado, Dios  
estableció el  
matrimonio.*

### **Adulterar significa desafiar a Dios**

Cada vez que una persona comete este pecado desafía el propósito de Dios con su vida. Antes de la caída, en el estado del hombre sin pecado, Dios estableció el matrimonio. Reconoció correctamente que *no es bueno que el hombre esté sólo; le haré ayuda idónea para él... Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre hizo una mujer*.<sup>7</sup> Esta criatura fue una respuesta tan perfecta para el varón que hasta hoy todo hombre se queda impresionado simplemente con ver a la mujer. Leemos:

---

<sup>7</sup> ¡No hizo a otro hombre! La homosexualidad es determinadamente prohibida por Dios (Levítico 18:22; 20:13; Romanos 1:26-32).

*De la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.*

El propósito de Dios al crearla no fue que el hombre, como las bestias, siguiera tras las hembras simplemente por el olfato o por instinto. Su plan fue que al unirse el hombre con la mujer el resultado fuera una sola carne. Tanto así que un encuentro casual, una escapada nocturna que termina un hombre con una mujer que no es su esposa, obliga a que Pablo pregunte: *¿No sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne* (1 Corintios 6:16).

Dios estableció que mantener relaciones sexuales con una persona resulta en crearse *una sola carne*, no importa cuán pasajera haya sido esa unión. Tratar de consumir una unión que no es tal cosa (una relación fuera del matrimonio) es una mentira, es imposible, es puro engaño. De acuerdo al principio establecido por Dios, el sexo es para las personas que han formado una relación permanente, tal como Dios lo designó. Con la mezcla de amor, fidelidad, entrega, voluntad, cariño, afecto y compromiso serio se forma *un solo cuerpo, una sola carne*, una hermosa y feliz unidad que asegura el tipo de ambiente sano que los hijos necesitan y que da increíble fuerza a la comunidad y a la sociedad.

En fin, tal unión toca hasta la última fibra del corazón, alma y cuerpo de ambos en la pareja, produciendo (1) un compañerismo indisoluble, (2) una entrega total de los afectos, (3) una satisfacción que llena el vacío de la soledad, y (4) un reconocimiento de que se necesitan uno al otro para completarse integralmente como seres humanos. Esa unión, por tanto, ha de reflejar a Dios que como Padre, Hijo y Espíritu Santo existe eternamente en una unión perfecta de gozo, comunión y mutua satisfacción. Para decirlo de otra manera, el propósito divino es que el hombre y la mujer vivan su vida matrimonial en plena conformidad, gozo y satisfacción como padre, como madre y como hijos —una hermosa trinidad inquebrantable.

*El propósito  
divino es que el  
hombre y la  
mujer vivan su  
vida matrimonial  
en plena confor-  
midad, gozo y  
satisfacción.*

Adulterar, entonces, es romper ese esquema y propósito divino.

### **Adulterar significa deshonar el matrimonio**

Recuerde el día inolvidable cuando ante el altar de la iglesia fuimos como pareja, y frente al ministro repetimos palabras como estas:

Te recibo a ti como mi legítima esposa. Me comprometo delante de Dios y estos testigos a amarte, honrarte, ayudarte y servirte en tiempo de salud o enfermedad, en tiempo de abundancia o escasez.

Me comprometo a serte veraz y leal y, separándome de todas las demás, consagrarme solo a ti hasta que la muerte nos separe.<sup>8</sup>

Obviamente el adulterio subvierte cada una de esas promesas, las hace trizas, las convierte en burla. Si Dios desde el principio prometió hacer de dos personas *una sola carne*, introducir a esa unión una tercera o cuarta persona —o más— es pegarle una bomba a todo aquello que Dios quiso que fuera tan bello y hermoso.

Ante Dios la pureza en nuestra sexualidad es algo que tenemos que defender a toda costa. Dios no está contra el sexo, ni es un cursi ni menos un remilgado. Él no se sonroja cada vez que nosotros los humanos

|                |                                      |
|----------------|--------------------------------------|
| ¡Dios creó el  | mencionamos el tema. Créanme,        |
| sexo! ¡Lo hizo | y repítanlo: ¡Dios creó el sexo! ¡Lo |
| para que lo    | hizo para que lo disfrutáramos!      |
| disfrutáramos! | Pero, eso sí, de acuerdo a sus ór-   |

~~~~~ denes. Por ser un impulso tan fuerte y propenso al abuso, lo cercó con muy claras instrucciones. Pero su intención desde el principio era que lo disfrutáramos correctamente, puesto que solo así se descubre ese inmenso gozo y sublime placer. Prueba de lo que acabo de decir se encuentra en el mismo centro de la Biblia. Allí, en el libro de *Cantar de los cantares*, Dios puso para nuestra admiración y consideración su manual matrimonial. Es una incompa-

⁸ Es interesante notar que en varios manuales matrimoniales modernos omiten esa última frase o la suavizan. Es como que si hoy nadie esperara que se cumpla tal demanda, por tanto, ¿por qué pedirla y forzar a la pareja a mentir?

table descripción del puro placer del sexo cuando una pareja sigue las instrucciones divinas.

Así dice Proverbios 5:18-19:

Alégrate con la mujer de tu juventud, como cierva amada y graciosa gacela. Sus caricias te satisfagan en todo tiempo, y en su amor recréate siempre.

Y de inmediato añade una paradoja:

¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la mujer ajena, y abrazarás el seno de la extraña? Porque los caminos del hombre están ante los ojos de Jehová, y él considera todas sus veredas.

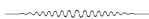
¿Por qué será que insistimos en romper las reglas? ¿Por qué pensamos que Dios se equivocó y que nosotros somos los que tenemos la razón? ¿Será, como dice el proverbio leído, que el impulso sexual nos ciega? ¿Será que no podemos aprender de todos los naufragios matrimoniales que nos rodean? ¿Por qué insistimos en creer que nuestro caso es diferente, que no llegaremos a lo mismo?

Adulterar significa depreciar la Palabra de Dios

Hoy como nunca el hombre ha determinado que la Biblia contiene enseñanzas retrógradas en cuanto al sexo. Opinan que nada de lo que dice tiene sentido para el hombre moderno. Ese rechazo a lo bíblico se ve por lo declarado y presentado en las revistas, en la radio, en la televisión, en los comerciales, carteles y especialmente a través de la pornografía. El sexo es para disfrutar, para relajarse, para jugar, para el alivio

de la tensión física o mental, para pasar un buen rato, para salir del aburrimiento, para satisfacer un impulso, para saber que todavía uno sabe conquistar, o que sigue apelando a las mujeres no importa cuántas canas tenga.

*Nadie se detiene
lo suficiente para
considerar que
vivimos en un
mundo que se las
da de sabio, pero
que realmente es
imbécil.*



Pero con todo y la fanfarro-
nería producida por nuestra
bulla, música, ritmos y procla-
mas, nadie se detiene lo sufi-
ciente para considerar que
vivimos en un mundo que se las
da de sabio, pero que realmente
es imbécil. Estudie eso. Reco-
nozca lo que está pasando. En-

contrará rápidamente un triste y alarmante trillo lleno de espanto, pena, dolor, traiciones, mentiras, promesas rotas, familias trastornadas, corazones quebrantados, emociones cicatrizadas, psiquis trastocados —sin hablar del riesgo de las enfermedades venéreas: gonorrea, sífilis, clamidia (que hoy infecta a diez millones de gente al año), SIDA, y quién sabe que otra cosa. Es como para decir: “¡Verdad que Dios tenía toda la razón!”

Considere cómo se trata hoy el sexo entre los adolescentes y los solteros. Aunque Dios lo llama fornicación, nosotros lo llamamos libertad. Reconozca que en nuestra modernidad es totalmente aceptable experimentar sexualmente —es decir, *fornicar*, según la Biblia— si uno ha llegado a cierta edad, o si no es casado, si está libre para disfrutar del sexo. Sepa que

muchas chicas van preparadas —por si acaso— llevando preservativos en sus carteras. Note que hoy es tan común el sexo casual entre los no casados que ha llegado a ser costumbre entre las parejas, como si pudiéramos hacer desaparecer todos los textos siguientes de la Biblia:

Hechos 15:20: *Les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación.*

Hechos 15:29: *... que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos... y de fornicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis.*

1 Corintios 6:13: *El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo.*

1 Corintios 6:18: *Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca.*

1 Corintios 7:2: *... a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido.*

Gálatas 5:19: *Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia.*

Efesios 5:3: *Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos.*

Colosenses 3:5: *Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría.*

1 Tesalonicenses 4:3: ... *la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación.*

Esto es lo que dice Dios. Pero tome nota de que hoy una máxima muy popular entre las parejas jóvenes es que antes de pensar en el matrimonio deben vivir juntos un tiempo para ver si son compatibles. Todo eso es directa contradicción a lo que Dios nos instruye en su Palabra.

Tal actitud no puede complacer a Dios en ninguna manera. Él nos hizo seres responsables, pero en lo sexual actuamos irresponsablemente, sin seriedad, sin formalidad y sin compromiso. En el sexo casual el

*Dios nos hizo
seres
responsables,
pero en lo sexual
actuamos
irresponsable-
mente.*



hombre realmente no ama a la mujer, sino que la usa. En verdad es un gran abuso, no importa cuánto ella se preste, porque la virginidad y la pureza corporal no se pueden recobrar. Puesto que es una unión sin responsabilidad, cuando nace una inocente criatura, la mujer normalmente queda desprovista, indefensa y sin más protección. Y el bastardo crece sin el ejemplo, protección, cuidado, amor y disciplina de un padre. De ninguna manera eso es lo que Dios quiso para el hombre, para la mujer y para la familia. El sexo indiscriminado siempre termina añadiendo otra mácula más a la terrible mancha que ya lleva nuestra sociedad, si no vea a todas las madres solteras que moran en nuestros países.

Con tales normas rigiendo nuestro mundo (de paso, encuestas han comprobado que la conducta sexual de los evangélicos es igual a la de los no religiosos), ¿qué se puede esperar de nosotros los que nos llamamos hijos de Dios?

1. Si no se han respetado las instrucciones de Dios en cuanto a la fornicación, ¿por qué han de respetarse las leyes divinas en cuanto al adulterio?
2. Si no se acepta lo que la Biblia dice en cuanto al matrimonio y al sexo, ¿qué parte de la Biblia es creída, seguida y obedecida?
3. Si el mundo tan fácilmente se ha convencido de que Dios y su Palabra no son creíbles en relación a lo sexual, ¿qué confianza puede un creyente tener en todo lo demás que dice la Biblia?

*El sexo
indiscriminado
siempre termina
añadiendo otra
mácula más a la
terrible mancha
que ya lleva
nuestra
sociedad.*

Adulterar significa que hay urgente necesidad de remedios

El gran pensador C.S. Lewis dijo: “Hay gente que quiere mantener los instintos sexuales encendidos para ganar dinero, porque un hombre con una obsesión es un hombre que no puede resistir las ofertas”. Dios, al contrario, busca mantener nuestra conciencia viva, puesto que si no sentimos condenación por nuestras transgresiones nunca buscaremos con desespero

su ayuda y perdón.

Un pastor amigo contaba acerca de una cena de la “Fraternidad Carcelaria” a la que fue invitado. Lo sentaron al lado de una dama muy elegante, que parecía de la alta sociedad. Como el sitio estaba lleno de ex criminales y aun algunos encarcelados, quiso preguntarle a aquella mujer bien vestida: “¿Cómo es que una dama como usted está en un lugar como este?” Pero por prudencia formuló su pregunta más cortésmente: “¿Cuál es el interés que usted tiene en esta organización?” Ella enfocó sus ojos en los de él y le dijo: “El solo hecho que yo era homicida y asaltante de bancos, y el Señor Jesús me alcanzó en la cárcel por medio esta organización”.

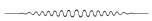
La sorpresa de mi amigo fue tan grande que casi se traga entero el pedazo de carne que tenía en su boca. En eso la mujer abrió su cartera y sacó una foto y se la mostró. “¿Conoce usted a esta mujer?” Él miró la foto. Mostraba a una mujer mal vestida, mal peinada, descuidada, sucia, cara amarga, dura y fea. “No”, dijo mi amigo, “¿quién es?” Una sonrisa cubrió la cara de ella y le dijo: “Esa soy yo. Me la dio el carcelero el día que cumplí mis años de cárcel y me dieron la libertad. Él me dijo: ‘Lleva esta foto contigo para que nunca te olvides de lo que eras’”.

Increíble las veredas por las que muchos de nosotros hemos caminado. Nos hemos revolcado en el pecado, especialmente los sexuales. Como el hijo pródigo, hemos ingerido esa comida de cerdos hasta

hartarnos. Es tiempo de que nos sentemos a considerar que en la casa de nuestro Padre se come mucho mejor. La verdad es que son banquetes acompañados por fiestas. ¿Por qué seguir restregándonos en el fango cuando el Padre nos espera para librarnos y ponernos el anillo en nuestro dedo, que indica que le pertenecemos —por tanto, que somos diferentes? Tenemos que llegar al punto en que miremos atrás y el corral de cerdos esté lejos de nosotros.

Estaba viajando con el pastor Stuart Briscoe en el sur de Chile (dábamos seminarios para pastores), cuando el tema giró alrededor de un amigo mutuo, el muy conocido pastor Benjamín Haden. Sabiendo que yo había servido como pastor asociado de él, Briscoe me contó la siguiente historia. Dijo que para la inauguración de la iglesia que él estableció, Elmbrook Church en Brookfield, Wisconsin,⁹ invitó a Haden para predicar el sermón. Cuando Haden anunció el texto para su prédica, Briscoe no lo podía creer. Era 1 Corintios 6:9 y 10:

*Es tiempo de
considerar que
en la casa de
nuestro Padre se
come banquetes
acompañados
por fiestas.*



No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.

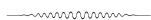
⁹ La Iglesia del Elmbrook en Brookfield, Wisconsin, ahora tiene quince mil miembros y otras cinco iglesias que han plantado en ciudades cercanas, dos de estas casi del tamaño de la iglesia madre.

Al escuchar a Haden leer el texto, dijo Briscoe, agachó su cabeza avergonzado. ¿Cómo era posible que para la inauguración de una iglesia el predicador usara tal pasaje? El propósito de la reunión era gozo, fiesta, puesto que una nueva iglesia se abría. En aquel momento confuso, Haden dijo: “Con ese cuadro oscuro, pésimo, sombrío en mente, leamos ahora el versículo que sigue:

Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”.

“¡Qué sermón aquel el de Haden!”, me dijo Briscoe, “Puso todo lo feo, malo, perverso, terrible que habíamos sido en contraste con el increíble cambio que

*El evangelio,
toma al pecador
empedernido y,
luego de lavarlo
y limpiarlo con
la sangre de
Cristo, lo
presenta santo
como un ángel.*



Jesucristo logró en nuestros corazones”.

Eso exactamente es lo que hace el evangelio. Toma al pecador empedernido y, luego de lavarlo y limpiarlo con la sangre de Cristo, lo presenta santo como un ángel. Habla de lo que fue, y se regocija en lo que ha llegado a ser, gracias al poder transformador de

nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto hay seguro y eficaz remedio para el adúltero: el nombre del Señor Jesús levantado y glorificado en esa vida por el Espíritu de nuestro Dios.

Si confiamos en nuestra hombría y fuerza natural, seguiremos perdidos; no hay manera que podamos controlar nuestros deseos y apetitos solos. Esos impulsos sexuales son fenomenales, sin la ayuda de nuestro poderoso Salvador nos controlan y nos esclavizan. Por eso Jesús indicó que tenemos que tomar medidas drásticas:

Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno (Mateo 5:29-30).

Por hipérbole Jesús nos muestra los pasos preventivos que debemos dar: si el ojo (lo que vemos, leemos y miramos) nos ofende, *sácalo*: cancelemos la suscripción a la revista *Playboy*; quitemos el canal de televisión pornográfico; dejemos de ir al café Internet; busquemos un estante de revistas decentes; dejemos a un lado los libros purulentos; rehusemos ir al cine para ver películas sugestivas. En otras palabras, trabajemos con la ayuda del Señor para tener mentes puras.

En general, la idea es que tomemos el espacio que dedicábamos a perseguir lo prohibido, y lo convirtamos en aquello que nos edifica y ayuda, sobre todo en lo espiritual. Veamos algunas ideas. Comencemos con una lectura diaria de la Biblia, permitiendo que Dios nos hable a través de ella. Luego de leer (esto no es

por lo largo, sino por lo significativo; quince o veinte minutos puede ser adecuado) pasamos a un breve tiempo de oración (se comienza con las necesidades particulares del corazón y el alma, y se sigue orando por el cónyuge, los hijos, los parientes, la iglesia, el trabajo, etc.). No estaría mal ofrecerse para hacer algún servicio voluntario, sin pago y de corazón, en la iglesia. Mientras tanto, se trabaja para fortificar y consolidar el propio matrimonio. Se buscan maneras de mostrar cariño —regalitos, flores, paseos; parecido a lo que hacíamos cuando éramos novios. Se preocupa uno de ayudar al cónyuge con tareas en la casa, y de asegurar que la relación sexual como pareja sea firme, tierna y satisfactoria. (No puede haber un matrimonio amable sin una relación sexual saludable.)

Además, junto a tales acciones preventivas debemos buscar remedios duraderos. Ya que nuestras mentes han estado saturadas con aquello que Dios prohíbe, debemos llenar esos vacíos con información provechosa. Aquí les doy algunas ideas adicionales: busquen libros edificantes. Estos son aquellos que tratan seriamente los conceptos bíblicos (hoy hay tanta basura *literaria*, que tenemos que escoger cuidadosamente o si no malgastaremos el tiempo). Por ejemplo, buscar buenas ayudas devocionales: recomiendo *Manantiales en el desierto* por L.B. Cowman; contiene buenas lecturas inspiracionales para cada día del año. Otro tipo de material extiende nuestros conocimientos: recomiendo *El Dios Creador*, por Antonio Cruz, o *La aven-*

tura del pensamiento por Salvador Dellutri. Además, hay libros para comprender los conflictos bíblicos que han surgido hoy, para no caer en otras trampas. Recomendando uno muy interesante, accesible en nuestra página web, www.logoi.org, *La palabra de fe y la prosperidad*, por Roger Smalling. También hay buenas cosas en el mundo secular que cumplen la admonición de Pablo en Filipenses 4:8; recomiendo la llamada “literatura clásica”, entre ella la novela —limpia e histórica— titulada *Quo Vadis*, por Henryk Sienkiewicz (también, si prefiere, la puede comprar dramatizada en DVD). Y, aunque no los he mencionado —seguramente por mi incuestionable modestia—, están todos los libros que yo gustosamente he escrito para vuestro deleite y edificación.

La búsqueda de perdón

En cuanto a historias que tienen que ver con el adulterio, y el hecho de que hay perdón para el que cae, no hay una más conmovedora —a la vez más tierna— que la encontrada en Juan 8. Permítanme contarla en mis propias palabras. A los maliciosos líderes religiosos judíos se les ocurrió atrapar a Jesús buscando una persona capturada en el mismo acto de adulterio. Si lograban encontrar a tal persona, podrían contraponer a Jesús y sus normas con Moisés y las leyes estrictas de Israel.

La búsqueda de ellos dio resultados. Espiaron a una mujer conocida, y del barrio, entrando en un

motel con un caballero que no era su esposo, aunque nadie estaba seguro de quién era ese acompañante. Bajo soborno convencieron al dueño del motel para

*La escena fue
violenta,
indecente,
especialmente
indigna de los
fariseos, líderes
religiosos.*



que les abriera la puerta cuando ellos se lo pidieran. Cautelosamente vieron por la ventana, esperando el momento de la transgresión. Entonces mandaron a abrir la puerta, entraron y sacaron a la asustada mujer, media desnuda, y la arrastraron al portal

del templo donde el santo Jesús enseñaba las Escrituras. La escena fue violenta, indecente, especialmente indigna de los fariseos, líderes religiosos. Pero allí, por fin, pensaron que acorralarían a Jesús y a la mujer víctima (a pesar de que todavía ella seguía protestando y tratando de liberarse). Piadosamente —con esa voz casi sagrada que a veces ponen los líderes religiosos— se dirigieron a Jesús:

Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?

Oyendo la acusación y viendo a Jesús, la mujer se tranquilizó. ¿Qué dirá? ¿Qué indignidad adicional me hará pasar? ¿Qué vergüenza!

Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. [Quizás deletreaba, ¿Dónde está el hombre?] Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero

en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra.

Hubo una reacción inesperada. La mujer sintió cuando la soltaban. Se sorprendió al ver que cada uno de ellos desapareció como serpientes en la manigua. Pero, horror de horrores, ahora ella se encontraba sola ante Jesús. Su vestido todo roto, su cara sucia, su pelo desordenado. Por vergüenza no se atrevía a levantar la vista para mirar ese rostro santo. ¡Qué mal se sintió! ¡Qué culpable! ¡Qué caída! ¡Qué sucia! Quería correr, huir y podía hacerlo, pero no encontró ni la fuerza ni la voluntad. Esa pureza delante de ella le era como un imán. ¡Cuánto quiso ser limpia como evidentemente él lo era! ¡O si pudiera volver a la inocencia de niña y borrar todos aquellos pecados! Entonces oyó que Jesús le hablaba:

Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?

Con voz frágil, tímida, temblorosa, tan femenina, le respondió simplemente:

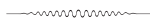
Ninguno, Señor.

Oyó las palabras de aquellos santos labios que jamás pensaba que escucharía en toda su vida:

Ni yo te condeno; vete, y no peques más.

Ella dio unos pasos indecisos.

*A pesar de que
necesitaba un
cambio de ropa,
en su interior se
sentía
perfectamente
limpia.*



Vio la sonrisa confiada en la cara de Jesús y encontró fuerza para tomar el rumbo a su casa. (¿Iría allá, a

donde estaba su marido esperándola?) Cada paso que dio se hizo más decisivo. A pesar de que necesitaba un cambio de ropa, en su interior se sentía perfectamente limpia. Con cada paso que daba decidió que desde ese momento en adelante seguiría a Jesús; arreglaría el problema con su esposo y viviría para agradar a Dios.

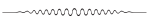
El nombre de esa mujer no aparece en la Biblia, pero creo que la conozco. De incógnita sale en el relato de Jesús cuando fue a almorzar en la casa de otro fariseo (Lucas 7:37-48). Allí aparece sin invitación y se postra a los pies de Jesús y lava sus pies con lágrimas llenas de agradecimiento. Cuando llegue al cielo voy a preguntar si fue ella. Si no fue, seguramente ella estaba en la compañía de mujeres agradecidas que con sus bienes servían al Señor Jesús, mencionadas en Lucas 8:1-3.

Sea como sea, la historia es cierta —puede ignorar los adornos míos— y también la lección es real. Para el que ha caído, el que puede ser acusado y presentado culpable ante nuestro limpio, puro y santo Salvador, está disponible el mismo perdón y la misma oportunidad que tuvo aquella mujer para comenzar a vivir de nuevo. Es el mismo Jesús que nos mira en nuestra desgracia y nos dice: *No te condeno; vete, y no peques más*. Fue, también, el mismo mensaje que el Señor le dio al rey David después de pecar con Betsabé (Salmo 51).

¿Será que a Jesús no le importa el adulterio; que no le importa que quebrantemos este mandamiento?

No puede ser. Por lo que nos dice la Biblia, cada pecado nuestro le importa. ¿Es que habrá otra razón, algo que se nos ha pasado en el relato? Efectivamente, es el hecho de que el mismo Jesús está parado frente al que peca. Esa realidad es lo que hace la diferencia. Él es el que nos suelta de nuestras cadenas y nos deja ir sin condenación, porque *él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.* (Isaías 53:5)

*El perdón
divino es
abierto, libre,
accesible.*



Ese perdón divino es abierto, libre, accesible. Esa es la verdad, pero nunca olvidemos que fue lograda por un costosísimo sacrificio. Es en base a ese dolor tan cierto que sufrió por usted y por mí que ahora nos dice: *Vete, estás perdonado.* Al mismo tiempo es debido a que él, por su Espíritu Santo que vive poderosamente en nosotros, añade: *pero no peques más.*

EL OCTAVO MANDAMIENTO

No robarás.

En alguna ocasión, ¿le han robado algo de valor?

Que usted recuerde, ¿tomó algo que no le pertenecía?

¿Puede imaginarse un mundo sin ladrones?

ALGUNOS cuestionan la validez del octavo mandamiento: *No robarás*. El escritor Ebon Musings en sus *Páginas Ateas* lo rechaza y pregunta: “¿Podemos crear un nuevo Decálogo que sea más útil para el mundo de hoy? Los antiguos mandatos ya están mostrando su edad y origen provincial; necesitamos mandamientos actualizados”.

Es obvio que cualquiera pudiera crear diez nuevas sugerencias, diez nuevos principios o reglas modernas

y presentarlos como sustitutos de los Diez Mandamientos. La pregunta sería si esos nuevos mandamientos pudiesen tratar tan específicamente con los problemas básicos de la humanidad como lo hacen los Diez Mandamientos de Dios. Tomemos como ejemplo uno de los problemas del hombre, el robo. No tenemos datos del monto en América Latina, pero sí los tenemos de Estados Unidos:

- El robo por parte de empleados le cuesta a los negocios norteamericanos entre 60 y 120 mil millones de dólares cada año.
- El desfalco de empleados con información privilegiada aumenta un 15 por ciento anualmente.
- El robo por parte de empleados de restaurantes equivale a un 4 por ciento de ventas de comida, a un costo que sobrepasa los 8.5 mil millones de dólares. Un 75 por ciento de la escasez que se descubre en los inventarios de estos negocios se atribuye al robo de los mismos empleados.
- El robo por parte de empleados cuesta a sus patrones hasta un 3 por ciento de sus ventas. Aun si la cifra fuera un uno por ciento, esto significaría que los patrones pierden más de mil millones de dólares semanalmente por robos de sus empleados.
- Un tercio del personal hurta de sus patrones.

El robo es una conducta tan predecible que durante una huelga de empleados municipales en Nueva York en diciembre del 2005, un residente muy precoz

decidió tomar provecho de los amigos de lo ajeno en su vecindario. Como los que prestaban el servicio de basura estaban de huelga, este hombre decidió poner su basura en cajas y envolverlas como regalo. Cada día dejaba una caja en un asiento de su auto, y lo dejaba abierto. En la noche ya sus “regalos” habían desaparecido.

El primer hurto que se menciona en la Biblia es la historia de Jacob, cuando se apoderó de la primogenitura de su hermano Esaú (Génesis 27:31-36):

E hizo él también un guisado, lo trajo a su padre y le dijo: --Levántese mi padre y coma de la caza de su hijo, para que me bendiga. Entonces Isaac, su padre, le dijo: “¿Quién eres tú?” Y él le dijo: “Yo soy tu hijo, Esaú, tu primogénito”.

Entonces se estremeció Isaac grandemente, y dijo: “¿Quién es el que vino aquí, que trajo caza, y me dio y comí de todo antes que tú vinieras? Yo lo bendije, y será bendito”.

Cuando Esaú oyó las palabras de su padre, lanzó una muy grande y muy amarga exclamación, y le dijo: “Bendíceme también a mí, padre mío”. Este le dijo: “Vino tu hermano con engaño y tomó tu bendición”.

Esaú respondió: “Bien llamaron su nombre Jacob, pues ya me ha suplantado dos veces: se apoderó de mi primogenitura y ahora ha tomado mi bendición”.

El robo se condena a través de toda la Biblia. La última mención aparece en Apocalipsis 9:20-21 donde se asocia con los más despreciables pecados:

Los demás hombres, los que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos ni dejaron de adorar a los demonios y a las imágenes de oro, plata, bronce, piedra y madera, las cuales no pueden ver ni oír ni andar. No se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus robos.

El robo se condena a través de toda la Biblia.

En mi opinión, una de las más terribles historias bíblicas de hurto se encuentra en Josué 7:19-26, donde un soldado judío llamado Acán fue descubierto en un acto de desobediencia:

Entonces Josué dijo a Acán: “Hijo mío, da gloria a Jehová, el Dios de Israel, dale alabanza y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras”.

Acán respondió a Josué: “Verdaderamente yo he pecado contra Jehová, el Dios de Israel; he hecho así y así. Pues yo vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, doscientos siclos de plata y un lingote de oro de cincuenta siclos de peso, lo cual codicié y tomé. Ahora está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero está debajo”.

Entonces Josué envió mensajeros, los cuales fueron co-

rriendo a la tienda, y en efecto, todo estaba escondido en su tienda, y el dinero debajo. Lo tomaron de la tienda y lo llevaron ante Josué y todos los hijos de Israel, y lo pusieron delante de Jehová.

Entonces Josué, junto con todo Israel, tomaron a Acán hijo de Zera, el dinero, el manto, el lingote de oro, sus hijos, sus hijas, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor. Allí le dijo Josué: “¿Por qué nos has turbado? Que Jehová te turbe en este día. Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron después de apedrearlos.

Sobre él levantaron un gran montón de piedras que permanece hasta hoy. Así Jehová se calmó del ardor de su ira. Por eso aquel lugar se llama el valle de Acor, hasta hoy.

Cuando leo y estudio las instrucciones de la Biblia en cuanto al robo, me impresiona que el respeto a la propiedad ajena sea tan importante que Dios lo ha incluido en sus Diez Mandamientos. Simplemente, El nos dice que no debemos tomar lo que no es nuestro.

Esto nos lleva a una breve discusión sobre el derecho a la propiedad privada. Un verso en los Hechos de los Apóstoles presenta el problema:

La multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma. Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común (Hechos 4:32).

Al comenzar nuestra discusión sobre el octavo mandamiento debemos considerar algunas opiniones acerca de la propiedad privada. Como ejemplo está lo que Carlos Marx enseñaba. Él decía que la fuente de todo mal es la propiedad privada. Creía que cuando una persona se adueñaba de una cosa el resultado era la codicia, que a su vez se convertía en la explotación de la sociedad. Por tanto, nadie debe ser dueño de nada; todo debe pertenecer al estado. Parecido a lo que se hizo en Jerusalén en la comunidad Cristiana como contado en Los Hechos, pensaba Marx, se podrían nivelar las diferencias económicas y promover la justicia y la igualdad en el mundo.

Estas ideas de tener todo en común fueron aceptadas por muchos. En consecuencia, son varios los experimentos que se han hecho en el mundo. Recordemos una prueba socialista que tuvo lugar en América Latina en 1892.

Un periodista australiano de nombre William Lane escribió un libro que tituló *El paraíso del hombre trabajador* [The Working Man's Paradise]. Tan convencido estaba de las posiciones comunistas, que se propuso crear un paraíso para comprobar la verdad de sus ideas. No quiso hacerlo en Australia, porque decía que era muy chica. La única manera en que podría tener éxito su concepto era alejándose de toda posible contaminación con el mundo capitalista. Por tanto, escogió hacer su prueba en América Latina.

Consultó con varios gobiernos, pero ninguno se

mostró interesado en cooperar con él. Por fin, en Paraguay, el gobierno le vendió quinientas mil hectáreas ubicadas a mil quinientos kilómetros hacia el norte y cerca del Río La Plata. En aquel sitio estarían lejos de toda civilización.

De inmediato Lane llamó el lugar *Asentamiento de la Asociación Cooperativa de la Nueva Australia*. Regresó a Australia y comenzó a reclutar personas que lo acompañaran con el fin de concretar su sueño. Anunciando que esa colonia pertenecería a la comunidad, que todos serían iguales y que no habría ninguna clase de capitalismo, pudo convencer a un gran grupo de jóvenes y a otros australianos de tendencia socialista a unirse a él en el proyecto. Juntos mostrarían al mundo que realmente se podía establecer una sociedad socialista y hacerlo antes de que llegara el fin del siglo diecinueve. Llenaron un barco completo, y el 17 de julio de 1893, desde Sydney, Australia, zarparon hacia Paraguay y su supuesto paraíso.

Ni habían llegado al destino antes de que en el mismo barco comenzaran una serie de conflictos. ¿Quién iba a ser el jefe? ¿Cómo se gobernaría la colonia? ¿Quién mantendría el orden? El mismo Lane resolvió el conflicto declarándose gobernador. Sin embargo, tan pronto llegaron, en la propia colonia comenzaron los desacuerdos. Procurando establecer el orden, Lane se convirtió en un déspota. Las cosas fueron de mal en peor, y para diciembre de ese mismo año hubo una revuelta en la que expulsaron al propio creador de la

idea, a William Lane.

Determinado a que su sueño no muriera, acompañado de cuarenta y cinco adultos y doce niños, Lane halló otro sitio en Paraguay. Allí, en el año 1894, de nuevo propuso establecer otra comunidad socialista, la que llamó Cosme. Para reclutar más miembros para la comunidad, en 1896 Lane hizo un viaje a Inglaterra, pero pocos fueron los que pudo convencer, así que regresó a Cosme.

A pesar de todo el esfuerzo de Lane, poco a poco varias familias se desmoralizaron y abandonaron la comunidad. No se conformaban a tener todas las cosas en común. Se quejaban al ver que muchos se aprovechaban de los demás y no aportaban la parte que les correspondía. También protestaban por el despotismo de su líder. Finalmente el propio Lane tuvo que reconocer que tal tipo de comunidad socialista era imposible, ya que nadie quería someterse a otro a cuenta de sus egoísmos. Se dio por vencido y en 1899 regresó a Australia quebrantado de salud, en bancarrota y totalmente desilusionado.

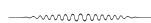
La enseñanza positiva del mandamiento

Entendemos que bajo el concepto marxista la propiedad le pertenece al estado, el cual teóricamente representa al trabajador. En el concepto capitalista la propiedad le pertenece al individuo. Sorprendentemente, la Biblia se opone tanto a las conclusiones comunistas como a las capitalistas. En un momento lo

explicaremos. Primero, debemos aceptar el hecho de que hay confusión entre la desigualdad y lo que es justicia. Es esa desigualdad la que frustra a tantos y les lleva a buscar maneras para mejorar a la sociedad.

Es cierto que la injusticia es cruel y viciosa y que debe ser combatida por todos los medios posible. Sin embargo, debemos reconocer que la desigualdad es natural. Es parte ineludible del ser humano. No todos somos iguales en capacidad, inteligencia y dotes.

Sorprendentemente, la Biblia se opone tanto a las conclusiones comunistas como a las capitalistas.



Dios nos hizo a cada uno diferente, y pensar que debemos ser iguales es incongruente con la realidad y el propósito eterno de nuestro Creador. Además, cada uno es responsable de lo que Dios le ha dado. Por tanto, adquirir lo que podemos y nos corresponde no solo es nuestro derecho, sino nuestro deber, ya que es Dios el que nos ha dado tanto las capacidades como las oportunidades.

El mejor ejemplo bíblico de lo que acabamos de decir se encuentra en las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo en Mateo 25:14-18:

Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. Asi-

mismo el que había recibido dos, ganó también otros dos. Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor.

Bíblicamente hablando, ser dueño significa ser mayordomo. Lo que tenemos es de Dios y él lo ha puesto bajo nuestra custodia. Obviamente, como nos enseña la parábola, a unos Dios les dio más que a otros. Además, nos muestra que todos tendremos que rendir cuenta un día de lo que él ha permitido que esté bajo nuestro cuidado:

Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por

tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes (Mateo 25:19-30).

Las leyes humanas dicen que somos dueños de lo que tenemos y que podemos hacer con ellas lo que nos plazca. Las leyes divinas, al contrario, nos informan que todo lo que tenemos —nuestro dinero, nuestra casa, nuestro negocio y todo lo que poseemos— pertenece a Dios. Nosotros meramente somos los mayordomos.

Factores e implicaciones en el mandato

La enseñanza es clara: No es la voluntad de Dios que tengamos lo que él no nos ha dado. Solo podemos tener aquellas cosas que Dios nos permite obtener por medios puros y honestos. Y, considerando las posibilidades, hay por lo menos cinco maneras propias por las cuales podemos obtener bienes y propiedades legítimamente:

1. Como resultado del trabajo. Se nos paga a cuenta de lo que hacemos. Esta es la manera más común.
2. Con el dinero ganado. De nuestros salarios podemos comprar las cosas que necesitamos y

queremos.

3. Por algún regalo. A veces hay amigos a los que Dios ha bendecido mucho y ellos nos hacen un regalo.
4. Por medio de una herencia. Un familiar cercano muere y, por ser destinatarios, recibimos algo de herencia.
5. Por medio de inversiones propias. Hay oportunidades para invertir en negocios legítimos y recibir los ingresos correspondientes.

Dos de estas posibilidades son mencionadas por San Pablo en Efesios 4:28:

El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad.

Pablo nos da otro detalle importante. Allí se nos declara que si deliberadamente nos mantenemos pobres y no utilizamos las habilidades y oportunidades que Dios nos da, el resultado será que no podremos ayudar a aquellos necesitados que están a nuestro alrededor cuando se nos presente la oportunidad. Así es que nuestro descuido y falta de iniciativa obviará el deseo de Dios de que ayudemos a los desafortunados y destituidos.

La enseñanza prohibitiva del mandamiento

Lo que Dios prohíbe es tomar aquello que le pertenece a otro: *No robarás*. Hace poco recibí una llamada del banco con el cual tengo una tarjeta de crédito. Me pre-

guntaron si había hecho compras en cuatro distintos establecimientos, y me los nombraron. Ninguna de esas compras eran mías, pero todas fueron hechas con el número de mi tarjeta. Alguien lo robó. Usando lo mío, procuraba aprovecharse de lo que no era suyo. Esto es lo que prohíbe este mandamiento.

Es desastroso para la integridad de una sociedad cuando su gente, en el afán de poseer, practica el robo indiscriminadamente. A que bajeza llega un país cuando la estafa, el fraude, la deshonestidad, las trampas, los cobros excesivos, las violaciones de confianza, los engaños, las pretensiones falsas, los productos fraudulentos, las contabilidades falsas, las deudas impagadas, los informes deshonestos, los reclamos falsos y cualquier otro tipo de robo (pequeño o grande) llegan a ser prácticas normales y silenciosamente aceptadas. El mal resultante se debe todo a la avaricia. Es interesante ver que Pablo les menciona a los creyentes a la avaricia como una de las cosas que *“ni aun se nombre entre vosotros”* (Efesios 5:3).

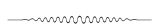
¡A qué grado de corrupción llega un pueblo cuando por tener se hace cualquier cosa, no importa lo ilegal que sea! Es indiscutible cuánto necesitamos entender lo que Dios nos quiere decir con este mandamiento. Aquí hay unos puntos adicionales.

Otros tipos de robo

Malaquías pregunta: *¿Robará el hombre a Dios?* (3:8). Muestra cuán fácil es retener ofrendas y diezmos que

le pertenecen a Dios. Es increíble que pensemos que a Dios no le importan esos robos ya que él conoce nuestras necesidades. Precisamente, porque conoce nuestra situación es que llama robo al hecho de que no reconozcamos debidamente al que es nuestro sustentador. Todo —incluso el aire que respiramos, el techo que nos cubre, la comida que nos alimenta, la ropa que nos viste, la fuerza que nos permite trabajar y la inteligencia para hacer lo que hacemos— viene de Dios. Le robamos cuando tomamos libremente de todo lo que nos da sin devolverle las ofrendas, los diezmos ni las primicias de agradecimiento que le pertenecen. Además, ¿no le estaremos robando a Dios cuando no le damos la devoción, el tiempo, el servicio y el amor que como nuestro Soberano merece?

*De muchas
maneras
podemos robarle
a una persona la
esencia de su
propio ser.*



Isaías declara: *¡Ay de los que dictan leyes injustas, y prescriben tiranía para apartar del juicio a los pobres, y para quitar el derecho a los afligidos de mi pueblo; para despojar a las viudas, y robar a los huérfanos!* (10:1-2). Cuán fácilmente

se les roba hoy la dignidad y la justicia a los indefensos y débiles. No tienen voz, no tienen voto, no tienen defensores. Solos y desamparados pasan sus días sufriendo los abusos silenciosamente.

Además, de muchas maneras podemos robarle a una persona la esencia de su propio ser. Difundiendo rumores y chismes falsos y destruyendo la reputación

de una persona. Hay tantas maneras de robarle el buen nombre a alguien. Por ejemplo, en Éxodo 22:16 leemos: *Si alguno engañare a una doncella... y durmiere con ella...* Entendemos que se trata de robarle la inocencia a un ser humano por medio de un engaño. La reputación, el carácter y el futuro entero de una mujer puede ser arruinada por tal tipo de engaño. La pena que acarreaba este delito en tiempos bíblicos era pagarle al padre la dote que le correspondía a una virgen, o casarse con ella. Hoy, tristemente, pareciera que tal tipo de robo no solo es tolerado en todas partes, sino aceptado como si fuera un derecho inalienable de los hombres.

Está, además, el robo de ideas. Tengo un pastor amigo en México que tuvo que poner la gaveta donde guardaba sus sermones bajo candado. Por tener la iglesia más grande y céntrica de la ciudad, allí ocasionalmente se reunían los líderes de las congregaciones del área. Un domingo en la mañana, luego de una reunión el sábado previo, fue a su oficina y abrió la gaveta para sacar el sermón que le tocaba predicar. Imagínese su sorpresa al descubrir que alguien se lo había robado. ¡Y los últimos en estar en la iglesia habían sido pastores! Tres veces le robaron sus sermones, obligándole a buscar manera de proteger lo suyo. No nos olvidemos que el plagio también está prohibido en este mandamiento.

Y cabe recordar que crucificaron a Jesucristo junto a dos ladrones, uno a la derecha y el otro a la izquierda

(Lucas 23). Uno de ellos se burló de Jesús, el otro reprochó al que se burló, diciendo: *Nosotros a la verdad justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos, mas este ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas a tu reino.* Nuestro Salvador, siempre atento al que de él buscaba perdón —pese a sus hechos y sus pecados— respondió: *De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.*

Para este pecado de robar, igual que para todo lo malo que hemos hecho, hay perdón. ¡Gracias a Dios por tan grande Salvador!

Una palabra final. ¿Cuál es el remedio que la Biblia nos da a esta terrible tendencia de tomar lo que no es nuestro? *La piedad acompañada de contentamiento* (1 Timoteo 6:6) es la respuesta. Debemos estar complacidos con lo que Dios nos ha dado. ¡Qué bueno ha sido! Esto no quiere decir que dejemos de buscar mejoras—para eso Dios nos ha dado capacidades y oportunidades—, pero no debemos quejarnos. Contentamiento acompañado de piedad significa que reconocemos todas las bondades de Dios a nuestro favor. Por tanto, como dice Hebreos 13:5, *Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora.* En lugar de querer y de robar lo que no es nuestro, vivamos conscientes de que *la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee* (Lucas 12:15). Pongamos nuestra mirada en las cosas que tienen mucho más valor y son eternas.

EL NOVENO MANDAMIENTO

No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.

“¿Jura decir la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad?”

Con estas palabras una persona pasa al estrado del testigo en una corte.

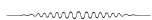
¿Podría usted hacer tal juramento?

NO HAY duda de que la intención de este noveno mandamiento es que no solo ante un tribunal, sino que en todo lugar y bajo toda circunstancia, se diga la verdad. Como veremos, tras el mandamiento hay toda una serie de requisitos demandándonos repudiar la mentira y hablar solo la verdad.

Pocos hacemos caso a esta demanda, puesto que la mentira nos parece fácil y la verdad más comprometida. Encuestas que se han hecho nos informan que

el noventa y uno por ciento de nosotros mentimos todos los días; y algunos mucho más que una vez al

*La mentira ha
llegado a ser
parte normal de
nuestra forma de
comunicarnos.*



día. La mentira ha llegado a ser parte normal de nuestra forma de comunicarnos.

Por ejemplo —aunque lo digamos como chiste— se nos dice que las siguientes son las mentiras más comunes de los hombres:

- Te voy a amar toda la vida.
- Nunca te fui infiel.
- Te juro que no te estoy mintiendo.
- Por ti dejo todo.

Y que estas son las cuatro mentiras clásicas de la mujer:

- ¿Enojada yo? Para nada.
- Te quiero por lo que eres, no por lo que tienes.
- Claro que te perdono, si ya se me había olvidado.
- Te lo diré en pocas palabras.

¿Qué queremos decir con mentira?

Cuando hablamos de la mentira incluimos las exageraciones, las verdades a medias, las falsificaciones, las evasiones, los subterfugios, las falacias, la ambigüedad, las maquinaciones, el prevaricato, el doblez, los inventos, las tergiversaciones, las verdades coloreadas y barnizadas y aun las llamadas mentiras piadosas. Dice Proverbios 12:22: *Los labios mentirosos son abominación*

a Jehová. En Proverbios 6:16-17 se presentan siete cosas que el Señor detesta, entre ellas se encuentra *la lengua mentirosa*.

En un sentido podemos decir que mentir es peor que robar: el ladrón ordinariamente se lleva cosas que pueden ser repuestas, mientras que el mentiroso crea injusticia, desconfianza y miseria, cosas que pueden durar toda una vida. Pablo pide: *No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre* (Colosenses 3:9). Y san Juan nos recuerda que fuera del cielo están *los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todo aquel que ama y hace mentira* (Apocalipsis 22:15).

Mentiras destructivas

Toda mentira es mala. El que miente por costumbre se autodesacredita. Pero, ¿qué acerca de la persona que miente con la intención de destruir el carácter o la reputación de otra persona? El tal hace un daño irreparable. Es igual a aquellos que falsamente acusaron a nuestro Salvador de glotonería, de blasfemia, de estar endemoniado, de sedición contra Roma, acusaciones que a fin de cuentas fueron usadas en su contra cuando le llevaron ante Pilato para ser crucificado. Y luego de la crucifixión inventaron más mentiras para seguir desacreditándolo: pagaron a los guardias en la tumba para que dieran un informe falso; mintieron diciendo que su cuerpo había sido robado por los discípulos, etc.

Tengo a un pastor amigo que tuvo que dejar el ministerio debido a acusaciones viciosas y falsas que varios miembros de la congregación levantaron contra él como revancha, porque les había reprendido por pecados comprobados en las vidas de ellos. Mentir para arruinar a una persona es muy parecido a asesinar. Podemos destruir una vida y un ministerio, y es nuestra malicia lo que motiva esa mentira.

En cada pueblo, en cada comunidad y en cada iglesia se encuentran los chismosos. No hay persona que esté fuera del alcance de esas lenguas venenosas. Como dice Santiago 3:6-9:

Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno.

Toda naturaleza de bestias, de aves, de serpientes y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal.

Con ella bendecimos al Dios y Padre y con ella maldicimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios.

Con los labios se puede cuestionar la fidelidad de una esposa y con los labios esconder la verdad. ¿Cuál es el resultado cuando la verdad se descubre? Cuando

acusaciones se basan en mentiras, el mentiroso pierde toda su credibilidad. ¿Quién puede volver a confiar en lo que se dice? Sin la confianza no existe ese pegamento necesario para una relación duradera. *El testigo falso no quedará sin castigo, y el que habla mentira no escapará* (Proverbios 19:5).

Mentiras que justificamos

A veces, por compasión, llamamos bello a lo feo. Digamos que vamos de visita al hogar del vecino porque le acaba de nacer un bebé. Entramos a la casa y miramos a la criatura. La carita nos hace recordar a Churchill, pero exclamamos: “¡Qué hermoso, qué bebé más lindo!”, no importa que tenga un rostro que solamente una madre podría amar. Es cierto que la belleza depende de los ojos con que se mira, pero hay palabras y adjetivos que se pueden usar para expresar nuestro sentir sin recurrir a la mentira. Nos dice Dios: *De palabra de mentira te alejarás* (Éxodo 23:7). No recurramos a la mentira descuidadamente cuando podemos decir la verdad sin ofender.

Hay casos en que la vida de una persona está en juego y la mentira ha servido para salvarlas. Quizás el caso bíblico más conocido sea el de Rahab. Veamos lo que una mentirosa y además prostituta hizo por el pueblo de Dios:

Josué hijo de Nun envió desde Sitim dos espías secretamente, diciéndoles: Andad, reconoced la tierra, y a Jericó. Y ellos fueron, y entraron en casa de una ra-

mera que se llamaba Rahab, y posaron allí. Y fue dado aviso al rey de Jericó, diciendo: He aquí que hombres de los hijos de Israel han venido aquí esta noche para espiar la tierra. Entonces el rey de Jericó envió a decir a Rahab: Saca a los hombres que han venido a ti, y han entrado a tu casa; porque han venido para espiar toda la tierra. Pero la mujer había tomado a los dos hombres y los había escondido; y dijo: Es verdad que unos hombres vinieron a mí, pero no supe de dónde eran. Y cuando se iba a cerrar la puerta, siendo ya oscuro, esos hombres se salieron, y no sé a dónde han ido; seguidlos aprisa, y los alcanzaréis. Mas ella los había hecho subir al terrado, y los había escondido entre los manojos de lino que tenía puestos en el terrado (Josué 2:1-6) ... Os ruego pues, ahora, que me juréis por Jehová, que como he hecho misericordia con vosotros, así la haréis vosotros con la casa de mi padre, de lo cual me daréis una señal segura; y que salvaréis la vida a mi padre y a mi madre, a mis hermanos y hermanas, y a todo lo que es suyo; y que libraréis nuestras vidas de la muerte. Ellos le respondieron: Nuestra vida responderá por la vuestra, si no denunciareis este asunto nuestro; y cuando Jehová nos haya dado la tierra, nosotros haremos contigo misericordia y verdad. Entonces ella los hizo descender con una cuerda por la ventana; porque su casa estaba en el muro de la ciudad, y ella vivía en el muro (2:12-15) ... Y caminando ellos, llegaron al monte y estuvieron allí tres días, hasta que volvieron los que los perse-

guían; y los que los persiguieron buscaron por todo el camino, pero no los hallaron. Entonces volvieron los dos hombres; descendieron del monte, y pasaron, y vinieron a Josué hijo de Nun, y le contaron todas las cosas que les habían acontecido (6:22-23).

Pero, ¿quién es esa mujer? Veamos lo que nos dice el evangelista Mateo:

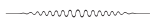
Salmón engendró de Rahab a Booz, Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isaí (Mateo 1:5).

Y más aun, el apóstol Santiago la ratifica como sierva de Dios y justificada por la fe:

Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? (Santiago 2:25).

Es cierto que cuando uno se propone decir la verdad siempre se levantan situaciones en las que, para proteger la vida o la salud de una persona hay que disimular. Hay malvados en este mundo que, si uno no encubre la verdad, la usan para capturar a los inocentes, torturarlos y hasta matarlos. Este tipo de decisión la tuvo que tomar Corrie ten Boom durante la Segunda Guerra Mundial en Alemania. Tuvo que encubrir la verdad, pero sus esfuerzos salvaron las vidas de docenas de

*Hay malvados
en este mundo
que, si uno no
encubre la ver-
dad, la usan
para capturar a
los inocentes,
torturarlos y
hasta matarlos.*



judíos que Hitler buscaba para asesinar. Era una situación algo parecida a la historia que acabamos de

contar de Rahab. Pero pese a la decisión, uno sigue preguntándose: ¿Cuadran esas falacias y maquinaciones con este noveno mandamiento?

En principio podemos decir que sí, porque buscamos el bien del prójimo, ya que si no encubrimos la verdad los inocentes seguramente sufrirían muerte. Mi opinión es que cuando disimulamos la verdad con amor —aun cuando si la contásemos probablemente traería la misma muerte—, entonces preservamos el espíritu del mandamiento que tiene como fin hacer lo correcto. Pero no importa, en tales casos tenemos que decidir entre dos males: una mentira o la posible destrucción de una vida. No podemos aceptar el dicho: “El fin justifica el medio”. Tal salida se presta a un sin fin de errores. Decir una mentira, sea cual sea la razón, siempre será pecado puesto que Dios lo prohíbe. Aunque por salvar una vida digamos una mentira, requiere confesarla ante Dios y pedir su infinito perdón. ¡Señor, Dios nuestro, líbranos de tener que hacer este tipo de decisiones!

¿Por qué mentimos?

Hay dos razones básicas, y una no tanto, que nos llevan a mentir. La primera es la malicia, la otra es el orgullo. La que no es tan básica la podríamos clasificar bajo el término de mentiras convenientes o habituales. Es decir, una persona se acostumbra tanto a mentir que ni se le ocurre decir la verdad. La consecuencia de tal conducta es que pierde la confianza de los

demás. Pero llega el momento en que no se le cree cuando dice la verdad.

Jesucristo nos dijo: *Sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede* (Mateo 5:37). Y añade: *De toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio* (Mateo 12:36). San Pablo también condena las *contiendas, maledicencias y murmuraciones* entre los cristianos.

Cuando mentimos para ponernos a buena luz, eso es orgullo. En este caso la lengua dice falsedades para presentarnos lo mejor posible. La tendencia es exagerar la verdad cuando escribimos nuestra página de vida; contamos en la iglesia experiencias que nunca ocurrieron para lucir exitosos o más espirituales; hablamos de visiones y palabras del Señor cuando estas, en realidad, son inventadas; decimos que recibimos una canción directamente del Señor cuando sabemos que ese no fue el caso. Todo haciéndose para que la gente nos celebre. Dice el apóstol Pablo: *Digo pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno* (Romanos 12:3).

Es muy fácil cometer el pecado de Ananías y Sáfira, pretendiendo haber hecho algo excepcional con el fin de recibir los aplausos de los hombres. Por ejemplo, antes de obtener mi doctorado, ya algunos amigos muy queridos me estaban doctorando cuando me presentaban ante algún público. Tuve que apresurar mis

estudios para recibir el grado lo antes posible para sentirme cómodo ante aquellas atribuciones inexactas.

Mi amigo, el doctor Stuart Briscoe, dice que hay tres maneras en que torcemos la verdad: *mentiras destructivas*, cuyo fin es dañar a otros; *mentiras defensivas*, contadas para exculparnos de un mal que hemos cometido; y *mentiras defectivas*, aquellas en las que solo se dice media verdad con el fin de evitar que salga toda a la luz. Es así que mentimos con el fin de alardear, ya que queremos la estima de los hombres; mentimos con el fin de ocultar una verdad que nos desacreditaría; y finalmente estiramos la verdad, la exageramos y manipulamos para que otros crean que somos lo que no somos. El gran problema lo tenemos cuando se descubre la verdad.

La consecuencia de la mentira

Mi vida comenzó con una mentira en las afueras de Placetas, Cuba, donde nací. Mi padre, Elmer Thompson, junto con Bartolomé Lavastida, fundaron lo que llegó a conocerse como el Seminario Los Pinos Nuevo, allá en la manigua cubana, a seis kilómetros de la ciudad de Placetas. En una casa sencilla con paredes de madera y techo de tejas y al lado de una gran ceiba, mi madre, Evelina MacElheran de Thompson, me dio a luz. Aquella casa ya no existe; allí solo hay pasto rodeado de flores, rosas, si mal no recuerdo. He amenazado a mis colegas cubanos con montar una estatua en ese lugar en memoria de lo que, por lo menos para

mí, parece haber sido un importante acontecimiento histórico digno de un memorial.

Sea como sea, ese nacimiento dio a luz no solo a mí, sino a una gran mentira. Resulta que esa comunidad estaba bajo la municipalidad de la pequeña ciudad de Camajuaní. Allí era donde le tocaba a mi papá registrar mi nacimiento. Pero para llegar de Los Pinos Nuevos a Camajuaní no había carretera, se tenía que ir a caballo, un viaje incómodo de unos veinticinco kilómetros. Así fue que mi padre encontró un taxi que lo llevara a la ciudad de Placetas, a solo seis kilómetros, en cuya jefatura se propuso registrar mi nacimiento.

Contestando las breves preguntas que le hicieron, y llenando el documento jurídico, declaró falsamente que Leslie James Thompson MacElheran había nacido en Placetas. (De paso, no tengo la culpa de que me hayan llamado Leslie, nombre normalmente reservado para mujeres; además, este no es el lugar para comentar las veces que por teléfono, en oficinas médicas, de gobierno, aun en el seminario, etcétera, me hayan echado a un lado en busca de una dama.) Eso es otra historia.

El caso es que papá mintió. Años más tarde me contó las consecuencias: “Hijo”, me dijo, “Dios no me dejó tranquilo debido a aquella mentira. Yo había ido a Cuba entrenar jóvenes para predicar la verdad de Dios, y aun yo mismo andaba en falsedades. ¿Qué clase de ejemplo era yo? Por eso Dios me castigó. Mi lengua comenzó a inflamarse. Al principio pensé que era algo insignificante. Pero la inflamación aumentó; y

a tal punto que luego de varios días no podía hablar ni comer. Me di cuenta que era un castigo de Dios por esa mentira que dije acerca de ti.

“Llegó el momento en que, sufriendo con un dolor terrible en la boca, supe que tenía que confesar mi pecado y arreglar la cosa. Tomé un caballo y me fui a Camajuaní. Como no podía hablar, tuve que explicar la razón de mi visita por escrito. Allí registré tu nacimiento correctamente y les pedí perdón por mi intención engañosa. De Camajuaní fui a Placetas. De nuevo tuve que explicar mi visita, por escrito, y pedirles perdón por mi mentira. Como mi boca estaba tan inflamada, ellos pudieron ver que algo raro me había sucedido. Les expliqué que lo que sufría era castigo de Dios por lo que hice.

“Hijo, puedes estar seguro de que ellos quedaron muy impresionados. No habían visto algo parecido, y no podían creer que por una mentira Dios me hubiera castigado tan severamente. Al próximo día de haber confesado mi pecado y pedido perdón, toda la inflamación desapareció. Pero lo más relevante fue que aquellos representantes del gobierno se abrieron no solo para oír el evangelio sino también para creerlo. La experiencia me sirvió para que de ahí en adelante siempre dijera la verdad”.

Y también me sirvió a mí. Pueden estar seguros que a consecuencia de eso le he temido la mentira y he procurado siempre decir la verdad. Como dice el apóstol: *Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca,*

sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes (Efesios 4:29).

En busca de una cura

Puesto que es tan fácil recurrir a la mentira, ¿dónde podemos encontrar la medicina para curarnos de este mal? A mí me han ayudado dos cosas: primero, reconocer que Dios es un Dios de verdad y que nunca me miente. Dice Números 23:19: *Dios no es hombre para que mienta*. Tito 1:2 habla de la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no puede mentir, prometió antes del principio de los siglos. 1 Samuel 15:29 declara: *el que es la gloria de Israel no mentará*. Y 1 Juan 1:5 indica: *Dios es luz, y no hay siquiera una sombra de tinieblas en él*. Si yo soy su hijo, debo ser lo más parecido a él que sea posible. Es totalmente incongruente que como un hijo suyo sea mentiroso.

La segunda cura la encuentro en Efesios 4:17-25 que dice:

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la

pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.

Aprendo a decir la verdad al reconocer que Jesucristo me ha redimido de aquel mundo en el que la mentira es una norma. Ya no pertenezco a ese ambiente,

*Aprendo a decir
la verdad al
reconocer que
Jesucristo me ha
redimido de
aquel mundo en
el que la mentira
es una norma.*



ahora pertenezco al mundo de la verdad. Como hijo de Dios me corresponde ser enseñado por él a no sólo reconocer la verdad, sino a vivir en ella.

Renuevo, por el poder de Jesucristo, mi mente. Esto ocurre cuando deliberadamente me apropio de las nuevas vestimentas que me pertenecen como hijo de Dios. Es un ropaje que se distingue del viejo porque ahora deslumbra justicia, santidad y verdad. La mentira no cabe en tal uniforme.

Desecho la mentira porque ahora la verdad es lo que se acostumbra entre aquellos que caminan con Dios. Hay una hermandad que demanda que en todo reluzca solo la verdad. En nuestro Dios solo hay verdad; en él no hay ni siquiera una pequeña sombra de tinieblas. Y los que son sus hijos reflejan esa gloriosa característica.

EL DÉCIMO MANDAMIENTO

10

No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

Deténgase un instante y pregúntese: “¿Qué es lo que más deseo?”

La vida parece ser una secuencia de deseos, unos malos otros buenos.

Ya que son tantos y tan variados, ¿cómo escojo?

ESTE MANDAMIENTO regula nuestros deseos. Hace una distinción entre lo que es nuestro y aquello que le pertenece a otro. No es que sea malo desear una casa, o una esposa, o siervos, o animales u otras posesiones. El mal radica en desear tales cosas al grado que busquemos maneras de quitárselas al que lo tiene. Nos daremos cuenta de que, a diferencia de las acciones específicas como las que hemos estudiado — asesinar, robar y mentir—, este mandamiento tiene

que ver con la mente, con nuestros pensamientos, con nuestros deseos y con nuestros sentimientos.

Las cosas materiales nos son sumamente importantes. Mientras menos tenemos más queremos. Recuerdo muy bien un incidente entre Carolina y yo debido a las pocas cosas que teníamos cuando nos casamos.

*Mientras menos
tenemos más
queremos.*



Yo vivía y trabajaba en Costa Rica. Para casarme —eso fue en agosto del año 1962—, viajé al estado de Washington, a la ciudad de Bellingham, donde me reuní con aquella mujer que me había robado el corazón. Muchos amigos nos dieron regalos el día de la boda, los cuales empaquetamos en un baúl para el viaje de regreso a San José. Ni Carolina ni yo nos fijamos mucho en lo que habíamos recibido; estábamos totalmente absortos en el amor tan rebotante que sentíamos. No fue sino hasta que llegamos a Costa Rica que cobró importancia aquel baúl lleno de regalos.

Antes de seguir necesito hacer una aclaración. Cuando salí de Cuba en el verano de 1960, llevé conmigo a Costa Rica a una pareja cubana, Juan y Nenita Rojas (Juan trabajaba como mi asistente). Ellos, igual que yo, tuvieron que dejar todas sus pertenencias en Cuba debido a las leyes revolucionarias impuestas por Fidel Castro. Como yo estaba solo (en 1959 mi primera esposa murió dando a luz a nuestro tercer hijo, y los tres estaban con mi hermano y mi cuñada en

Cuba), mis necesidades eran pocas. No así con Juan y Nenita. Ellos tuvieron que comenzar a rehacer su hogar. Con el sueldo misionero que recibían, les era muy difícil comprar las cosas hogareñas que necesitaban.

Ya pueden adivinar lo que ocurrió cuando abrimos aquel baúl. Había invitado a Juan y a Nenita a venir a la casa no sólo para conocer a Carolina, sino para ver lo que nuestros amigos nos habían regalado. Allí en la sala de la casa que Carolina y yo habíamos alquilado, abrimos el baúl. Vimos que nuestros amigos en Bellingham nos regalaron toda clase de cosas necesarias para armar un hogar nuevo: toallas, sábanas, manteles, platos, cubiertos, calderos y cosas de cocina. Alegre por los regalos y consciente de las necesidades que tenían Juan y Nenita, sin pensarlo comencé a sacar las cosas. “Esta toalla es para ustedes”, les dije a Juan y a Nenita, “y esta es para nosotros”. Para sorpresa total de Carolina, comencé a dividir todos los regalos, mitad para los Rojas, mitad para nosotros.

Mi recién casada esposa —Dios la bendiga— no dijo nada, aunque yo podía notar por la expresión en su cara que lo que hacía le parecía un misterio. Después de todo, ella no conocía nada de los Rojas, solo que trabajaban conmigo. Ahora veía que yo estaba regalando la mitad de todas las cosas nuevas y bonitas que recién nos habían regalado. El hecho de que no me pidió el divorcio allí mismo lo tendré que atribuir al gran amor y confianza que sentía por mí. Luego me confesó que suponía que me portaba tan generoso

porque esa era la costumbre de los misioneros con sus ayudantes. Por eso cortésmente no dijo nada. Pero después que se fueron los Rojas comenzó la inquisición. ¿Qué es esto que has hecho? ¿Cómo te atreves a regalar lo que era mío? ¿Por qué no me avisaste? ¡No tenías el derecho de hacer eso así sin decírmelo primero!

Confieso que lo que hice no fue una de las mejores tácticas para iniciar mi matrimonio, fue una acción muy machista. (Por suerte, ya había pasado la luna de miel.) Lo interesante ocurrió cuando, como explicación del porqué de aquella actuación, llevé a Carolina a ver dónde y cómo vivían Juan y Nenita. Al ver la escasez que padecía aquella pareja amiga, creo que Carolina les hubiera regalado de corazón todo el contenido del baúl.

Por decirlo así, invertimos totalmente la enseñanza de este mandamiento. En vez de codiciar lo que nuestros queridos amigos nos regalaron, mi querida Carolina comenzó su vida de casada dando y regalando a los que no tenían nada.

Obviamente, esa es la intención de este mandamiento. Contrario a lo que piensa la mayoría, que es en la abundancia de cosas poseídas en lo que se encuentra la felicidad, este mandamiento nos hace conscientes de que *la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee* (Lucas 12:15).

¿Qué hay de malo en querer poseer y triunfar?

Hagámonos cuenta que desear tener posesiones no es pecado. Así, con deseos innatos, nos hizo Dios. Como ya indicamos, desear una esposa, una casa, un auto, muebles bonitos, una computadora, un televisor *plasma*, hijos, tener dinero en el banco y seguridad para el futuro, son instintos naturales que Dios nos da. Pero para saber controlar ese instinto necesitamos comprender algunas cosas. Primero, como ya hemos observado, no somos dueños de nada. Dios es el dueño de todo. Usted y yo somos sencillamente mayordomos de lo que Dios decide colocar en nuestras manos.

En segundo lugar, está el requisito divino de que con el sudor de nuestra frente obtengamos las cosas, recordando que es Dios quien nos da la inteligencia, capacidad, fuerza y oportunidades para conseguirlas. Dice el Salmo 128:2: *Cuando comieres el trabajo de tus manos, bienaventurado serás*. En Proverbios 28:20 leemos: *El hombre de verdad* (la palabra hebrea es *emunah*, que significa estabilidad, lealtad, consistencia) *tendrá muchas bendiciones, mas el que se apresura para enriquecerse no será sin culpa*. Cuando los deseos de poseer nos hacen actuar ilegítimamente y nos instigan a robar y adueñarnos a la fuerza de lo que no es nuestro, violamos este mandamiento.

¿Se acuerdan de Condorito y cómo le comentaba a la suegra: “Soy pobre, pero honrado”? La idea es que no se puede ser rico honradamente, otra conclusión

falsa. Testigos de lo errado de tal concepto hay muchos en la Biblia, por ejemplo: Abraham, Isaac, Jacob y Job. Tomemos a unos de ellos, a Job. Dice la Biblia que era *perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal* (Job 1:1 y 2:3). Lo que tenía no venía a consecuencia de su codicia, sino como fruto de su honestidad y trabajo diligente. Ese esfuerzo es lo que Dios bendice. Es cuando queremos riqueza sin trabajo, posesiones sin el sudor de la frente que llegamos a ser víctimas de la codicia.

Tampoco es pecado querer tener éxito. Recordemos que cuando el mismo Dios hizo sus obras en la creación, miró todo lo que había hecho y dijo que era un éxito —*era bueno en gran manera* (Génesis 1:31). El deseo del éxito es parte de haber sido creados a imagen de Dios. San Pablo les contaba a los filipenses que luchaba *para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado* (2:16).

Se aprecia este deseo sencillamente por el temor tan grande que cada uno de nosotros tenemos al fracaso. ¿Será por ese temor que muchos no se lanzan a aventurarse? Como cristianos asumimos que Dios nos dio vida porque tenía algún propósito para nosotros, pero al no lanzarnos para descubrir cuál es ese propósito vivimos vidas insípidas y sin sentido. ¿Será por temor al fracaso que no nos atrevemos a lanzarnos en fe para encontrar ese propósito divino?

Cuando Dios nos creó nos dijo: *Fructificad y mul-*

tiplicaos, llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra (Génesis 1:28).

Dios nos hizo para producir, para sojuzgar, para señorear y para ser de bendición en este mundo. Ese impulso para desear, para hacer y para lograr viene de Dios, por lo cual no es pecado. Se convierten en

pecado cuando esos deseos y logros vienen debido a manipulaciones, engaños, dolor y el sufrimiento de otros.

*Ese impulso
para desear,
para hacer y
para lograr
viene de Dios,
por lo cual no
es pecado.*



¿Cómo describir la codicia?

Entretenemos nuestra vista con el esplendor de las cosas que vemos, nuestros oídos se aturden por las cosas que oímos, nuestra garganta se estrangula con solo pensar en los banquetes que apetecemos, nuestras energías se agotan persiguiendo las cosas que deseamos poseer, y nuestras mentes se atormentan por el monto de cosas que nuestra imaginación sigue prometiéndonos. Además, en medio de toda esa incansable búsqueda de más y más cosas, una apacible voz susurra con insistencia: *La vida no consiste en la abundancia de las cosas que poseemos*. A pesar de esa voz, a pesar de ese recordatorio, nuestra búsqueda por más y más cosas puede sumirnos en el peligro mortal de la codicia.

Hay una historia en el Antiguo Testamento (1 Reyes 21) que nos describe la codicia. Tiene que ver con el rey Acab que vivió hace casi tres mil años. Paseándose un buen día por su vecindario, este rey vio una finca extraordinaria. La fruta en los árboles, los jardines llenos de flores, las siembras hermosas en el campo, la cría espléndida de ganado y ovejas, el diseño y arquitectura de las viviendas era toda una maravilla. Acab se llenó de envidia porque, a pesar de ser el rey de Israel, las fincas suyas no eran nada en comparación. Codiciaba de todo corazón aquella tierra.

Así que se enteró de que su dueño era un hombre llamado Nabot. En cuanto pudo, Acab fue a visitarlo y le hizo una oferta generosa. Pero Nabot se negó a aceptarla. A ningún precio estaba dispuesto a vender a su posesión. Le explicó al rey que ese terreno había estado en manos de la familia desde los días de Josué, que sus antepasados con la ayuda de Dios la habían conquistado de los amorreos. Vender esa finca significaría no solo traicionar a sus ancestros sino también a Dios, que en su misericordia se la había dado.

Acab, lleno de codicia, no podía dormir. Perdió su apetito. El día lo pasaba soñando de lo que haría una vez que la finca fuera suya. Cuando la reina Jezabel encontró al rey decaído y deprimido, le preguntó la causa. Dándose cuenta de que un sencillo ciudadano era el culpable de causarle tanto dolor al rey, ella decidió actuar. Encontró a dos malvados que por dinero estuvieran dispuestos a dar testimonio falso. Inventar-

ron una acusación blasfema contra Nabot. Dijeron que no solo había blasfemado a Dios, sino también al rey. Un juez corrupto lo condenó a muerte, y sin pagar un centavo el rey Acab malvadamente se hizo dueño de lo que no era suyo.

Es interesante notar que la codicia del rey produjo (1) falso testimonio, (2) un asesinato, (3) el robo, (4) y una propiedad que no era suya; cuatro mandamientos rotos. Como dijo el profeta Miqueas: *Codician las heredades y las roban, y las casas, y las toman, oprimen al hombre y a su casa, y al hombre y a su heredad* (2:2).

Muy parecido fue el caso del rey David. Desde su balcón vio a la hermosa Betsabé bañándose. Le cautivó su belleza y la codició. Usando su poder como soberano, la mandó a buscar, la sedujo y se acostó con ella. Varios días más tarde, cuando supo que estaba encinta, mandó a buscar a su esposo Urías con el fin de hacer parecer que el embarazo era legítimo. Pero como buen soldado que era, Urías rehusó ir a su casa y disfrutar de los placeres hogareños mientras el resto del ejército combatía al enemigo. David, en vez de celebrar la honradez de ese fiel soldado, decidió que para encubrir su pecado tendría que eliminarlo. Mandó a que lo pusieran al frente de la batalla donde la ferocidad de la lucha garantizara su muerte. Una vez muerto, David se casó con la viuda, pensando con ingenuidad que había encubierto su pecado.

Como nos pasa a muchos, David no contó con Dios, que había visto cada detalle y se había fijado en

cada paso. Fue cuando el profeta Natán vino a visitarlo y le contó la historia del hombre rico que quiso robarle la ovejita a un pobre ciudadano que David, airado, preguntó por el nombre de aquel abusador. Natán le dijo: “¡Tú eres el hombre!” David, en ese momento, supo que su secreto fue descubierto, que según las leyes de Israel merecía ser apedreado, que solo podía apelar a la misericordia y el perdón de Dios.

En resumen, David —gran héroe, afable, sabio y amado rey— codició, adulteró, asesinó y engañó. Quebrantó cuatro de los mandamientos divinos. Pero aun más: hasta el día de hoy queda expuesto ante el mundo entero esa gran mancha sobre su vida e historia.

¿Y qué pasa con nuestras codicias? Por ser pobres no creamos que no nos afecta la codicia. Se ha comprobado que algunos de los más codiciosos, los que más dinero y posesiones quieren, son los más pobres de la tierra. ¡Cuántas mentiras, robos, y homicidios se cometen todos los días debido a la codicia, no importa la comunidad, sea esta rica o pobre! Cuán ciertas son las palabras de 1 Timoteo 6:10: *Porque el amor al dinero es raíz de toda clase de males, y hay quienes, por codicia, se han desviado de la fe y han llenado de sufrimiento sus propias vidas.* Por dinero no hay crimen que no se cometa. Vale también recordar que a veces son aquellos que han sido bendecidos con grandes riquezas los que más generosos son.

Una advertencia en cuanto a algunos religiosos

La codicia se encuentra donde quiera que hay seres humanos. Los noticieros a veces parecen llenarse con este tipo de información. A cuenta de la codicia caen los ricos igual que los pobres, caen los santos y caen los impenitentes. Nos advierte 2 Pedro 2:3 que aparecerán dentro de la iglesia maestros que resultarán ser falsos. *Estos, llevados por la avaricia, los explotarán a ustedes con palabras engañosas.*

Dos de estos falsos predicadores, llenos de avaricia, llegaron hace unos años a la ciudad de Bogotá. Prometieron que a los que les dieran ofrendas Dios les multiplicaría ese dinero. Por ejemplo, si daban cien dólares, Dios les devolvería mil. Como fueron disfrazados de predicadores y usaban textos de la Biblia, los creyentes ingenuos creyeron sus palabras. Después de todo, ¿quién no quiere más dinero? Estos que se proclamaban evangelistas sin vergüenza declaraban que la hora de la visitación de Dios había llegado a Bogotá, y que cada creyente se apresurara para dar su dinero y ver la milagrosa multiplicación por parte de Dios.

La gente sacó sus ahorros del banco. Algunos hasta hipotecaron sus casas, otros vendieron sus autos con la esperanza de esa prometida multiplicación. El caso es que esos dos señores —vestidos de evangelistas— fueron acusados de fraude por la prensa local, y tuvieron que salir huyendo de Bogotá. Según el periódico, se llevaron dos millones de dólares de regreso a Brasil. Además, aclaró la prensa, que ni un solo dólar

le fue multiplicado a nadie. Lo que multiplicaron estos estafadores fue el dolor, el llanto, el sufrimiento y la necesidad a miles de cristianos que confiadamente cayeron en la trampa. Recuerden que para bendecirnos Dios no necesita nuestro dinero. Él no es un Dios pobre y necesitado que actúa si nosotros le damos dinero.

Y mucho cuidado con los explotadores que llegan vestidos de evangelistas, que citan la Biblia y hacen promesas, pero en realidad están llenos de codicia, como nos advirtió Pedro. Téngalo bien en cuenta, a ellos no les importa a quiénes engañan. Los que vienen con la verdad son aquellos que ponen a Dios y su reino en primer lugar —no al dinero— y nos enseñan a confiar en la habilidad de Dios para suplir todas nuestras necesidades: *Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas* (Mateo 6: 33).

Confusión entre el *querer* y la *necesidad*

Vivimos en días en que al hombre se le ofrece toda clase de extravagancias. Al parecer, se ha inventado algo exótico para complacer cada uno de nuestros deseos. No solo existen innumerables productos, sino que cada uno es respaldado por una publicidad experta. Ventilan esos productos ante nuestra vista y los hacen parecer como cosas tan deseables que si no las poseemos nuestra vida será incompleta y miserable. Créalo, la misma publicidad está diseñada para crear

codicia. Si no aprendemos a diferenciar entre lo necesario y lo deseable, terminaremos en la bancarrota. Para comprender lo que ha pasado en nuestro mundo, hagamos un poco de historia.

Hace cien años nuestros abuelos vivían muy bien sin automóviles, sin teléfonos celulares, sin televisores, sin electricidad y sin toda esa avalancha de productos e inventos que hoy nos rodean. Desde que Henry Ford, en 1908, inventó su fábrica y comenzó a producir su Ford Modelo T en cantidades, el mundo ha sido

*Créalo, la misma
publicidad está
diseñada para
crear codicia. Si
no aprendemos
a diferenciar
entre lo
necesario y lo
deseable, termi-
naremos en la
bancarrota.*

convulsionado con cualquier clase de inventos para complicarnos la vida. Cuando esos productos no existían, nadie los deseaba y, por lo que leemos de la gente que vivía en aquellos tiempos, todos parecen haber sido felices. La pregunta que debemos hacernos es: De todos estos inventos, ¿cuáles son los que realmente necesito y cuáles son aquellos que son meramente deseables? Para ponerlo en el lenguaje de hoy, ¿basta con un televisor ordinario o necesitamos uno de plasma?

Cuando era niño, allá en Cuba, no teníamos ni luz eléctrica. A mí me gustaba leer y devoraba cuantos libros podía encontrar. Ahora me maravillo al recordar que los leía perfectamente bien a la luz de una lámpara de aceite. Por supuesto, la luz eléctrica nos con-

vierte la noche en día. No voy a regresar a las lámparas de aceite, ya que puedo tener electricidad. Pero lo que quiero decir es que lo que antes era un lujo hoy, si no nos cuidamos, se convierte en una necesidad.

Cien años atrás se viajaba en un coche tirado por caballos. Hoy la vida se hace mucho más fácil con un automóvil. El problema es que no nos satisface un simple carrito que funcione eficientemente, queremos un Mercedes Benz. Convertimos los lujos en necesidades. Hoy día se casa una pareja y parecen no estar satisfechos con vivir solo del amor, tienen que tener su casa completamente amueblada con todos los aparatos posibles, incluso sonido de alta fidelidad. Parece que se piensa que solo entonces se puede disfrutar del amor.

Hace unos años visité a Cuba. Regresé no solo al lugar donde nací y me crié, sino que entré a mi primera casa. ¡Qué chiquito me parecía todo! En los dormitorios escasamente cabía una cama. La sala, recuerdo, solo era adornada con unas sillas, no teníamos dinero para comprar un sofá. En la cocina había un pequeño armario, y no necesitábamos más porque nuestros utensilios cabían en una gaveta. Como me acostumbré a tener mucho más, me era curioso recordar lo feliz que estábamos en aquella casa. Mientras caminaba por aquel viejo sitio recuerdos hermosos, como si fueran una película en tres dimensiones, llenaban mi mente. Me pregunto: ¿Por qué será que nos complicamos la vida con tantas cosas? Allí, frente a aquella pequeña casa tan sencilla, me preguntaba:

¿Qué en realidad es una necesidad y qué es meramente un querer? Es la codicia lo que nos lleva a querer tanto más.

La respuesta definitiva a nuestros deseos y a nuestras necesidades nos la da nuestro Dios a través de San Pablo:

Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento, porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podemos sacar. Así que teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores (1 Timoteo 6:6-10).

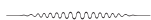
¿Por qué condena Dios la codicia?

Cuando lo analizamos, nos damos cuenta que codiciamos porque desconfiamos de Dios. Llegamos a pensar que si nosotros no proveemos nuestras propias necesidades no llegaremos a tener lo que nos corresponde. Muy fácilmente nos portamos igual que los israelitas cuando Dios les envió el maná del cielo (la historia está en Éxodo 16). Dios prometió enviarle maná todos los días, pero el pueblo no lo creyó. Muchos salieron y recogieron en exceso, para guardarlo para el siguiente día. Pero ese maná adicional, nos dice la Biblia, *crió gusanos y hedió*. Dios quería enseñarles

que él proveería día tras día. No iban a tener más porque acumularan todo lo que pudieran. Bastaba para el día lo que Dios proveía. ¡Qué fácil es portarnos igual que los israelitas! ¡Qué difícil nos es confiar en la provisión de Dios día tras día! ¡Qué poca confianza tenemos en él!

Pensamos que solo cuando tenemos algo acumulado para el futuro es que estamos seguros. El problema es que esa seguridad no está en Dios, sino en nuestra habilidad para proveer lo que creemos necesitar. Creo que Dios nos limita al medio que escogemos.

El propósito de este décimo mandamiento es llevarnos a confiar en Dios quien fiel y abundantemente provee todas nuestras necesidades.



Si dependemos de él, su promesa nos provee de acuerdo a sus riquezas en gloria. Si dependemos de nuestra habilidad, entonces tendremos que contar con lo que nuestras fuerzas nos provean. En cuanto a mí, he escogido depender totalmente de las misericordias de Dios.

Es en ese sentir que aquel que ha conquistado la codicia puede decir con Pablo: *He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación* (Filipenses 4:11). Tal contentamiento viene de un corazón que depende totalmente de Dios, un corazón que sabe que es Dios quien le provee y que Dios es tan fiel que proveerá exactamente lo que necesitamos. Tal clase de personas confirman la verdad de Hebreos

13:5: *Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré.*

La fe y la codicia jamás podrán coexistir. El propósito de este décimo mandamiento es llevarnos a confiar en Dios quien fiel y abundantemente provee todas nuestras necesidades. El que codicia siempre termina negando el poder que Dios tiene para proveer todo lo que necesitamos. Se olvida de las palabras y la promesa de Jesucristo:

No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mateo 6:31-33).

LEÍA un artículo¹ interesante contando que miles y miles de personas que no son árabes están abandonando sus creencias occidentales y convirtiéndose al islam, entre ellos algunos que se llaman evangélicos. Reporta que la mayoría son jóvenes y que algunos buscan algo más sólido de lo que han recibido en su religión (supuestamente cristiana), puesto que se preocupan por la creciente ola de sexo sin control, la violencia y la alocada extravagancia general de nuestra sociedad moderna.

Una de las razones que parece atraer a muchos jóvenes es la siguiente: “En una sociedad en la que las reglas son tan flexibles, el islam provee un mapa de conducta que cubre todo, desde las amistades hasta la protección de la naturaleza”. Cuenta el artículo de Donald Stewart-Whyte, que cambió su nombre a Abdul Waheed, que se convirtió hace seis meses para vencer el hábito de las drogas. Ahora lleva una barba y se viste al estilo de los musulmanes. Menciona a Brian Young, de descendencia caribeña, que busca en el islam una respuesta a la decadencia de occidente.

Dice el profesor Farhad Khosrokhavar, de París, y autor de varios libros: “El islam representa un refugio para aquellos que se sienten maltratados y menospreciados, puesto que ahora ha llegado a ser la religión de los oprimidos. Antes —por decir veinte años— habrían

¹ Revista TIME, 28 de agosto de 2006, “Allah’s Recruits” [Los reclutas de Alá], la razón por la cual más y más occidentales se están convirtiendo al islam, p. 36.

escogido el comunismo. Ahora el islam representa la religión de aquellos que luchan contra el imperia-
lismo, y los que sienten que son tratados injustamente
por una sociedad occidental arrogante”.

Un momento, por favor. ¿Son el islam y el Corán
más claros que la Biblia en cuanto a su trato con los

*Si busca leyes
justas e
inclusivas de las
que produce una
sociedad con
altos y sublimes
ideales, revise
las expuestas en
los libros
bíblicos de
Éxodo, Levítico
y Deuteronomio.*



problemas y necesidades de la
humanidad? La verdad es que no
hay comparación. Si busca leyes
justas e inclusivas de las que pro-
duce una sociedad con altos y su-
blimes ideales, revise las
expuestas en los libros bíblicos de
Éxodo, Levítico y Deuteronomio.
El Corán se queda muy corto
comparativamente. No hay en
toda la historia de la jurispuden-
cia un resumen legal tan abarca-
dor y más satisfactorio en cuanto
a la conducta humana que los Diez Mandamientos.
Dios no se quedó corto al decirnos, a los que creó a su
imagen, cómo comportarnos.

¿Será que esas personas que han buscado res-
puesta en el islam nunca oyeron de los Diez Manda-
mientos? ¿Será que nunca supieron que es la Biblia la
que contiene las más justas, claras y extensas reglas
para la conducta humana?

De ninguna manera se puede denunciar a la Biblia
como que si esta fuese insuficiente, sobre todo en lo
que a reglamentos y conducta se refiere. Los que nos

quedamos cortos somos nosotros, con nuestra imperdonable falta de no darle importancia a esos mandamientos. Fallamos inexcusablemente por no enseñar estos principios divinos en nuestros hogares, en nuestras iglesias, en nuestras escuelas y en nuestra sociedad. Recordemos lo que Dios nos pidió solemnemente en Deuteronomio 6:6-9:

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.

Definitivamente, la falta del cristianismo no radica en la carencia de leyes claras, equitativas y específicas. Como hemos procurado comprobar en esta obra, las más justas leyes del mundo son abundantemente claras en los Diez Mandamientos. Corregiremos nuestra conducta y comportamiento cuando comencemos personalmente a vivir según esos mandatos y cuando empecemos a enseñar esos divinos y eternos estatutos —no como camino a la salvación, puesto que tal camino está únicamente en nuestro Salvador Jesucristo— cual principios de rectitud y comportamiento pedidos por Dios a los que son sus hijos. Solo entonces tendremos hogares, iglesias, sociedades y naciones que amen a Dios de corazón, alma y mente, y al prójimo como a sí mismos.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

JESUCRISTO mismo subrayó el enorme valor de los Diez Mandamientos cuando nos dijo que estos preceptos encierran los secretos de cómo amar a Dios y cómo amar al prójimo:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas (Mateo 22:37-40).

Claro está que cuando amores indebidos compiten con nuestro amor a Dios o el amor al prójimo, tanto nuestra relación con Dios como nuestra afinidad con los demás son arruinadas. Vivir a plenitud, entonces, es cosa de amor: ¿A qué amamos y a quién amamos?

De forma amena y diáfana el autor analiza cada mandamiento. En el proceso hace patente que solo amando a Dios y a nuestro prójimo —como lo pide el Señor— es que encontraremos la felicidad que todos anhelamos. A la vez, es por ese mismo proceso que aprendemos cómo vivir para agradar a nuestro maravilloso Creador.

EL REVERENDO LES THOMPSON, PH.D., cubano de nacimiento, ha servido con sus escritos y enseñanzas al mundo hispano desde Argentina a México por 50 años. Es fundador de la Universidad FLET, y presidente de LOGOI. Sus escritos son numerosos, entre ellos: *La persona que soy*, *¿Quién tendrá la razón?*, *La familia cristiana*, *Más que maravilloso* (que ganó el Gold Medallion Award de la ECPA), *El arte de ilustrar sermones* (premiado como el “Mejor Libro Original” por SEPA), *El triunfo de la fe*, *La fe que mueve montañas*. Además es coautor de *En busca de tesoros*.